Ni Highlander, Ni Vikingos. Una de Policías



IVONNE VIVIER

colección Romances Y SONRISAS

Título: *Ni Highlander, ni Vikingos. Una de policías.*
© 2024, Ivonne Vivier
De la edición y maquetación: 2024, Ivonne Vivier
Del diseño de la cubierta: 2023, Cálice Servicios Editoriales
Primera edición: Mayo, 2024
ISBN:
Sello: Independently published

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.
El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Indice

Sinopsis
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37

Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo Final
Agradecimientos
Sobre la autora
Los libros de Ivonne Vivier

Sinopsis



Cloe Villar, una joven despistada, explosiva y que carece por completo de experiencia, decide convertirse en escritora con un único objetivo: independizarse. En un intento desesperado por lograrlo, se encontrará inmersa en situaciones tan caóticas como cómicas, revelando no solo sus límites y escasos conocimientos en la materia, sino también la formidable capacidad de meterse en problemas con la ley el orden.

Yago es la «ley y orden» que se cruza en el camino de Cloe. Tendrá que lidiar con las locuras de la temeraria mujer, enfrentándose a escenarios disparatados que lo llevarán a desafiar las normas establecidas.

Mientras ella busca su voz en el mundo literario, él tendrá que solucionar el caos que eso va dejando a su paso.

lectuepub2.com

Capítulo 1

Cloe acababa de tener una revelación. Otra. Una de tantas. Esta, en medio de su ducha matinal.

Había hablado con su padre acerca de acabar con el sustento económico que le brindaba. Necesitaba darle un punto y final al tema para sentirse orgullosa de sí misma.

Quería independizarse de verdad no a medias.

A pesar de haber estudiado un corto aunque útil profesorado de inglés, no le alcanzaba para cubrir sus gastos mínimos obligatorios. Daba clases particulares y trabajaba unas cuantas horas en una academia, suministrando clases a adultos. No era suficiente.

Su cabeza daba vueltas y vueltas con ideas que pudiesen ayudarla con dicha meta, la de no depender de la mensualidad familiar.

Cloe era dispersa, ansiosa, curiosa, se entretenía con el vuelo de una mosca y el sonido de la caída de un alfiler. Otra oportunidad con alguna carrera universitaria estaba descartada ante semejante panorama. No le gustaba estudiar y no se le daba nada bien.

No eran excusas.

Lo había intentado.

Dos veces.

Había personas que nacían para ser cultas, «sabiondas» decía ella, y también las había con neuronas distraídas, eso también decía. Así se refería a su persona.

Lo de aprender inglés había sido suerte: la de haber nacido donde había nacido. No es que Cloe hubiese tenido que hacer un curso para saberlo, lo hablaba desde pequeña. Era bilingüe por naturaleza. Desde que pronunció sus primeras palabras.

Inscribirla en el instituto, para que tuviese un papel que avalase su sapiencia, había sido una treta materna. Ella era la parte anglosajona de la familia y suponía que tener un título que certificase los conocimientos le daría mejores resultados laborales y más credibilidad para enseñarlo. Ella, como madre, le pediría a cualquier educador sus acreditaciones. Eso creía.

No había tenido que lidiar con muchos profesores para su única hija, más que los del colegio, y con ellos casi que tenía una amistad. Consecuencias de las numerosas reuniones a las que había tenido que asistir para escuchar siempre la misma cantaleta: «su hija *vuela*, se aburre, se distrae, molesta a sus compañeros…».

Cloe había terminado el secundario sin clases presenciales. Lo hizo con clases particulares, en su casa y de manera notable, aunque con la invaluable paciencia por parte de los docentes contratados, la familia y los empleados de la casa. El mismo estoicismo que necesitaron los profesores de inglés para lograr que aprendiera lectoescritura de la manera correcta y que cumpliese con los horarios, las tareas a realizar y el orden estipulado que necesitaba de una organización que, para ella, era casi imposible.

Todos reconocían ya que lo que parecía ser tan normal para el resto de la humanidad, para Cloe era bastante complicado, por decirlo de alguna manera. Habían aprendido a no remar a contracorriente y dejarla hacer a su modo, si es que tuviese de eso.

Cloe levantó los párpados con rapidez ante la idea que había tenido, porque no quería que se

escapase, y el *shampoo* le entró en los ojos. Puso la cara bajo la lluvia de la alcachofa para quitárselo, sin dejar de darle vueltas a su gran hallazgo mental.

—Lo tienes, Cloe. Puede ser lo tuyo —se dijo, positiva.

Nunca dudaba de sus ideas, nunca. Aunque la práctica se le diese mal y la experiencia le dijese lo contrario, siempre tenía fe en ella misma.

Era una ávida lectora. Estaba segura de saber hacerlo.

Pegó un gritito agudo y zapateó emocionada dentro de la bañera. Cerró el agua y se envolvió en la toalla. Al dar el primer paso fuera de la alfombra, se patinó y casi pierde el equilibrio. Solo por eso, recordó que debía secarse un poco.

Con los pies sería suficiente.

Corrió hasta el salón del apartamento con dos habitaciones que compartía con su amiga Lana. Un apartamento que parecía una casita pequeña, en el fondo del terreno que tenía la mansión de la familia Villar.

Los Villar vivían en un palacete. Así le decía Lana a la residencia que el matrimonio mimaba con remodelaciones y adornos de alto valor económico, convirtiéndola en una de las más bonitas de ese lado de la ciudad. Era una construcción antigua y costosa, con mucho verde y árboles frondosos, en las afueras de una localidad costera, a pocos kilómetros de la capital. Allí había nacido Cloe.

Lana era oriunda de la misma ciudad, pero su familia era más modesta. Bastante más modesta.

—¿¡Qué es este lío!? —gritó, justamente, Lana.

Esta era ordenada, pulcra, cuidadosa y aplicada. Lo opuesto a Cloe, aunque, para su desgracia, más vulnerable también. Lo que la exponía a menudo con la valentía y osadía que admiraba, y envidiaba un poco, de su amiga, poniéndola en peligro inminente más seguido de lo que podía permitirse. Por suerte, y esto sí que era una ventaja, el peligro era manejable, nada de vida o muerte y siempre divertido.

—¿Qué lío? —preguntó Cloe, buscando su computador portátil entre los almohadones del sofá del salón.

—El agua, Cloe —explicó Lana, esquivando los pequeños charcos que su compañera de vivienda había dejado con cada paso.

—Fue el gato —aseguró la increpada.

—¿Qué gato?

—El que entró por la ventana —murmuró encontrando por fin el aparato, que estaba debajo de una de las sillas del comedor y no entendía cómo había llegado allí.

Sería una pérdida de tiempo intentar averiguarlo.

—Las ventanas están cerradas y estarías en urgencias si hubiese entrado un gato, porque eres alérgica.

—Lana. ¡Pesada! Ya sabes lo que es. Mis piececitos de princesa mojados —explicó entre sonrisas de disculpas.

—Y lo mío son preguntas retóricas que decides responder, Cloe. ¡Acabo de limpiar!

—Luego lo hago yo de nuevo.

Lana puso los ojos en blanco. Cloe no sabía lo que era pasar un trapo o hacer la cama. No la criticaba ni juzgaba. Nunca había necesitado hacerlo y no había aprendido ni siquiera por curiosidad. La entendía. ¿Quién, solo por curiosidad, aprendería sobre quehaceres tan molestos como los de una casa: rutinarios, aburridos, poco glamorosos...? Ella.

A Lana le encantaba limpiar y ver todo reluciente. Sus males desaparecían si se anudaba un

pañuelo en la cabeza y se ponía a limpiar el suelo o pulir los metales. Odiaba lavar los platos, eso sí, pero tenían lavavajillas. Y planchar tampoco le gustaba. De eso se encargaba Mina, la empleada que el padre de su amiga había contratado para mantener esa pequeña casita en orden y a su hija, en perfectas condiciones de higiene y organización.

No es que fuese sucia y desorganizada, nada que ver, pero su despiste podía meterla en problemas. Además, era una Villar y los Villar tenían lujos básicos indiscutidos con los que contaban sin importar qué.

Lana miró a Cloe con intriga. La vio acomodarse en la mesa y encender el portátil con una sonrisa en los labios. Esa sonrisa que auguraba… cosas, muchas cosas impredecibles. Ese gesto era algo así como verla feliz por haber recibido el mejor regalo de su vida y también, por estar planeando la mejor venganza, esa que se planea con tiempo y frialdad.

Lo dicho, algo impredecible.

—Cuéntame, Cloe —rogó curiosa.

—Me desconcentras.

—Y tú me intrigas. ¿Qué haces? Y tienes s*hampoo* en la cabeza.

—Necesito ganar dinero. Voy a escribir un libro.

Lana bajó la cabeza, asintiendo. Solo quiso decirle que la había escuchado.

—Escribir un libro —repitió para hacerse a la idea—. ¿Y qué haces ahora? ¿Ya lo has comenzado?

—No, no. Necesito investigar. No sé cómo nace un escritor. Porque eso soy, ¿no? Se es escritor desde que uno piensa en escribir o…

—Creo que o…, Cloe. Piensa que uno no puede ser astronauta solo por haberlo deseado siendo un niño o médico solo por inscribirte en la universidad.

—Claro, *sabionda*. Es un buen punto. Entonces, me convertiré en escritora ni bien acabe mi primer manuscrito —expuso, después de pensarlo un par de segundos.

—¡¿Lo escribirás a mano?! —exclamó su amiga.

—No seas tan literal, Lana. Así se le dice al borrador preliminar de un libro. No lo sabías, ¿no? Yo tampoco, acabo de leerlo aquí —explicó, señalando una frase en el monitor de su portátil.

—Interesante. Tengo más preguntas, como, por ejemplo: sobre qué vas a escribir, qué género, cómo lo vas a publicar, en fin… comencemos con estas tres.

—No tengo idea, no lo sé aún, le preguntaré a mi padre —respondió en orden.

El señor Villar era una enciclopedia parlante para Cloe. Y ella, la luz de los ojos del señor. Este era capaz de quitarse el último bocado del mejor manjar de su boca solo para que su niña lo probase y escupiese porque no le gustó.

—Ya veo que tienes el plan bien organizado —murmuró Lana, poniendo los ojos en blanco.

—Como siempre. ¿Cuándo no lo hago? —preguntó Cloe seriamente.

Ella estaba segura de estar diciendo la verdad. Se creía responsable e infalible, hasta que ya no. Lo bueno era que caía enseguida y reconocía su error sin discutir.

—Me voy a la librería antes de mi clase con los insoportables renacuajos Gómez Puyol —anunció tomando el bolso de mano.

—Cloe, estás mojada y desnuda debajo de la toalla.

—Claro, antes me visto y antes de antes, me seco, no te preocupes. Tengo todo controlado.

Capítulo 2

Cloe volvió a su casa con cinco libros bajo el brazo. Todos se referían a cómo escribir una novela, cómo convertirse en escritor, qué se necesitaba para escribir un libro y otros temas necesarios para cumplir con su cometido. Para ella, era descubrir un nuevo mundo, uno del que nada sabía.

Dejó todo sobre el mueblecito de la entrada y saludó a Mina, a quien escuchó trasteando por ahí. Se quitó los zapatos para no ensuciar el suelo que la mujer había limpiado, eso intuía, y se acercó al frigorífico.

—Descalza no, Cloe —la reprendió la mujer.

—Tengo que comprar una alfombrita para poner aquí —volvió a decir, señalando la puerta del refrigerador.

Esa frase había salido de su boca cientos de veces.

—Lo compraré de una vez. No quiero vivir preocupada por ti, mi niña —aseguró Mina, abriendo la puerta por ella—. ¿Qué buscas?

—Algo. No sé qué. Una manzana —eligió Cloe con una enorme sonrisa, como si hubiese acertado la lotería de Navidad.

—Las tienes sobre el mármol, al lado de la cafetera —indicó su empleada, y le acarició el cabello—. Tu madre quiere almorzar contigo, por eso no he preparado nada. Pero dejaré comida en la nevera.

—Voy a cambiarme de ropa y haré honor a la invitación a almorzar de la señora del palacete —bromeó.

Aprovecharía para hablar con sus padres sobre la nueva faceta creativa, como escritora, que tenía desde hacía pocas horas.

Todavía, la palabra «creativa» le quedaba holgada, porque no había creado nada. A decir verdad, «escritora» le quedaba aún más grande y no había necesidad de explicar el motivo. Si no había ni siquiera elegido la temática sobre la que escribiría.

Cloe estaba segura de que su madre estaría orgullosa de ella al saber que tenía un plan firme para palear las vicisitudes económicas y financieras que se le presentarían a futuro, una vez que su padre fuese liberado de pasarle la mensualidad.

Siempre había sido y seguiría siendo una persona rica, económicamente hablando. No debía preocuparse de nada por el resto de su vida. De eso se habían encargado sus abuelos, materno y paterno, ambos empresarios de renombre, ya fallecidos y con herencias repartidas de manera equitativa e inteligente. Su padre, otro empresario con resultados envidiables en los negocios, era su albacea y administraba dichas herencias, multiplicando las ganancias.

Las cuentas que ella tenía en el banco y las inversiones realizadas en su nombre le servían para vivir la vida actual y un par más despilfarrando a gusto. Sin contar con lo que pudiese heredar a futuro siendo hija única de dos personas acaudaladas. Eso sumaba unas cinco vidas más, haciendo el cálculo *grosso* modo.

El dinero no era una complicación para Cloe, ni lo sería nunca, lo era su forma de ser. Había

sido criada con tanto mimo, que no podía ser consciente de los problemas normales, reales y cotidianos de la gente de a pie, la que tenía que ganarse el sustento para llevar la comida a la mesa cada día. Sus padres querían reeducarla al respecto, por ser los responsables, y hacerle entender que debía tener una vida productiva y no gastar dinero solo por tenerlo. Por eso, le habían hablado sobre lo que significaba recibir un salario que, al menos, cubriese sus gastos fijos.

Por supuesto que para todo lo demás, que no era poco, utilizaba la tarjeta de crédito, sin escatimar ni medir gastos. Vale aclarar que, como no los cuantificaba, no tenía noción de lo que derrochaba.

Los Villar no eran frívolos, pero vivían en un mundo que parecía un cuento de fantasía, a veces, y otras, de terror, como había sido el caso tiempo atrás, cuando su realidad se había alterado drásticamente.

Sin darse cuenta, o sí, después del suceso (del que jamás hablaban, salvo que fuese extremadamente necesario), convirtieron a esa simpática niña en una princesa que habitaba una caja de cristal protegida bajo siete llaves.

Dicha situación había durado algunos años, hasta que lograron superar el mal trago y entendieron que su hija estaba pagando consecuencias que no debía pagar, manteniendo una vida nada real a la que debería enfrentarse tarde o temprano. Además, no querían que ella supiese nada, preferían mantenerla en la ignorancia para evitarle sufrimientos o consecuencias indeseadas.

Lo habían logrado.

Cloe, a sus veintitrés años, ignoraba aquel evento.

Una de las empresas adquiridas en aquellos años por el grupo Villar fue de seguridad privada. Los mejores empleados, los más preparados, estuvieron asignados al cuidado de la familia, especialmente a la niña, ya una preadolescente que comenzaba el secundario.

Fue para esa época, cuando Cloe conoció a Lana, en su nuevo colegio, y juntas comenzaron a participar de reuniones improvisadas de amigos, de las primeras fiestas y hasta de salidas al cine.

Lana era la hija de la profesora de matemáticas. Tenía una media beca por serlo y otro porcentaje de descuento por ser buena alumna, razones que le permitían estudiar en esa institución, cuya cuota mensual era bastante elevada. Cifra que bien la valía para la familia Villar. Tanto por la gente que allí concurría como por la seguridad que, por lo mismo, tenía, es que ellos habían elegido enviar a Cloe.

Lo único que sabía la heredera del grupo empresarial Villar era que, por serlo, debía mantenerse siempre conectada a sus dispositivos de seguridad: móvil y/o reloj con rastreador, coche blindado y su guardaespaldas, si su padre se lo solicitaba, en contadas y especiales ocasiones.

De lo que Cloe no tenía conocimiento era de la enorme sombra de protección que la seguía día y noche. No lo hubiese permitido. Le molestaba mucho las pocas veces que era consciente de llevarla.

Al llegar a la mayoría de edad, tener un *niñero*, como Cloe solía llamar a los guardaespaldas que la acompañaban a todos lados con sus trajes negros o sus mal disimuladas presencias, no era plato de buen gusto.

Odiaba llevar *cola*, eso también decía, y miraba a los hombres que la cuidaban con sarcasmo y poco respeto. Respeto que les tenía, por otra parte, aunque quisiese demostrarles que no cuando se enfadaba con la situación.

A los veinte tuvo su pico de rebeldía y solicitó la independencia familiar. Así le llamaba ella a vivir en la casita del fondo del terreno del palacete. Las condiciones paternas incluían el equipo de seguridad antes mencionado, el tecnológico, no el humano; y tener un trabajo, además de mantenerlo. Esta última había resultado la parte más difícil.

Cloe había exigido que le quitasen *la cola o niñero*. También lo había implorado, rogado y hasta simulado un ataque de pánico si no lo hacían. Necesitaba lograr su cometido. Lo último había funcionado. Y que Lana fuese su *roommate* o compañera de casa.

Que esa chica tan seria, obediente, responsable y estudiosa viviese con ella, era fundamental para los Villar.

—Me voy —avisó a Mina, antes de abrir la puerta de salida.

Se miró la mano y notó que le faltaba algo. Su memoria le decía que había tenido un objeto entre sus dedos hasta hacía solo segundos.

Recapituló mentalmente.

—La manzana —murmuró, y entró de nuevo.

La había dejado sobre su mesa de noche, junto al móvil. Menos mal que había vuelto. Allí tenía anotados algunos datos que quería compartir con su madre, doña Catherine Harper Sutton Villar, Kathy para todo el mundo, y su padre, señor Villar para todo el mundo, «hombrecito bueno» para ella, «mi amor» para su madre y para pocos, Eloy.

—Ponte algo en los pies, que son muchos metros, Cloe —dijo la empleada, al verla salir descalza.

No mentía, hasta la casa grande había más de ciento cincuenta metros de camino de piedras bien adornado con árboles, arbustos y flores. La piscina estaba a medio camino entre ambas residencias. Sus padres la visitaban utilizando el carrito de golf del jardinero cuando no tenían ganas de caminar.

Cloe y Lana tenían una entrada propia con un pequeñísimo pórtico, que ofrecía seguridad e intimidad, y un garaje cubierto para el automóvil. De esta manera, los Villar se aseguraron de que la niña de sus ojos disfrutara de las mieles de ambas situaciones: la emancipación y la dependencia familiar.

Capítulo 3

Kathy la vio llegar mordisqueando una manzana y sonrió. Estaba orgullosa de su hija y la adoraba. Nadie le daba tanta felicidad como ella. No era de esas madres que rivalizaba con otras mujeres haciendo alardes sobre el potencial, la inteligencia o las capacidades de Cloe, por el contrario, casi nunca hablaba de su niña si no le preguntaban.

Era una de las consecuencias de haber vivido aquel evento desafortunado que jamás había borrado de su memoria.

Mientras menos supiesen sobre ella, mejor, pensaba la mujer.

—Hija, estás muy linda hoy —expuso Kathy.

—Fui a la peluquería. Tenía ganas de un cambio y si te decía que me cortaría el cabello, intentarías convencerme de lo contrario.

—Llevas razón. Pero te queda precioso. Resalta tu naricita, herencia Sutton.

—Ay, madre, ¡cuándo será el día que dejes de mencionarlo! —exclamó sonriente.

—Nunca y lo repito: la nariz, los ojos celestes y la altura son Sutton; el resto, quién sabe —bromeó Kathy—. Tu padre llega en diez minutos. Tomemos un poco de vino.

—Poco, que después no coordino y hoy tengo clase con los gemelos. ¡Qué mal se comportan! Debería decírselo a los padres, para que dejen de gastar el dinero en cosas imposibles.

La madre de Cloe la miró con suspicacia. Si ellos hubiesen hecho lo mismo, habrían ahorrado una pequeña fortuna entre clases de piano, natación, ballet, italiano, arte y muchos etcéteras. Sin contar con las dos carreras universitarias comenzadas y abandonadas antes de culminar el primer semestre.

—Mamá, tengo algo que contarles.

—Bueno, qué grata sorpresa. ¿Almuerzas con nosotros? —quiso saber su padre, recién llegado, abrazándola con cariño e interrumpiendo el comienzo de su anuncio.

—Tuve el honor de ser invitada por la señora de la casa —bromeó Cloe, recuperándose del tropiezo con la alfombra persa.

—¡¿Desde cuándo está esto aquí?! —se quejó.

—Me la regaló mi madre cuando tenías cinco años, hija mía —comentó la madre, poniendo los ojos en blanco.

—Ah. Como iba diciendo. Soy, en realidad, Lana dijo que todavía no lo soy, no obstante, lo seré: una escritora. Con mi primer libro ganaré lo suficiente para mantener el apartamento del centro y poder abandonar la casita de muñecas del fondo. Que agradezco y me encanta, ¡pero está tan lejos de todo!

No mentía. Los Villar vivían en las afueras de la ciudad y su terreno tenía una dimensión considerable. Una que no podría tener en plena ciudad. Allí eran dueños de varias propiedades, incluido el apartamento que Cloe soñaba habitar a futuro. Lo sería ya como una escritora extraordinaria y bien cotizada, con el dinero suficiente para pagar, como mínimo, las expensas, los impuestos y los servicios.

—Escritora. Nunca imaginé que te interesaba escribir —dijo Kathy, con una copa de vino en la mano y extendiéndole otra a su hija.

—Ni yo. Se me ocurrió —explicó esta, bebiendo con elegancia.

—Ya veo —agregó el padre con escepticismo.

—El caso es que tengo que ponerme a investigar un montón de cosas. ¿Conoces a alguien que pueda ayudarme, papá?

El hombre sintió una punzada en el pecho. ¡En qué locos compromisos lo metía su hija! Y para colmo de males, no sabía decirle que no a nada, ni a sus peores locuras. Todo era…

—Sí. Creo que sí —respondió.

—¡¿Qué haría sin ti, mi hombrecito bueno?! —chilló Cloe, abrazándolo sin recordar la copa que llevaba en la mano y volcándola sobre la espalda del carísimo traje de su padre.

—No pasa nada. Me cambio y bajo —explicó el hombre. Ya estaba acostumbrado.

Más tarde, Cloe les contó sus planes, mientras saboreaban el almuerzo.

Su padre le había prometido hablar con un amigo que trabajaba o era dueño de una editorial, no lo tenía muy claro. Aunque dilataría la conversación hasta que su hija lo pusiese al tanto de avances respetables. No le gustaba pedir favores de ningún tipo, aunque lo haría por su niña, si con eso la apoyaba y daba un empujoncito. Como siempre.

—Me voy, que se me hace tarde para la clase —anunció al finalizar el postre.

—¿Esa manzana a medio comer sobre el mueble de entrada tiene algún significado? —preguntó Eloy.

Capítulo 4

La ansiedad de Cloe estaba a tope. Tenía una lista sobre el asiento del acompañante de su coche con todo lo que necesitaba o creía necesitar para comenzar a escribir.

Algo que también hacía, a pesar de que le aconsejasen lo contrario, era comprar, por las dudas, útiles y accesorios que creía indispensables para cualquier actividad que emprendiese.

«Que creía necesitar». Era importante remarcar eso, porque, por lo general, dichas compras terminaban en donaciones o malgastadas en otros menesteres. Como cuando comenzó a estudiar arquitectura y se compró material que utilizarían en el tercer año de la carrera.

«Por las dudas», había dicho.

El semáforo en rojo la sorprendió de golpe y apretó el freno tan fuerte que casi se da la frente contra el volante. Eso pasaba por ir leyendo dicha lista.

—*Post-its* de varios colores, lápices y resaltadores. Anotadores varios. Marcadores transparentes. Seguro que consig… —se interrumpió al ver, de reojo, que el coche que tenía a su lado avanzaba. Ella también lo hizo, creyendo que la luz se había puesto en verde.

No fue así.

Nunca lo notó.

Un bocinazo la enfureció y miró al conductor de mala manera.

—Estúpido —refunfuñó, sin percatarse de su error.

El pobre hombre todavía se tocaba el pecho del susto que había pasado al ver que se le cruzaba un vehículo, sin tener el paso permitido, porque debía estar detenido tras la luz roja.

Luz roja tras la cual estaba frenado el patrullero que conducía Yago. El oficial de policía encendió la sirena y comenzó a perseguirla de inmediato. No podía creer que la paz del día pudiese romperse tan abruptamente por un demente al volante.

«Esa mujer es temeraria conduciendo», pensó al verla cruzar sin molestarse en esquivar los automóviles que pasaban habilitados por el semáforo con luz verde.

Cloe escuchó la silbatina del patrullero y sin desacelerar, se hizo a un lado.

—¿Qué habrá pasado? —se preguntó en voz alta. Ajena a todo.

Levantó la mano avisando al policía que ya se había corrido de su paso, que entendió la señal de moverse.

Yago le hizo un ademán indicándole que se detuviese.

—¡Ya te di paso! —gritó ella.

—¡Que te detengas! —gruñó el oficial.

Cloe supuso que ya no tenía ninguna emergencia, si no avanzaba a más velocidad y se quedaba a su lado. Bajó su ventana y lo vio a él hacer lo mismo.

—¿Todo bien, oficial? ¿Pasó algo grave? —le preguntó por chismosa, nada más.

—Detenga el vehículo, señorita, por favor —pidió Yago con determinación.

—No es necesario, no se preocupe —explicó Cloe.

Estaba ansiosa por hacer sus compras. No era importante lo que tuviese que contarle ese desconocido policía. Poco le importaba lo que podría haber sucedido en ese instante en el que

pensaba en papelitos de colores y marcadores con brillantina.

—¡Detenga el coche de inmediato! —le gritó el hombre.

Cloe se asustó y dio un volantazo hacia la izquierda, clavó el freno y puso las manos por encima de su cabeza.

Ignoró los bocinazos de los que venían atrás.

Yago casi colapsa sus pulmones al aspirar tanto aire. Esa mujer era peligrosa de verdad, remarcó para sí mismo.

Se bajó del patrullero una vez que estuvo seguro de que no huiría. Podía ver los brazos en alto y los ojos escudriñándolo por el espejo lateral del vehículo.

Puso su palma en la culata del arma y gritó:

—¡Deje las manos donde pueda verlas!

Cloe las sacó por la ventanilla, girándose todo lo que pudo.

—Solo quería saber si había pasado algo. ¿Por qué me detiene? —le preguntó

—La estoy deteniendo por cruzar en rojo —obtuvo como respuesta.

—No. Eso nunca pasó —sentenció Cloe mirando a los ojos al policía, que se colocó muy cerca para tenerla controlada.

La impresionante presencia masculina le quitó el aliento. Cloe olvidó respirar. No podía ser real algo tan imponente, tan varonil, grandioso y perfecto. No tenía conocimiento de la cantidad de músculos que tenía el cuerpo, pero a ese policía se le notaban todos y hasta podría sobrarle algunos.

—¿Pue-des llamar a un-a ambu-lancia? —rogó entre jadeos tartamudos

—¡¿Te sientes mal?! —indagó Yago con preocupación.

Abrió la puerta del coche y se acuclilló a su lado. La repasó con la mirada, sin más intención que cerciorarse de que no estuviese herida. No lo hacía porque la falda corta le descubriese las piernas más de lo esperado.

—Sí —respondió ella—. Me has dejado sin respiración.

Se maldijo al instante. Qué mal coordinaba delante de un chico que le gustaba.

Se ponía nerviosa y lanzada, una combinación complicada como pocas.

—¿Por el susto? —indagó Yago, que no estaba mejor que ella.

Es que lo distraían los ojos celestes que no se despegaban de su boca.

—Claro. Eso mismo, por el susto —explicó Cloe mintiendo.

Pudo frenar el impulso que tuvo de decirle que su belleza lobuna, animal, bestial la había dejado trastocada. Si no, cómo se explicaba que solo pensara en animales al tenerlo cerca. Y no animales como un gatito, un chihuahua o un cabrito, no… Hasta el tiburón le parecía adecuado para compararlo. Un toro bravo, también funcionaba.

Quiso salir del coche, porque se estaba asfixiando. De pronto, el calor que sentía amenazaba con dejarla inconsciente.

Movió la pierna hacia afuera, con tanta mala suerte que le dio un rodillazo en la barbilla a Yago. Quien todavía estaba distraído por las vistas, acuclillado a un costado del coche.

—Hey, ¡quieta! —gritó, apuntándola con el arma, después de recuperar la verticalidad.

¡Le había pegado! ¿Cómo podía ser tan estúpido de dejarse marear por un par de ojos y piernas bonitas?

¡No podía creerlo!

—Perdón, fue… sin querer —balbuceó Cloe, nerviosa.

—Claro, sin querer me golpeas, me mientes y pasas la luz en rojo. ¡Manos contra el vehículo!

—¿Qué?

Las acusaciones del chico la habían vuelto a la realidad sin pasos previos.

—¡Manos contra el vehículo! —gritó el policía, elevando el arma con énfasis.

—Voy, voy. ¿Así? —preguntó Cloe, recordando lo que había visto alguna vez en las películas—. ¿Abro las piernas?

Yago tragó en seco y carraspeó.

Esa chica, ¿era o se hacía?

La vio separar las piernas y el trasero se le elevó un poco. Los tacones que llevaba colaboraban en dicha elevación, que le puso el corazón a mil. Giró la vista hacia el patrullero y sacudió la cabeza un par de veces. Su imaginación pedía pista para volar con libertad y no se lo podía permitir por muchas razones, evidentes todas ellas. Para empezar, era un policía a cargo de una situación que debía mantener controlada.

«Céntrate», se reprendió en silencio.

El móvil de Cloe sonó y ella lo miró de reojo, pidiendo permiso para atender con un gesto tímido.

El de Yago también chirrió, pero lo ignoró.

—Atiende. Avisa a quien sea de que tendrán que venir a buscar el coche. Quedas detenida por agresión a un oficial de policía.

Capítulo 5

Cloe se tragó las lágrimas e inspiró profundo antes de atender la llamada.

—Cloe, hija, ¿dónde estás? —le preguntó su padre, preocupado por la información que le había dado el guardaespaldas de su primogénita.

El hombre que la seguía a diario estaba en la encrucijada de dejarse ver o no. Tenía órdenes estrictas de evitar ser descubierto y, por eso, no quiso actuar. Hablar con el señor Villar había sido su única escapatoria ante la indecisión que lo invadió al ver a la jovencita detenida por un policía que le apuntaba desde atrás.

—Papá, me están llevando presa y no sé por qué —explicó la chica, y no mentía.

No tenía ni idea de los motivos que llevaron al oficial a detener su coche y mucho menos, apuntarla con la pistola.

—Dile que pasaste una luz en rojo, le mentiste a un oficial de policía y lo golpeaste después. Lo entenderá y me dará la razón —expuso Yago.

—¿Todo eso has hecho, hija? Dime que no.

—No, por supuesto que no, papá —respondió con contundencia.

—Pásame con el policía —le rogó el hombre.

Esta miró al muchacho que no le quitaba el ojo de encima y le tendió el móvil.

—Mi padre quiere hablar contigo.

Yago inspiró profundo y controló su furia. Le molestaban los padres protectores que no permitían que sus hijos aprendiesen de sus errores. Tal parecía ser el caso de la *princesita* que tenía delante, con faldita provocativa, tacones que quitaban el hipo y ojos soñadores. En realidad, el soñador era él ante tan hermosa presencia.

Sintió remordimiento al ver la carita con todos esos preciosos rasgos contraídos y a punto de largarse a llorar. En ese momento, pensó que la abrazaría con gusto para consolarla.

—Señor, soy el oficial Yago…

—Sé quién eres —interrumpió el señor del otro lado de la línea—. Pero no sabes quién es ella, ¿verdad?

—Todavía no me ha dado su identificación, no, señor. Desconozco su nombre y apellido —aclaró con firmeza.

—Es mi hija y es mi nombre el que importa. Soy Eloy Villar. Piensa. ¿Ves el coche oscuro que se detuvo a metros de donde estás apuntándole a mi hija? ¿Te suena?

—Sí, y lo siento, pero su hija pasó la luz en rojo y estuvo a punto de provocar un accidente. No puedo dejarlo pasar. Y me pegó. Eso sí puedo tomarlo como un suceso involuntario si lo pongo en contexto. La multa la tiene que pagar.

—Y lo hará si cometió la infracción, aunque dice que no. Baja el arma y deja de apuntar a mi hija.

—Sí, señor. Adiós —dijo Yago, guardando su pistola y bufando—. Gírate. No te voy a arrestar.

Cloe obedeció, sin bajar los brazos. Él le ayudó a hacerlo regalándole una sonrisa de lado que a Cloe le provocó un pellizco en el pecho, en el derecho, para ser más exactos, que le

produjo una descarga eléctrica bastante incómoda. Le pediría explicaciones sobre cómo lograba, solo por mantenerse cerca, ponerla tan nerviosa.

—Necesito tus datos —dijo Yago, tomando su pequeña libreta del bolsillo.

—Puedo darte mi Instagram, generalmente, respondo los mensajes privados si no son muy osados —le explicó ella, confundida por el cambio de tema y algo ilusionada, para qué negarlo.

—Para completar la infracción de tránsito, señorita —refunfuñó Yago.

La actitud bromista de la *princesita de papá* no le estaba gustando nada, aunque le pareciese preciosa y todo eso que le parecía. Hasta sexi, con esa pose inocentona que le ponía el corazón a latir acelerado. Entre otras cosas que comenzaban a latirle frente a esos ojazos de perrito abandonado con los que lo miraba.

—Claro, la infracción que no cometí —murmuró, metiendo medio cuerpo dentro del coche para buscar su bolso y mostrarle la identificación.

La actitud del chico le había cambiado el humor y se sentía frustrada.

Yago no disimuló su asombro. Para qué, ya le parecía imposible hacerlo. Ella se lo ponía muy difícil.

Lo había apuntado con el trasero. Por supuesto, que se lo observó sin contenerse.

Taquicardia tenía al descubrir el pequeño lunar que ella poseía en la pierna, casi donde nacía la nalga derecha.

—Cloe Villar Harper Sutton —susurró Yago, no se olvidaría de ese nombre.

Del apellido, mucho menos. No tenía suerte ni para poner multas de tránsito.

Su tío se lo haría pagar, lo sabía.

Como si tuviese la culpa él de que la *señorita* tuviese prisa.

—Ya puedes irte. No vuelvas a pasar una luz en rojo, es peligroso —explicó.

—¡No lo hice! ¿Por qué mientes? Debería denunciarte —rezongó ella.

—Mira, princesita, con papi te funcionará, pero conmigo no. Pasaste en rojo, lo vi yo y el hombre al que casi se le para el corazón y tuvo que esquivarte. Seguro que otros testigos encontraré, además de las imágenes de mi cámara —le explicó, tocando un pequeño artilugio que tenía prendido en la pechera del uniforme. La apagó para poder decirle lo que tenía atragantado sin ponerse en problemas—. Igual, creo que no te gustaría que todos tengan que ver lo que tengo grabado, lo digo porque tu culo está en primera plana. Y si no me crees, déjame decirte que el lunar que tienes en la pierna derecha es muy bonito.

—¿Qué cám…? Mi culo, no… Ese lunar es mío, ¡¿quién te autorizó a mirar?!

Yago se cruzó de brazos con las piernas abiertas y se mantuvo en silencio, observando el berrinche de la chica bonita.

¿Qué podía responder ante semejante tontería?

Para Cloe, los movimientos lentos, organizados y ostentadores de musculatura le parecieron muy sexis. Era como ver una película porno en vivo. Los calores se le subieron a las orejas. Era atractivo a rabiar, masculino y prepotente, con un aura de macho alfa de película erótica que podía con ella.

También era un idiota.

Si pudiese sacarle una foto para mostrarle a Lana…

—Entonces… me voy. Pagaré. No te voy a denunciar si eso implica que parte de mi intimidad quede expuesta. Pero voy a… —comenzó a decir mientras alzaba su móvil y le sacaba una foto.

No pudo resistirse. Después de todo, no lo vería más, por suerte.

—¿Qué haces?

—Por las dudas. Una nunca sabe. Tú tienes mis datos y yo, tu foto, *oficial*.

Capítulo 6

Lana se acomodó en el sofá, después de observar la fotografía durante unos cuarenta minutos, segundos más o segundos menos, aunque de manera intermitente. Cada tanto necesitó cerrar los ojos para parpadear y suspirar; también para mirar a Cloe, que parecía alardear de haber visto al muchacho en persona. Como cuando había conocido al elenco completo de una de sus películas favoritas en un evento organizado por la institución benéfica con la que colaboraba su madre y ella no había querido acompañarla.

El muchacho de la foto poseía todo lo que tenía que tener un hombre para impresionar a una mujer, eso pensó Cloe una y otra vez, como en bucle, desde que lo vio hacerse pequeño en el espejo retrovisor de su automóvil, abandonándolo en un rincón cualquiera de la ciudad.

Un morenazo de esos que doblaban las rodillas era el susodicho: cabello alborotado y ojos marrones de mirada profunda, intensa, peligrosa y felina. Jadeó al recordar cómo la había observado de bonito cuando le dijo que pidiese una ambulancia y también jadeó al recordar los labios del tamaño justo para que encajaran con los de ella, estaba segura de eso. La barba no le molestaría porque la tenía recortada y le daba un toque de chico malo que la ponía nerviosa. Hasta la nariz, recta, fina y no muy grande era bonita. Es más, las orejas pequeñas y perfectas habían llamado también su atención.

No obstante, todo ese atractivo innegable se exaltaba con una arrolladora personalidad que lo ponía la altura del lobo feroz, del león acorralando a la presa. Otra vez, Cloe asoció la belleza del oficial de policía con algo salvaje, animal y peligroso.

—Y dices que tiene un vídeo de tu culo… —murmuró Lana, sacándola del círculo vicioso de sus pensamientos pecaminosos.

—Bueno, si lo dices así… ¿Crees que…? —comenzó a preguntar Cloe.

—¿Que en este momento todos sus compañeros conocen tu lunar? —la interrumpió su amiga.

—¡No! Lo que digo es que si crees que…

—¿Que esta noche pueda masturbarse mirando tu culo?

—¡Lana!

—Ah, ¿lo que quieres saber es si creo que pueda extorsionarte con hacer público tu lunar, y tu culo, de paso?

—No, lo que quiero saber es si me acompañarías a reclamar el vídeo. Tenía otra intención, pero ahora quiero ir para evitar todo eso que has dicho que puede hacer y que yo ni siquiera había imaginado que podía llegar a suceder —explicó nerviosa.

—¿Y cuál era tu intención?

—Confirmar que pasé en rojo, como él dijo —respondió Cloe—. Además, necesito mis *Post-its* y marcadores para comenzar a trabajar en el libro. Podemos aprovechar la salida.

«A trabajar», repitió mentalmente Lana. No le diría nada. No quería pincharle el globo. Auguraba un mes, como mucho, de «trabajo» antes de que se aburriera. La pobre tenía que descubrir su pasión algún día, se lo merecía por el empeño que le ponía al hecho de buscarla, pensó su amiga. De momento, el único trabajo que Lana le reconocería sería el de las clases de

inglés.

—No creo que sea tan simple como pedir el vídeo. No sé. ¿Y si le preguntas a tu padre?

—No. Voy a empezar a solucionar mis problemas sola. Quiero independizarme de verdad y comenzaré con pedirle a él solo lo urgente y necesario.

Lana aplaudió a su amiga y tomó el bolso. Era su manera de aceptar.

Ambas se pusieron en marcha, cargando la dirección de destino en el GPS.

Nada más entrar a la estación de policía, vieron al, según Cloe, bestial policía hablando por teléfono. Tenía los talones apoyados en la mesa y se balanceaba en las dos patas traseras de la silla en la que estaba sentado.

—¿Has visto que hasta sus manos son hermosas? — preguntó Cloe, en susurros.

—Todavía no llegué a sus manos. Es mucho lo que hay para ver, amiga. Por favor, te pido que escribas una novela erótica, muy candente, con un macho alfa vestido de uniforme.

—Caray, no conocía esas debilidades de mi *roommate* sabionda, y cachonda, o cochina. Ya veré qué mote te pongo. Lo que «me pone» a mí me miró, Lana. Ya me atacan los nervios. Contrólame un poco —rogó al ver que le hacía una seña con la cabeza.

—No tengo ni idea de qué te quiso decir con ese cabeceo —susurró Lana.

—¿Me habrá sacado a bailar? Mi abuelo me contó que antes se cabeceaba para invitar a bailar.

Yago bufó y cerró los ojos. No podía ser. La conversación con su tío, que no detenía la perorata ni para respirar, y la *princesita*, que vaya a saber qué quería presentándose allí, completaban su día de mierda.

—¿Me oyes? Esa chica está en los medios cada tanto. ¿De verdad no sabías quién era? —insistió su tío, del otro lado de la línea telefónica.

—No tengo televisor, tío. No leo los diarios, no veo programas de chimentos o como se llamen. No. La. Conozco —remarcó al final para dejarlo bien claro.

—Solo espero no tener problemas con los Villar por esto —refunfuñó el hombre.

—A ver, tío. La *princesita* metió la pata. No es mi culpa. Pasó en rojo, un hombre casi se infarta por su culpa, mintió solicitando una ambulancia, me pegó una patada y el padre le salvó el culo con una amenaza, que dejaré pasar solo por ti. Si fuese por mí, la chica hubiera pasado la noche en el calabozo.

—Te apuesto mi casa a que todo lo que enumeras fue involuntario. Si la conocieras, te reirías conmigo —le explicó su tío.

—Claro, llevo cervezas y palomitas esta noche, así nos reímos juntos de la mierda de día que me hizo y hará pasar. Está aquí. Te llamo luego.

—Yago. ¡Ojo!

Se puso de pie, mientras apagaba el móvil, y se acercó a la mujercita que parecía arrogante y peleadora. La otra, su acompañante, tenía pinta de ser más sensata y conciliadora. Era una rubia con apariencia de intelectual que sonreía nerviosa, mirando para todos lados. Deteniéndose… ¡No podía ser! Lo estaba imaginando.

—¿Le estás sacando una foto al culo de mi compañero? —preguntó incrédulo.

—¡De ninguna manera! —exclamó Lana, ofendida.

¿Qué otra cosa podía hacer si no era mentir?

Le encantaban los hombres con uniforme desde siempre, los que vestían uno de policía parecían ser sus preferidos. Era un descubrimiento en toda regla.

—¿¡Cómo te atreves!? Lo único que sabes hacer es culpar a todo el mundo de algo —sentenció Cloe.

Ya hablaría con Lana al respecto de la foto, las fotos, que había tomado. Más que nada para verlas en detalle.

—No tengo tiempo para esto, princesita. ¿Qué necesitas? ¿Vienes a denunciarme o algo así? Puedo llamar a mi superior con mucho gusto. Insisto en lo de la cámara corporal, se verá con facilidad…

—No lo digas —lo interrumpió Cloe.

—Que cruzaste con la luz roja —agregó el muchacho con ironía.

—Ah, eso sí puedes decirlo.

Yago elevó una ceja y se puso en la posición chulesca y erótica que le provocaba sensaciones raras a Cloe.

—Esa foto ya la tenemos —murmuró Lana, solo para su amiga y refiriéndose a Yago de brazos cruzados sobre el pecho y bíceps en todo su esplendor, observándola con cara de depredador.

Cloe movió la cabeza a modo de afirmación. Se había quedado muda. Ese hombre debía desaparecer del planeta para que ella pudiese vivir manteniendo la dignidad. Dignidad que perdería si lo volvía ver, de una u otra manera, la perdería, lo tenía muy claro. Era solo cuestión de contar las horas, días, semanas como mucho.

Yago no quiso sonreír para no perder autoridad. La chica se había tomado enserio lo de que todos verían su trasero, lo intuía. Podía suceder. De hecho, sucedía en casos que llegaban a la corte o eran investigados por algún motivo. No sería el caso, por supuesto.

—Lo otro también se verá con facilidad, princesita. Ni papi podrá evitarlo —la pinchó.

Cloe entrecerró los ojos y sintió la mano de Lana tranquilizándola. Con un gesto casi imperceptible, le dio permiso para interceder.

—Oficial, estamos aquí con el propósito de convencerlo de que nos entregue ese vídeo. Cloe pagará su infracción, ¿cierto, Cloe? —La nombrada asintió sin dejar de mirarlo a los ojos, y la boca, y las manos y en fin… sin dejar de mirarlo descaradamente—. Así se cerrará este asunto incómodo para todos.

—Vamos por partes: yo no estoy incómodo con este asunto. Y no, no puedo entregarles el vídeo. No está en mi poder.

—¿¡Ya lo has repartido con tus amigos degenerados!? —chilló Cloe con los ojos vidriosos de impotencia.

—¿¡Cómo te atreves a decir algo así, mocosa malcriada!? —exclamó ofuscado.

La vio apretar los labios hasta convertirlos en una línea, pero su enojo no se comparaba con el propio.

—No lo tengo en mi poder ni lo he tenido nunca. Todo queda grabado en un *sofwar*…

—*Software* —lo corrigió interrumpiéndolo y recibió la mirada más antipática del mundo.

Se hubiese disculpado si el chico hubiese hecho alguna pausa, pero no fue así. La ignoró por completo.

—De una empresa externa a los departamentos de policía, para proteger los datos y garantizar la privacidad de los individuos. No soy corrupto y mucho menos, mala persona.

—Siento haber dicho eso —aclaró Cloe.

Estaba arrepentida y molesta por la reprimenda.

—Eso espero —dijo él, sin suavizar sus gestos—. ¿Algo más?

—No, gracias, oficial —respondió Lana, tirando de la mano de su amiga.

—Espera. ¿Me aseguras que mi… el…? —balbuceó Cloe. No quería poner en la memoria del lobo aullador, con pinta de empotrador serial, ni su lunar ni su retaguardia—. ¿Intimidad está protegida?

—Te lo aseguro. Es tu derecho y mi obligación —respondió él con un poco, apenas, casi nada de simpatía.

Capítulo 7

Cloe acomodó la compra en su nueva mesa de trabajo: un escritorio de madera lustrada que supo ser de su abuelo paterno. Ella adoraba ese mueble por ser antiguo, bonito y estar cargado de recuerdos. Lo había acomodado en un rincón de su dormitorio, frente a la ventana que daba a la piscina. Allí preparaba sus clases y desde ese mismo día, escribiría su *masterpiece*.

«A mí no me vengas con palabritas extranjeras, di "obra maestra"», se había burlado Lana. Ella también sabía inglés, pero le gustaba molestar a su amiga cuando mezclaba palabras en ese idioma.

Abrió el computador. Tomó el anotador con tapa dorada, la Montblanc heredada del viejo Sutton: lapicera con la que él firmaba siempre sus contratos y llevaba a diario en el bolsillo interno de la chaqueta de su traje. Acomodó tres marcadores para resaltar en el otro costado. Inspiró profundo y puso en la pantalla de su portátil la hoja del archivo nombrado: «título en veremos».

Hacía quince minutos que miraba la raya vertical que titilaba en la pantalla blanca. Se sentía hipnotizada por ella.

—Me pones la mente en blanco —le gruñó.

Sí, a la raya que titilaba en su pantalla.

—Si me molestas así, no podré escribir —agregó.

Se puso de pie con enojo, tiró sin querer el anotador con tapa dorada, la Montblanc y los tres marcadores en el proceso. Los dejó en el suelo porque estaba furiosa con la raya que titilaba y salió del dormitorio.

—No tienes buena cara —señaló Lana, desde la cocina—. ¿Quieres un té?

—Sí, por favor. No he podido escribir ni la primera palabra del prólogo.

—Bueno, el lado positivo es que sabes que va a tener prólogo —indicó su amiga.

—Así comienza un libro, ¿no? —murmuró, abriendo el refrigerador para buscar el azúcar con la que endulzaría el té.

—La puerta de arriba a la derecha —indicó Lana.

Cloe cerró el refrigerador y abrió la alacena, la de la izquierda.

—Derecha —insistió Lana, sin perder de vista ningún movimiento de su amiga.

Había momentos, como ese, en el que estaba nerviosa o ansiosa, *más* ansiosa, en los que no coordinaba y era potencialmente peligrosa. Solo por dar algún ejemplo: había puesto un huevo crudo sobre el fuego y había intentado guardar la olla con comida recién hecha y caliente en la alacena.

Una vez que Cloe tomó asiento en la butaca del desayunador, con su té en la mano, Lana se relajó.

—Creo haber leído libros sin prólogo. Debe ser a elección del escritor, supongo.

—Ahora que lo dices, también he leído libros sin prólogo. Voy a investigar. En YouTube hay vídeos de escritores, o en las redes sociales, donde estos embaucadores, mentirosos y arrogantes dicen cosas como: «Cuando me siento frente al teclado, las palabras fluyen». «Las

ideas salen solas, no sé cómo explicarlo». «Las musas no me dejan dormir». «¡Tengo tantas ideas y tan poco tiempo de escribir!». Habiendo experimentado la situación, te lo repito, son unos embusteros, no dan la información correcta. Deben pretender quedarse con la torta completa y no compartir espacio con personas que quieren dar sus primeros pasos, como yo. ¡Farsantes!

Lana sonrió y le tocó la mano. Intentaba calmarla para que no se bajonease tan pronto. No conocía escritores, no obstante, imaginaba que no solo por decir «voy a escribir una novela» uno se convertiría en novelista.

—Decidamos juntas el género —dijo.

—*OK* —caviló Cloe, entusiasmada con el ejercicio de creatividad que le proponía su amiga.

Algo había leído al respecto. «Lluvia de ideas» le llamaban, creía. Si no había malentendido el concepto.

—Romance seguro que tendrá y mi amiga Lana me pidió escenas calenturientas con uniformados. No sé si seré capaz de escribir de eso, la verdad —mencionó.

—Ya lo resolverás frente al teclado, como dicen los mentirosos esos de las redes —aseguró la nombrada—. ¿Qué tal fantasía?

—Algo como un vampiro *sexy* de cientos de años y aspecto adolescente que tiene que simular que estudia en *High School* y conoce a una chica…

—Mejor, démosle una vuelta. Se parece mucho a Crepúsculo, ¿no? Tiene que ser original —la interrumpió su amiga.

—¿Y algo con magos…?

—No. Tampoco con anillos mágicos —señaló Lana—. Me parece que estás muy influenciada con las películas.

—Entonces no, no me gustará escribir fantasía, lo presiento.

—¿Histórica? —le preguntó con cara de «se me ha ocurrido una buena idea».

—No, odio la historia. No existía el móvil, internet, coches eléctricos, hablaban raro, hacían cosas que no me gustan. No tengo ganas de ponerme a investigar sobre épocas pasadas. Además, de hacerlo, lo haría como se debe, planteando la historia real, no modificándola a los tiempos que corren. No. Descartado —sentenció.

—Pero te gustan los vikingos y los highlanders —mencionó Lana elevando las cejas varias veces.

—Y pueden hacer cochinadas como pretendes —agregó Cloe copiando el movimiento y agregando un provocador meneo de cadera.

Ambas amigas eran fanáticas de las series de televisión con esas temáticas y las habían devorado capítulo a capítulo.

—Pueden. Deberíamos volver a ver esas series. Uf, me entra el calor al rememorar ciertas escenas y me trae a la memoria que ¡no revisamos las fotos de los polis! —gritó Cloe, emocionada.

—Muestra, muestra, egoísta.

Lana sacó el móvil del bolsillo trasero del vaquero y buscó las fotos.

—¡Madre mía, qué pedazo de hombre! —exclamó la dueña del aparato al ver la primera de las imágenes—. No está bien sacada, pero me daba miedo. ¿Será legal?

—Ni idea. Pero si la bestia bonita esa que me puso la infracción tiene un vídeo de mi culo… ¡Grrrr! No me lo recuerdes que me pongo de mal humor. Que hombre más arrogante y… muéstrame la foto de él.

—A él no le saqué —aseguró Lana.

—¿Cómo que no? —preguntó Cloe asombrada. Si era el ejemplar más maravilloso del lugar.

—Ya lo teníamos en tu móvil —respondió su amiga.

—Cierto —dijo, y corrió hacia el dormitorio a buscarlo—. ¿¡Viste mi teléfono!?

Lana negó con la cabeza al escuchar el grito. ¡Cómo la quería!

—Sí, lo estoy viendo al lado de mi mano.

Cloe volvió con cara de culpable y ambas soltaron la carcajada.

La fotografía de Yago apareció en la pantalla, después de tocar un par de botones. Era una imagen perfecta. Hasta la luz natural del momento había colaborado y el resultado era una postal digna de estar impresa y expuesta como publicidad de un automóvil deportivo, caro y ruidoso. Lo de los perfumes estaba trillado y le quedaba chico. Yago impresionaba más que cualquier modelito de esos que usaban filtros y se dibujaban los abdominales.

Cloe suspiró.

Lana chilló:

—¿¡Por qué la borraste!?

—No la borré, solo quise… toqué acá y… ¿la borré? ¡La borré!

Capítulo 8

Era sábado y estaban de festejo. Lana había aprobado dos exámenes muy difíciles y quería salir de fiesta. Había convencido a Cloe para que la acompañase.

«Convencido» no era la palabra porque la pseudo-escritora, que todavía no había escrito ni una palabra, no necesitó más que la pregunta «¿vamos a bailar esta noche?» para decir que sí.

Cloe estaba agobiada.

Había pasado por todas las posiciones sobre cada mueble de su dormitorio sin que se le ocurriese una frase, ese pistolazo de salida para la novela que quería convertir en *best seller* del New York Times, o bueno, en *best seller* de alguna lista. Hasta había cancelado las dos clases del día para no perder el hilo de… las ganas de escribir. Porque la idea brillaba por su ausencia.

—También voy a festejar —aseguró mientras se pintaba la raya del ojo—. Estuve investigando y no es necesario que un libro tenga prólogo. No es obligatorio. No le voy a poner uno, entonces. Así no tengo que pensarlo. Demasiado con el libro, que se me resiste, debo reconocer.

Lana sonrió, o eso intentó, con la boca estirada hacia abajo. Estaba luchando con la máscara de pestañas. Ninguna mujer podía ponerse la máscara sin tirar los labios hacia abajo, habían concluido las amigas, una noche de fiesta como esa.

—¿Festejarás que no vas a escribir el prólogo? —preguntó Lana cuando terminó.

—Sí. Y que tengo lectora beta. Eres tú —aclaró la chica de ojos celestes sonriendo con picardía.

—¿Y eso qué es? —quiso saber la «lectora beta».

Cloe le explicó que debería leer su borrador y criticarlo para que ella lo fuese corrigiendo. Le pareció divertido y aceptó.

Tampoco es que tuviese más opciones.

Llegaron a la discoteca justo cuando había un revuelo en la entrada. Parecía que dos muchachos discutían con el hombretón de la entrada. Hombretón que Cloe conocía porque había trabajado para su padre, cuidándola.

Había sido su *cola*. Su *niñero.*

—Cloe Villar, estás cada vez más linda. Aunque tú… —dijo el hombre abrazándolas por turno con un solo brazo y callando el piropo destinado a Lana.

Con la mano del otro brazo, el que tenía libre, sostenía a un chico flacucho del cuello de la camisa y una jovencita, que parecía ser la novia del muchacho, lo insultaba con palabras que destilaban veneno.

—¿Haciendo amigos, Colita? —bromeó Cloe, y pasó por el espacio que él les hizo, después de correr un cordón negro con puntas doradas.

Lana la siguió con la cara roja. Siempre le pasaba cuando el gigante rapado la piropeaba. Y eso era cada vez que las veía.

Teniendo en cuenta que, además de en la disco, él trabajaba en un bar al que iban seguido y en un negocio de ropa donde compraban, no tan seguido, y en realidad, compraba Cloe, porque

los precios eran prohibitivos para Lana, lo veían bastante.

—Te cuidas, que hay mucha gente, y tú también, preciosa —agregó el chico, antes de perderlas de vista.

—Un día de estos… —comenzó a decir Lana, y se silenció.

La amenaza carecía de valor, porque la chica no lo tenía para decirle a ese mastodonte, o a cualquier otro, que se ahorrase la palabrería barata y pasase a la acción. Tampoco era de armas tomar, como su amiga.

—Solo debes hacerle ojitos, mirarlo fijo, sonreírle un poco o susurrarle al saludarlo. Listo. Cae redondo. Si es un buenazo que se derrite por tus huesos —explicó Cloe.

Iban de camino al sector VIP. Habían reservado una mesa chica para poder apoyar sus vasos y bolsos, además de los teléfonos, y porque a Cloe le gustaba estar tranquila y cómoda. No había más explicación que esa.

Ninguna iba a buscar pareja allí. Sabían que lo único que encontrarían, con suerte, sería un par de besos, toqueteos o un revolcón rápido en algún rincón o baño. Esa había sido su experiencia hasta el momento.

Ninguna de esas posibilidades las convencía.

Les gustaba bailar cerca de gente que respetase su espacio personal, cantar a viva voz y tomar sus cócteles preferidos. Algo imposible en la pista central. Tal parecía, que esa noche en particular, tampoco sería posible hacerlo en el sector VIP.

Un grupito de arrogantes universitarios pasados de copas bromeaba, gritaba y se empujaba con torpeza y alardes de fuerza en una de las mesas contiguas a la de ellas.

Nada más verlas llegar, les silbaron y dijeron algún que otro piropo. Uno fue subido de tono.

Como recién llegaban y la idea era divertirse y festejar, lo que fuese, pero festejar, ignoraron la desubicada frase.

Pidieron un par de bebidas y bailaron cerca de la barandilla que daba al salón principal.

Más allá, lejos de ellas, del VIP, de la barra y la pista de baile, dos ojos permanecían atentos a cada movimiento de Cloe.

Yago tenía el día libre. Lo que significaba más trabajo. Ir al supermercado, cocinar para toda la semana, limpiar y ponerse al día con la serie que estuviese mirando no era poca cosa y descansar, no descansaba.

Dio el último bocado y tomó el botellín de cerveza para terminarlo recostado sobre el respaldo del sillón. Fue cuando miró la hora y supo que iba tarde.

Le había dicho a su tío que tardaría poco más de media hora. Todavía estaba en veremos y por cambiarse.

Odiaba que el hermano de su madre supiese cómo convencerlo para hacer lo que no quería.

Lo cierto era que lo veía como a un padre.

Prácticamente, había sido la única imagen paterna que había tenido al crecer. Y lo quería, además, lo respetaba.

—Y eres un flojo —se reprendió, llevando los utensilios sucios a la cocina.

Capitulo 9

Lana gritó emocionada al escuchar su canción preferida y comenzó a bailar descontroladamente.

Cloe estaba llevándose el vaso a la boca y decidió que copiar a su amiga era más urgente. No reparó en el recipiente de cristal barato que tenía en la mano, mucho menos, en el líquido que este contenía, y levantó los brazos para seguir el ritmo de la música.

La muchachita que tenía detrás resultó salpicada con su mojito; también resultó ser la chica de la entrada, la acompañante del flacucho que luchaba contra la fuerza del exniñero. La misma que había decidido odiar a Cloe al verla entrar sin esperar, con sus aires de reina del baile, según ella, y sonriéndole al bruto que lastimaba a su mejor amigo, prohibiéndole la entrada.

—¿Eres estúpida? —le preguntó dicha jovencita, muy, demasiado, exageradamente molesta.

Cloe no sabía por qué la increpaba de esa manera. Jamás reparó en que la salpicó y, por supuesto, no la reconoció.

—¡No soy estúpida! —respondió.

No se dejaría insultar de esa manera.

El cruce de palabras dio inicio a una discusión poco entendible entre las tres chicas, a la que se sumaron dos de lo borrachines que habían seguido poniéndole alcohol al cuerpo y estaban más beodos que antes.

—Podeeemos hacer de cuennnnta que, que, que no pa-sssó nada si me dejasss tocarte el cuuuulo —balbuceó uno, acercándosele demasiado.

Cloe bufó y sacó pecho, estaba a punto de gritarle algo cuando el vaho le produjo náuseas y es que el muchacho había abierto la boca para decir:

—Tam-bién te toca-ría las tetassss.

El grupo entero soltó la carcajada.

Cloe se sintió muy humillada y vio a Lana a su costado, asustada por la violenta escena.

Lana no era valiente, para nada. Huía a las discusiones, controversias, negativas, todo lo que la pusiese en una situación incómoda.

—No me vas a tocar nada, degenerado. Y tú, maleducada, ¿por qué me insultas? —quiso saber Cloe, sin amedrentarse.

Al acabar la frase, la chica se le abalanzó. Se le enganchó con fuerza al cabello y comenzó a insultarla a los gritos.

Lana ahogó un jadeo y se tapó la boca con la mano al escuchar el gemido de dolor de Cloe.

—Hey, hey. ¡Basta! —exclamó Yago con decisión.

La mujercita violenta se detuvo, pestañeando varias veces, confundida por tener una espalda enorme frente a sus ojos, habiendo tenido, cinco segundos antes, una mirada femenina asustada.

—Ya está. Cada una a su mesa. Y el resto, desaparezca de mi vista —exigió, separándolas por fin.

—¿Y por qué deberí…? —comenzó a indagar uno, hasta que fue interrumpido con una placa

policial pegada a la nariz.

—¿Qué tal esta respuesta? —murmuró Yago, sin alejar la vista de él.

Parecía ser el más molesto y pendenciero de todos, a juzgar por la postura.

Una vez que el grupo se alejó, no sin antes dedicarles algunos insultos, Cloe soltó a Lana. La estaba abrazando para calmarla.

—¿Están bien? —quiso saber el oficial de policía. Tendría que darle la razón a su tío.

—Necesito que vengas. No puedo maniobrar aquí. Me descubrirán y puedo perder el trabajo si lo hacen. La chica es de las que no se deja y unos tarados están molestando a su alrededor. Presiento problemas.

—Es mayorcita, que se arregle —había respondido con desagrado.

—Yago, no te lo pediría si no tuviese un mal presentimiento. Sabes cuánto confío en ellos.

—¡Odio las discotecas! —exclamó para que el hombre lo entendiese.

—Qué alma de viejo tienes, Yago. Si yo tuviese tus treinta… —canturreó su tío.

—Veintinueve. Y las odiarías también. En media hora estoy allí. Me debes una cena.

Así había terminado salvando a la *princesita* en el vip de la disco de moda.

La repasó con la mirada, a las dos, y no encontró más que piernas desnudas, cuerpos bonitos, tacones, un rostro asustado y el otro, furioso y con el pelo enredado.

—¿Puedes dejar de mirarnos? —preguntó Cloe, cruzando los brazos.

El movimiento unió y elevó sus pechos.

Yago lo notó.

—¿Por favor? —insistió ella ante el descaro de él.

La sonrisa del chico aflojó el gesto apretado de Lana. Le divertía ver a su amiga en esa tesitura, frente al chico que le robaba suspiros desde hacía unos días.

—Vestido de calle impresiona menos —murmuró al oído de Cloe, quien negó con la cabeza.

A ella la impresionaba de distinta manera, pero la impresionaba.

«¡Qué bien le quedan las camisas!», pensó.

Lo odió.

Por aparecer de golpe, por salvarla, por estar tan bueno, por ser arrogante, por inspirarle cosas malas y perversas, por hacerla querer gruñir y arañarlo para sentirse tan animal como él le parecía.

Lo odió.

—¿Qué les hicieron? —quiso saber Yago.

—Ella me insultó —respondió Cloe.

—¿Por qué? —siguió indagando.

—No lo sé —murmuró ella.

—Tú nunca sabes nada, ¿cierto? Eres de las que tira la piedra y esconde la mano, ¿no?

Lana sonrió, negando con la cabeza. El muchacho no tenía idea de con quién se estaba metiendo. Y tampoco de que Cloe nunca sabía lo que hacía. Apostaría su computador portátil, y no lo perdería, a que sí había pasado en rojo el día que la detuvo, pero como era Cloe, no se había enterado.

—Prefiero gastar mi saliva mascando chicle o cantando, antes que hablando contigo —expuso Cloe, y un cubito de hielo le cayó en la cara, raspándole la mejilla.

No era mucho, no obstante, era el indicador de que el grupito de inadaptados no había terminado lo que había comenzado.

—Nos vamos —señaló Lana.

—Es lo mejor que pueden hacer —agregó Yago.

Cloe entrecerró los ojos y se mordió el labio inferior. Quería llevarle la contraria, de verdad que sí, pero no lo haría porque se quería ir.

Tomó sus cosas y pasó al lado de Yago, golpeándole el brazo con su hombro.

—Se le pasará —le explicó Lana antes de seguirla.

A Yago le importaba muy poco si se le pasaba o no. Lo que tenía que hacer ya lo había hecho.

Las siguió de cerca. Fulminó con la mirada al chico que peor le caía de los cuatro o cinco que estaban fastidiando y aceleró sus pasos para no perder a las mujeres. Tenía que acompañarlas hasta la salida.

Maldijo al darse cuenta de que se desviaban rumbo al baño. Ya no soportaba tanto ruido y empujones.

Se acomodó en un rincón para esperarlas y avisó por teléfono a su tío de que todo estaba bien.

¡No podía creer la mala suerte que tenía! Justo a la hija de Eloy Villar, el jefe de su tío, tenía que parar por una infracción de tránsito. Y resultaba que a él le parecía una buena idea que le cubriese las espaldas con la *princesita*.

«Ya estás al corriente de cómo es», le había dicho como tonto argumento cuando él quiso negarse. No había entendido si se refería a físicamente o a que era propensa a meterse en líos. Ambas cosas eran ciertas, al parecer, qué más daba entenderlo.

Más mala suerte creía tener porque le parecía una muñeca y en otras circunstancias… Nada.

«En otras circunstancias, nada», pensó recapitulando y reconociendo que era una niña de papá, caprichosa y enojona, que se metía en problemas que los demás debían solucionar.

Se asomó para ver si ya volvían y se la chocó de frente.

Olía a perdición.

Cloe evitó caerse poniendo sus manos sobre la roca que eran los pectorales del insufrible lobo acechador que parecía ser el policía. Porque había decidido que la estaba acechando, sin fundamentos, solo porque sí, para tener que evitar preguntarle por qué la había ayudado. Supuso también, y hasta obvio le parecía, que estaba allí divirtiéndose como cualquiera de los presentes y que la había visto por casualidad.

Tragó saliva al advertirlo tan cerca y el clic que le fallaba en esos momentos volvió a malograrse. La torpeza y las ganas de decirle lo lindo que era podían más que su enfado.

Eso pasaba cuando el clic le fallaba.

—¿Cuál es el camino más corto? —preguntó entre suspiros.

A Yago le temblaron las piernas. No sabía si era el bullicio o qué, pero la voz de la mujercita bonita le sonó sensual.

Negó con la cabeza, alejando la tontería que estaba pensando.

—¿Para la salida? —indagó.

Conjeturó que se había mareado o que estaría con alguna copa de más. No quería analizar nada del momento para no desviarse de su objetivo: irse a su casa a ver el último capítulo de la serie en su portátil, tendido sobre su mullido colchón.

—No, para llegar a gustarte como tú a mí —murmuró Cloe, haciéndole ojitos.

La música retumbó y el griterío los aturdió.

En ese instante, Cloe se dio cuenta de lo que había dicho y quiso que la tierra se la tragase y no la devolviese nunca.

—No te escucho —expuso Yago, acercándose un poco más y maldiciendo por el aroma que

desprendía la chica.

—Que sí, que para la salida. El camino más corto para la salida —aclaró Cloe, agradecida con… alguien, comenzando por el DJ y siguiendo por los gritones que la rodeaban.

—Síganme —indicó él, bastante confundido.

«Hasta donde quieras», pensó Cloe.

—Deja de repasarlo con la mirada —la increpó Lana, desde atrás.

—No me desconcentres.

Capítulo 10

Ya en la puerta del lugar, el grandote de cabello rapado se acercó con cara de preocupado. Con su mano gigante le acarició el pelo a Cloe.

—¿Qué haces? —le preguntó Yago, interponiéndose entre el hombre, que lo superaba en altura y ancho, y la chica a la que debía cuidar hasta verla a salvo.

—¡¿Y tú quién eres?! —gruñó el otro, intentando empujarlo para volver a acceder a Cloe.

No le gustó verla despeinada y con el rostro compungido. Algo había pasado y debía saberlo.

—Pelea de gallos —murmuró Lana, sonriente.

—¿Los dejo? ¿A ver quién mea más lejos? —indagó Cloe, cómplice con su amiga.

Se alejó unos pasos hacia atrás y su *excola* lo notó.

—¡Quieta ahí! —La frase la inmovilizó, aunque no le hizo desaparecer la sonrisa.

—No le hables así —ordenó entre dientes el policía.

—¿Pueden dejarse de tonterías? Me aburro. Sí, son muy machotes. ¡Uyyyy, qué miedo dan! ¿Cierto, Lana? —preguntó Cloe, en todo sarcástico.

Lana sonrió y afirmó, hasta que notó los ojos del gigante sobre su rostro.

—Me voy. Disfruta de la compañía —dijo Yago, y se alejó a paso lento.

Si la chica no se dejaba cuidar, él no tenía la culpa.

Más allá, a pocos metros, vio el titilar de las luces de un coche oscuro. Su tío le había hecho señas de que ya tenía todo controlado. Eso lo dudaba, a juzgar por el grandote que lo había toreado.

Poco le importaba.

Nada, en realidad.

—¡Mierda! —Aceleró el paso y se acercó a su pariente—. El tipo ese…

—Lo conozco. Está bien. Gracias, Yago —lo interrumpió su tío.

—¿Quién es? —quiso saber.

—Ya sabes, Cloe —respondió el hombre, sin perder de vista su objetivo.

—El tipo, tío. El tipo.

—Ah. Martín. Él supo ser su guardaespaldas, cuando sabía que tenía uno. El último que tuvo. Después entramos los invisibles. Ahora la cuidamos desde las sombras.

—Suerte con eso. Te compadezco. Me voy a casa. Recuerda que me debes una. Me olvidaba: la *princesita* que ves ahí, tan femenina y sonriente, con carita de niña buena, estaba agarrada de los pelos con otra chica, quien estaba acompañada de varios tipos borrachos y atrevidos. No fue a mayores —le contó, y se puso en camino.

Ya no pintaba nada ahí.

Martín negó con la cabeza y se mordió el labio inferior. Esa chica tenía un poder para atraer problemas. Sabía que desde pequeña ocurría semejante hazaña y nadie, nunca, había podido dar con una solución.

—¿El vip de la izquierda? —preguntó con el móvil en la mano. Ambas chicas afirmaron—. Saca al grupete del VIP, están borrachos y haciendo lío. Tuvieron un altercado con una chica que está fuera.

—No era necesario, Colita —indicó Cloe.

El hombre se había comunicado con gente de seguridad de dentro del local para que evacuaran al grupo problemático.

—Sí, lo era. Quiero que vuelvas confiada de que aquí se te cuida. Ahora, váyanse, que no las vean para que no las crean responsables.

—Lo somos —murmuró Lana.

—Tú solo eres responsable de… —Martín se interrumpió, y suspiró—. Vayan.

Cloe sonrió y le dio un golpecito en el hombro.

—Cobarde —le dijo al acercarse para darle un beso en la mejilla. Sabía que se había tragado un par de palabras bonitas referidas a las emociones que su amiga despertaba en él.

Lana levantó la mano y lo saludó desde la distancia. Martín le guiñó un ojo y las piernas de ella se aflojaron un poquito.

—Tiene un hermano pequeño, una madre muy cariñosa y un padre trabajador, pero ambos están separados, el hermanito tiene otro papá. Vive solo en un pequeño apartamento luminoso. Debe tener ya unos veintisiete o veintiocho años, si no me fallan las cuentas —enumeró Cloe, caminando hacia su coche.

—¿De quién hablas? —le preguntó Lana, perdida por completo en la conversación.

—De mi exniñero. Mi padre lo contrató porque era joven y de apariencia peligrosa. Fue su último intento de convencerme, pero no le salió bien. Adoro a Martín, pero se las hice pasar muy mal. No lo quería cerca. Ya sabes las veces que me le escapé. ¿Te gusta? —quiso saber, ya dentro del automóvil.

—No —respondió Lana de manera categórica.

A pocos metros, en la entrada de la discoteca, un grupo de molestos jóvenes discutían con varios hombres vestidos de negro. Entre ellos, Martín. Este estiró la mano y elevó del cuello de la camisa a uno, al que había increpado a Cloe, le dijo algo que no escucharon y el chico salió corriendo. Lo siguieron los demás, sin decir nada.

El hombretón dirigió la mirada hacia ellas y elevó el dedo pulgar.

—Creo que sí —reconoció Lana, después de suspirar—. Aunque no sé si me gusta o me…

—¿Estás acalorada? No me atrevo a decir calie…

—Mejor no lo digas. ¡Madre mía! Abre la ventana. Uf, qué calor —murmuró Lana, incómoda.

Cloe soltó la carcajada y encendió el coche. No podía parar de reír.

—¿Por qué no hablamos mucho de novios, sexo y esas cosas? —preguntó Lana sorprendida por haberlo hecho con tanta naturalidad.

Lo cierto era que le avergonzaba hablar de sus emociones con respecto a los chicos. Aunque, últimamente, iba desatada. Se cubrió la cara al recordar a los uniformados y las fotos que guardaba en su móvil.

—Por la misma razón que no hablamos de hijos, Lana. Porque no tenemos —respondió Cloe.

Ambas se miraron y afirmaron, elevando los hombros.

—Tienes razón. ¡Qué triste! Eso cambiará.

—Lo he notado —bromeó Cloe—. Me servirá mucho para el libro. Hablemos sobre novios y sexo. De hijos, no todavía.

—Bueno. Mmm, a ver, yo quiero tener una pareja de esas que avergüenzan a la gente, que dan envidia. Me gustaría tener un novio pronto, antes de perderme en el camino de la madurez —narró Lana.

—Yo no voy a tener de eso —comentó Cloe.

—¿No quieres tener novio?

—Novio sí, madurez no. Yo creo que a ese camino no lo recorreré nunca.

Capítulo 11

Cloe amaneció ilusionada. Había estado leyendo bastante sobre los próximos pasos a seguir.

Oyó golpecitos de vajilla en la cocina y decidió comenzar el día sin más demoras. Caminó hasta el desayunador, descalza y en pijama, y sonrió con picardía a Lana.

—¿Qué quieres? ¿Café o té? —preguntó esta, resignada y sonriendo también. No le costaba nada preparar dos tazas en vez de una.

—Lo que estés haciendo para ti.

—¿Cómo llevas el libro? —preguntó su amiga.

Cloe torció la boca en un claro gesto de reprimenda.

—Manuscrito, es un manuscrito. Aún estoy en el proceso de documentación. No se trata nada más de ponerse a tipear, ¿sabes? Por ejemplo, algo que desconocía era que debo pensar en un corrector, no sabía qué era eso hasta que lo leí en uno de los *blogs* que comencé a seguir. La conclusión es que una vez que termine mi manuscrito, debo buscar corrector, editor o agente literario.

—¿Qué los diferencia? —preguntó Lana, extendiéndole una taza humeante.

—Todavía no lo sé. Estaba leyendo cuando me apareció la publicidad de una marca de zapatos preciosos y le dí al botón. Me compré un par, así vemos qué tal son —explicó Cloe mientras atendía la llamada que entraba en su móvil—. Hola, mamá. Iba a ir hoy a almorzar.

—Tu padre está muy ofendido contigo y yo, furiosa —explicó la elegante mujer del otro lado de la línea telefónica.

—No hice nada para merecerlo —protestó.

—Hija, te apuntaron con un arma. Tu padre tuvo que interceder para que no te detuviesen.

—Ah, eso. Una tontería. El policía es un exagerado… ¡Lana, lo tengo! —gritó interrumpiéndose a sí misma.

—¿Qué tienes? —preguntó la nombrada, viendo como su amiga bajaba el móvil y lo apoyaba sobre la madera.

—Hija. Cloe, sigo aquí. ¡Cloe! —escuchó Lana, a un volumen bajo, pero no tanto.

—El libro. Ni higlanders, ni vikingos. Una de policías. ¿Qué te parece?

—¡Cloe! —vociferó su madre, por enésima vez.

—Estabas hablando con Kathy —apuntó Lana.

—¡Cierto! Mamá, discúlpame. Me distraje. Pero…

—Ven inmediatamente a casa —exigió la madre.

—Estoy en pijam…

—De inmediato, Cloe.

Llegó agitada a la casa de los Villar, con el teléfono en una mano y la taza vacía en la otra.

—Aquí estoy.

—Ven a la oficina —solicitó el señor Villar.

Supo que la conversación sería seria. Solo entraba allí cuando lo era. Intentó recordar qué

podría ser importante, grave, de cuidado o interés para sus padres y no, nada se le venía a la cabeza.

—No tienes cara de hombrecito bueno —dijo a su padre antes de darle un beso en la mejilla.

El hombre estaba furioso y preocupado, esto último era lo que más le afectaba. La furia estaba desintegrándose al ver a su niña en pijama, con el pelo revuelto y la sonrisa bonita.

Todo lo que rozase a su hija era alarmante para él. Lo del fin de semana había sido un golpe que había paleado con antiácidos y una pastilla para dormir. Su esposa lo había podido controlar hasta esa mañana, en la que no soportó la incertidumbre.

Dos días angustiantes habían pasado.

La seguridad de Cloe enviaba partes diarios, y saber que había tenido un altercado en la discoteca no le había caído bien.

¿Cómo podía prohibirle a una jovencita de veintitrés años que saliese a bailar? Se había preguntado con seriedad. No, no podía, había pensado alguna opción drástica, pero llegó a la sana o razonable conclusión de que era imposible. Claro que su esposa había colaborado con una carcajada primero y un «déjate de tonterías» después.

Lo que no era imposible, y exigiría compromiso por parte de su desorganizada y ansiosa hija, era que le contase ese tipo de sucesos.

—Cuéntame lo de la luz roja, paso a paso, y agradéceme.

—Gracias, pero fue una casualidad que me ayudases. Yo no te llamé, lo estaba resolviendo —aclaró Cloe.

—Tener un arma en la cabeza por haberle pegado a un policía no entra dentro de las posibilidades de «resolverlo», hija.

—El golpe fue por accidente. El energúmeno ese lo reconoció, pero le dolió en su orgullo hacerlo —aclaró con altanería.

—Bien, el energúmeno es el oficial de policía, supongo —murmuró su madre, comenzando a preocuparse.

Kathy esperaba que la riña verbal entre su hija y el susodicho no hubiese ido a mayores. Tomó asiento para seguir escuchando, aunque por su paz mental debería irse. No lo hizo.

—Pagué lo que tenía que pagar. Tema zanjado. Sí, lo hice con mi dinero —aseguró.

Villar infló el pecho, orgulloso, hasta que recordó lo de la discoteca.

—¿Y el sábado? —indagó en voz tenue.

—¿Qué paso el…? —comenzó a preguntar Cloe hasta que a su mente regresó la imagen de Martín echando al grupo molesto del club.

No sabía que su *excola* mantuviese contacto con su padre, si ya no trabajaba para él.

Se enfadó mucho con lo que había averiguado sin querer. Hablaría con el grandulón. No quería que sus padres se metiesen en su vida de esa manera tampoco. Por mucho menos, había exigido que le quitasen la custodia.

—¿Cómo lo sabes? —apuró a su progenitor y lo vio tragar duro. Puso sus manos en la cintura y repiqueteó la punta del pie.

—¿Eh? Bueno, eh… yo… —comenzó a balbucear Eloy.

Había metido la pata. Su hija no debía saber cómo se enteró, no obstante, estaba tan preocupado que no midió consecuencias. Debería haber dejado el interrogatorio en manos de su esposa.

Le había ganado la ansiedad.

Levantó la mirada para rogar ayuda a Kathy, quien se mantenía en silencio y, podía adivinar, armando una estrategia mental para salir del paso.

—No me mientas, ¿fue Martín, mi *excolita*? Es el custodio en la puerta de la discoteca. No se me ocurre otra opción y lo voy a… —explicó Cloe hasta que escuchó la afirmación con claridad.

—Sí, fue él. Mantiene amistad con mi chofer, Momo, y le comentó que te vio, no lo hizo adrede. Momo, sí —respondió su padre, tomando la idea de su hija como la única salvación posible.

—Chismoso —susurró Cloe.

—Hija, quiero que me cuentes estas cosas. Necesito saber que estás bien y no preocuparme.

—Papá, si te lo cuento antes, te preocuparás por lo que pueda suceder y si lo hago después, por lo que pudo haber sucedido. Lo tuyo es preocuparte sí o sí. Y no puedes vivir de esa forma. Tengo veintitrés años y pronto, cuando pueda pagarlo, me iré de casa. Relájate. Deja de pensar que me pasará algo, hombrecito bueno.

La *niña de papi* se deshizo en mimos y abrazos.

El hombre bufó contrariado y encantado a la vez.

—Estabas enfadado, cariño —bromeó Kathy al verlo apretando a Cloe y sonriendo.

Su esposo no tenía arreglo, si de la hija se trataba.

Una vez solucionado el no-problema con sus padres, volvió a su casa, ya almorzada y sin la taza vacía. La que, por supuesto, descansaba en el escritorio de su padre. Olvidada por completo.

—Lana. ¿Estás?

—Aquí, estudiando —respondió la nombrada desde su cama.

—¿Crees que el sexo vende?

—¡No permitiré que te hagas una cuenta en Only Fans! —exclamó Lana.

—No quiero hacerme una cuenta. ¡Estás loca! —exclamó Cloe, muerta de risa—. Es que estuve analizando que la erótica tiene mucha salida. Le voy a poner bastante *picante* a la novela. Ya te dije que no sé cómo lo haré, pero lo intentaré.

—Ah, bien. Ahora que hablamos de estas cosas… —mencionó Lana.

—Por eso, igual, no tanto. Tampoco es que quiera saber lo que haces en la cama.

—Duermo, Cloe. Hace años que es lo único que hago.

—Claro. Bueno, y yo —agregó con los ojos en blanco.

—Cuéntame cómo te fue con tus padres —pidió Lana.

—Sí, eso. Voy a matar a Martín. ¿O lo prefieres sano?

Capítulo 12

Acabó con la clase de los gemelos y se prometió a sí misma que escribiría las primeras palabras de su futuro libro.

Se sirvió un té y respondió el correo electrónico que le debía a una de sus alumnas. Se había olvidado de corregirle un ejercicio. Tomó la taza llena y la guardó en la alacena. Se encerró en la habitación, frente a la pantalla, y apoyó los dedos en el teclado, con el archivo en blanco y la raya titilando.

—Otra vez tú —murmuró.

Se le ocurrió una idea. Le pareció buena. Sonrió y bufó después. En el segundo pensamiento que le dedicó, dicha idea no tenía ni pies ni cabeza.

—Qué sé yo de temas policiales —refunfuñó.

Tipeó en internet la pregunta «¿cuáles son los problemas policiales más recurrentes?».

Google la malinterpretó y le expuso una lista de inconvenientes en el desenvolvimiento de los oficiales de policía, actos de mala conducta, tácticas inadecuadas y otras problemáticas del cuerpo policial.

Su mente unió libremente lo que leía con la imagen perturbadora de su «bestia» particular: Yago.

Como Cloe no pensaba las cosas más de una milésima de segundo, tomó las llaves del coche y salió de su casa.

Volvió a los dos segundos para buscar el móvil y ponerse algo en los pies descalzos.

Salió nuevamente y volvió a entrar porque las llaves del coche habían quedado en el lugar que estaba su móvil antes.

La tercera vez, tuvo éxito.

Llegó a la estación en menos de lo imaginado, por eso, no tuvo tiempo de pensar en lo que le diría a Yago.

Quería que le diese información sobre su trabajo. Él podía ayudarla con todas sus dudas.

—No te ayudará en nada. Es malo —dijo en voz alta, encerrada en su automóvil, frente a la escalinata de entrada—. Tienes que ganarte su confianza.

Sonrió con seguridad. Creía poder hacerlo.

—La lástima gana —murmuró.

Puso cara de angustia y después de pensarlo mejor, la cambió por una de miedo. Con ella, entró al edificio de la policía.

—Buenas tardes, busco al oficial Yago. No sé su apellido.

—¿En qué puedo ayudarla? —preguntó un señor mayor con el uniforme ajustado, a punto de comenzar a lanzar botones como proyectiles. Ese uniformado no sería del agrado de Lana, estaba segura.

—Avisando a Yago, gracias —respondió Cloe.

—Si me dice para qué, puedo…

—Tengo que poner una denuncia —comentó, interrumpiéndolo.

—Puedo ayudarla yo, entonces —insistió el señor.

—No. Busco a Yago —sentenció ella.

—Señorita, Yago no está. Puedo tomar su denuncia sin inconveniente.

—¿Qué pasa conmigo? —preguntó el nombrado.

Recién volvía de patrullar y estaba agotado, además de hambriento. Tenía en las manos un paquete de galletas para acompañar el café que iba a servirse.

—¡Qué bueno que llegas! Estaba buscándote. Quiero poner una denuncia —comentó ella, feliz de verlo por fin.

—Cloe Villar, eres una pesadilla —dijo él entre suspiros, pero contento de volver a verla sana y salva.

Ya sabía que lo estaba, su tío había caído en la trampa y le había contado que la chica había regresado a su casa de una sola pieza, sin darse cuenta de que lo había interrogado para quitarse las dudas.

—Gracias, también sueño contigo de esa forma. ¿Puedes ayudarme? —quiso saber, ignorando su molesto comentario.

—No. Estoy ocupado. Mi compañero lo hará —sentenció él.

—Es lo que le estaba diciendo —agregó el oficial de uniforme ajustado.

—Lo harás tú —ordenó ella—. Gracias, señor, por su buena intención.

—No puedo —le aseguró Yago, comenzando a alejarse.

Así quería mantenerse: lejos de ella, de sus problemas y de su arrogancia. También de su belleza, sonrisa pícara y mirada preciosa.

—Me estaban siguiendo. No supe qué hacer. Vine directa para acá —anunció Cloe sin dudarlo y evitando que él diese un paso más.

Yago conocía la historia, por su tío. Sabía bastante sobre esa mujercita y era preocupante que la siguiesen, claro que lo era. Lo raro parecía ser que su custodia personal no lo supiese. También podría ser que la chica lo hubiese descubierto.

Debía averiguar.

—Ven. Toma asiento aquí y espérame. Yo me ocupo —avisó a su camarada.

Cloe sonrió contenta de haberlo conseguido y de tener unos cuántos minutos para recapacitar o inventarse algo coherente.

Maldijo su novedosa creatividad de escritora.

Nunca había sido capaz de inventarse una historia de la nada, sin asidero alguno y sin darle varias vueltas antes, como había sido el caso de hacía un instante, aunque, ¿cómo la seguía?

Yago, encerrado en la cocina y mordisqueando apurado una galleta, tomó el móvil y llamó a su tío.

—En comisaría está tu objetivo —bromeó al escuchar el saludo del otro lado de la línea.

—Caray, la perdí de vista en una esquina. ¿Qué le pasó? —quiso saber el hombre.

—Te descubrió. Eso creo. Te llamo luego. Dame un rato —comentó el sobrino, y caminó hacia Cloe.

Tomó asiento en la silla, frente a ella. Los separaba una mesa de trabajo cubierta de papeles, folios, algún que otro teléfono y un computador.

Cloe lo miró e inspiró profundo. La cercanía de ese hombre la ponía enferma. Su corazón comenzaba a galopar a una velocidad que no podía ser normal. El calor que nacía entre sus pechos y bajo el elástico del sostén era insoportable.

—Tienes la barba más tupida —dijo, sin venir a cuento o sí.

Venía a cuento del repaso que le estaba dando mientras él acomodaba un anotador y tocaba

algunas teclas para escribir algo en el teclado.

Yago elevó la vista y arqueó una ceja.

Esa chica era muy molesta. Molesta para sus inoportunos pensamientos. ¿Cómo podía haberse dado cuenta de que hacía días que no se afeitaba?

Cloe sonrió y no pudo quitar sus ojos de los de él. La mirada de Yago era como la del macho alfa de la manada sopesando el peligro del grupo e imaginando las posibles opciones de evitarlo.

«Que no es un animal», se reprendió en silencio.

No podía imaginarlo de otro modo.

Seguro que alguna de las hormonas masculinas de apareamiento, si eso existía, eran desprendidas por esa piel bronceada, por alguno de los músculos, por el aire que salía de la nariz recta y fina o por los labios que besaría para corroborar si eran tan suaves y tibios como parecían.

Cosas por el estilo rondaban la mente de Cloe mientras observaba con detenimiento al policía.

Capítulo 13

Yago preparó todo con lentitud, como si quisiera alargar el momento y, por fin, dijo:

—Cuéntame todo desde el principio y dame alguna identificación, por favor.

—Estás muy serio —aseveró ella.

—Estoy trabajando. Es algo grave que te sigan, princesita.

—Tu seriedad me pone nerviosa —murmuró.

«Más que nada porque te voy a mentir y porque me miras así. Porque tu aliento me llega a la cara y me pone muy tonta la manera en la que te queda el uniforme. Aunque, principalmente, porque te voy a mentir. Y por cómo te queda el uniforme… y lo demás también es principal», pensó.

—Comienza —exigió Yago.

No podía seguir mirándola a la cara. Con esos ojazos lo embelesaba.

—Iba conduciendo normal. No pasé la luz en rojo —aclaró con ironía.

Yago sonrió sin elevar la cabeza para que no lo descubriera.

«Atrevida», pensó.

—Cuando miré por el espejo retrovisor, vi un coche detrás del mío. Unas calles más allá, seguía ahí. Doblé hacia la derecha para confirmarlo y también dobló.

—Cloe, puede no haberte seguido sino coincidido en el recorrido —aclaró el policía.

La chica torció el gesto, confundida y haciendo trabajar su engranaje interno para inventar sobre lo inventado.

¡Qué difícil era idear algo coherente!

—Lo pensé. Sí, claro. Entonces, me detuve y simulé hablar por teléfono. No se conduce para hablar por teléfono —aclaró, otra vez, con retintín.

Yago volvió a sonreír y negó con la cabeza. Lo ablandaba de una manera que no le podía permitir. Así y todo, le gustaba que lograse semejante hazaña. Hacía mucho que no conocía una chica que lo hiciera reír y que atravesara su seria y aburrida personalidad.

—¿Y qué pasó cuando detuviste el vehículo? —indagó, abandonando las tonterías que estaba pensando.

—También lo hizo —respondió Cloe, contundente.

Le temblaban las manos, salivaba mucho, tenía taquicardia, sudaba y sentía el cuero cabelludo húmedo y caliente, todo por los nervios.

¡Le estaba mintiendo a la policía!

—¿Puedes decirme algo sobre ese automóvil? Color, marca, modelo, cualquier cosa que recuerdes —pidió Yago.

Él sabía que su tío conducía un BMW azul para seguir a Cloe. Por vaya a saber qué motivo, su mirada quedó anclada en los labios de Cloe, rogando porque dijese esa marca y color. Era el mejor de los escenarios que la chica hubiese descubierto a su guardaespaldas.

—Era un…, una…, eso, una Range Rover Evoque blanca —indicó Cloe.

Había titubeado porque, por un instante, olvidó todas las marcas automotrices y hasta los

colores. Su coche preferido le apareció como por arte de magia en la mente, entonces, las palabras salieron solas y de un tirón.

Yago tragó en seco.

No era el vehículo que conducía la gente de seguridad que le cubría las espaldas.

Un escalofrío le subió hasta los omóplatos.

¿La princesita estaba en problemas?

«Disimula tu preocupación», se exigió en silencio.

—Un *reing rover evoc* blanco —repitió el policía mientras lo escribía en su bloc, el que llevaba siempre en un bolsillo del uniforme.

—Range Rover Evoque —lo corrigió ella, en un perfecto inglés.

Yago no lo había pronunciado ni parecido, no tenía conocimientos de idiomas, lo decía como lo leía o le parecía.

—Mira, *princesita*, en mi solicitud laboral no pedían que supiese inglés y para mi vida personal, no los necesito.

—Bueno, mira por dónde, hoy sí —murmuró ella, contradiciéndolo.

Sin mover la cabeza, la mantenía gacha por estar escribiendo, Yago elevó los ojos y los clavó en los de ella.

La mirada fue aguda, penetrante, y la fulminó.

Cloe apretó los labios, uno contra otro, hasta que le quedaron blancos. Una nueva ola de calor le recorrió el cuerpo.

Un león al acecho le producía menos vértigo. Vértigo del imprudente, de ese que provoca suspiros y rebeldía. Quizá la palabra no era esa y era otra, pero no tenía tiempo ni neuronas atentas para ponerse a pensar.

Necesitaba gruñir. Eso le inspiraba el hombre que tenía enfrente.

Lo dicho, sus neuronas no pasaban por su mejor momento.

Para Yago era una imagen de lo más enternecedora. Parecía confundida, arrepentida, incómoda. Se puso de pie y se escondió un momento en el archivo, porque tenía que quitar la sonrisa de los labios. La chica se le hacía muy simpática y ocurrente. Jamás lo reconocería.

De pronto, fue consciente de la posible diferencia de edad y se golpeó la frente con la palma de la mano, llamándose la atención.

—Céntrate —se dijo, y volvió a la mesa.

—¿Todo bien? —le preguntó Cloe.

—Estará mejor cuando desaparezcas de aquí y te encierres en tu castillo, princesa —refunfuñó.

Prefería mantener esa tirante comunicación que los ponía en aceras opuestas, de lo contrario, pensaba tonterías.

—Solo me falta tu fecha de nacimiento —murmuró, simulando despreocupación.

Ella le extendió la identificación, que descansaba en la madera.

—Veintitrés años. —calculó Yago, y agregó más para sí mismo que otra cosa—. Una niña.

—Ya casi veinticuatro y no soy una niña. No me llevas tanto, no pareces mucho mayor.

—No tienes ni idea. Esto está listo. Déjame investigar, a ver si encuentro algo y si vuelve a suceder, me llamas —indicó, extendiéndole una tarjeta con sus datos.

—Yago Balboa —murmuró la chica—. Es un lindo nombre para alguien tan antipático.

Abandonó la estación de policía un poco confundida con todo lo que había pasado. No podía calcular las consecuencias ni deducir si lo hecho estaba «muy» mal o «terriblemente» mal.

Tampoco estaba segura de que sirviese para algo.

Se había olvidado por completo de mantener su actitud lastimera y temerosa. Es que Yago le nublaba la razón con su presencia. Además, no se le daba bien mentir, aunque se sentía orgullosa de haberlo hecho un poco mejor de lo que esperaba.

—No sé si has ganado nada —pensó en voz alta.

Si juzgaba por la actitud del policía, no, no se había ganado su confianza. Era el requisito fundamental para poder contar con él como fuente segura de inspiración y documentación.

Si iba a escribir una novela de romance erótico con un policía como protagonista, lo necesitaba.

Abrió el cuaderno pequeño, uno negro con letras rosadas brillantes, que llevaba en el bolso de mano y escribió lo que había averiguado hasta el momento:

«Se dicen "compañero" entre ellos, no requieren idiomas para ser policías, deben ser antipáticos y no a todos les queda bien el uniforme».

Pensó unos segundos más y cerró el cuaderno. No recordaba más detalles importantes.

Encendió el motor y se alejó.

Yago tomó el móvil nada más ver desaparecer las luces traseras del coche de Cloe Villar y detrás, las del que conducía su tío. Estaba apoyado en la pared de la fachada del edificio, quiso verla partir segura.

«Tonterías de la profesión», afirmó en silencio antes de ponerse a analizar su comportamiento.

—Dime, Yago —pidió su tío atendiendo la llamada.

—Vio una *Evoc* blanca —señaló.

—Me resulta rarísimo que la siguiese alguien. Sabes que no me despego de ella. Solo se me escapó un par de veces. Y es que pega cada volantazo o frenada que te juro que no se mata de casualidad.

Yago soltó la carcajada. Podía imaginarla con facilidad siendo mala conductora y despistada.

Se puso serio de golpe al reconocer que la chica bonita podría estar en peligro.

—No asenté la denuncia. No hay nada más que una marca y un color. Dime cómo proceder. Y, tío, solo hago esto por ti.

—Lo sé y te lo agradezco. Déjame hablar con el señor Villar. Te llamo luego.

Capítulo 14

Cloe apoyó los codos en la encimera, a la espera de que el agua se calentase. Le apetecía un té y ponerse a escribir. Estaba segura de que haberse empapado con el ambiente policial había puesto a trabajar a sus neuronas *escritoriles*, si es que tenía de eso.

Se enderezó, abrió la puerta de la alacena en la que guardaban las tazas y tomó una. Un líquido color caramelo le cayó en la cabeza.

—¡¿Qué…?! —comenzó a decir ante la sorpresa, pero no tuvo palabras que agregar.

El olor le confirmó que era té; el sabor, porque lamió sus labios, le dijo que estaba endulzado y su memoria, por momentos torpe y poco laboriosa, le recordó que ella misma había puesto la taza allí, llena, en la mañana.

Lana entró en ese instante a la casa y la vio chorreando agua por el cabello y la cara. Torció la cabeza a modo de pregunta y Cloe soltó la carcajada antes de hablarle sobre su última proeza de distracción.

—Deberías tratarte, Cloe —bromeó Lana, entre risas.

Esa vez, fue Cloe quien preparó una infusión a su amiga y, entre comentario y comentario, le contó que había hecho una denuncia falsa solo para ganarse la confianza de Yago, el policía cascarrabias que estaba como el pan caliente recién salido del horno y la ponía caliente, como el pan de la frase anterior.

—Creo que has ido demasiado lejos, Cloe. No estoy segura, pero supongo que las denuncias falsas no son legales y tienen consecuencias penales.

—¿Y eso qué significa? —quiso saber Cloe.

—No lo tengo muy claro.

—Lana, todo sacrificio vale la pena por mi libro —agregó decidida, o simulando estarlo.

La nombrada no estaba muy de acuerdo, no obstante, no se lo dijo. La veía tan entusiasmada, que prefirió callar.

Cloe comenzó a contarle su ocurrencia con lujo de detalles y como conclusión, agregó:

—¿Sabes que es lo más importante de esto? —Ante el gesto de negación de su oyente, siguió—: Ahora sé que sirvo para ser escritora. Pude inventar la escena de un crimen.

—Bueno… —murmuró Lana, haciéndole notar que se confundía y exageraba.

—Sígueme la corriente —exigió sonriendo—. Inventé el ¿atentado?

Lana negó con la cabeza.

—Dije una mentira tan convincente…

—Ahora sí.

—Que hasta yo me la creí. No tiene fisuras. Eso me demuestra que puedo crear una novela con una trama bien atada, sin cabos sueltos. Es jerga de escritores, no te preocupes si no lo entiendes.

—Ah. ¿Tienen jerga los escritores? —quiso saber Lana.

—Claro. Pero no me distraigas. Mi idea es volver en dos o tres días para decirle a Yago que vi el coche siguiéndome otra vez y hacerme la víctima. Lo invitaré a tomar un café para que me

consuele, ya veré.

—Estará en horario laboral en ese momento digo yo.

—Bueno, iré sobre la hora de cierre o almuerzo y lo esperaré sollozando en un rincón —agregó Cloe, con seguridad.

—No sé si tienen horario de comercio en la estación de policía —argumentó Lana con gesto pensativo.

—¿No quieres que escriba? ¿Es eso? Solo me pones trabas en la rueda —expuso Cloe comenzando a molestarse.

—No es eso. Me asusta que no midas consecuencias con respecto a mentir sobre una denuncia a la policía, Cloe, nada menos que a la policía.

Greg Donovan tomó asiento frente al señor Villar. Estaban en la oficina de este último. Le había pedido que acudiese con urgencia allí, sin demoras ni excusas. Disculpándose por la exigencia y agregando que, si se trataba de su hija, el tema era una emergencia.

—Le presento a mi sobrino —dijo Greg, señalando a Yago, quien todavía estaba en pie.

—Tú eres… No importa. Esa me la debes —comentó Villar, haciendo referencia al día en que apuntó con su arma reglamentaria a Cloe—. Ahora, a lo importante.

Yago tragó saliva en seco. No conocía a ese señor, aunque tenía pinta de peligroso y si no fuese porque su tío decía que era buena gente, tomaría sus palabras como una amenaza. Segunda amenaza.

El hombre le hizo repetir una y otra vez lo ocurrido.

El rostro de Eloy Villar fue mutando con cada palabra. Media hora después, parecía estar totalmente abatido y condenado a muerte.

—No puede volver a suceder, Greg —indicó con rotundidad al final del relato.

—Lo sé, señor. Haré lo que esté a mi alcance para evitarlo —prometió el guardaespaldas de Cloe.

—Confío en ello. Quiero saberlo todo, harás partes completos, diarios y detallados —exigió.

—Como siempre, señor.

—No. Más que siempre —demandó Villar—. Te pondré un compañero. Alguien joven y que pueda seguirle el ritmo a mi hija, estar donde esté ella sin llamar la atención. De esta manera, tú te quedarás en el vehículo y no la perderán de vista en ningún momento.

Eloy miró al joven alto y fornido, que había ayudado a su hija en dos oportunidades, porque, para entonces, también sabía que era el chico de la discoteca y no solo quien avisó a Greg sobre el coche que la seguía.

—No —murmuró Yago, comenzando a negar con la cabeza.

Eloy sonrió ante la astucia del chico. Leyó su intención con una sola mirada. Le gustaba. Lo quería a él tras los pasos de Cloe y cuando algo se le ponía en la cabeza, lo conseguía.

—Déjame tentarte —señaló.

—No —repitió Yago.

Se puso de pie y salió por la puerta de la oficina.

Estaba contento con su trabajo, o más o menos. Para confirmarlo, debía poner todos los pros y contras en diferentes listas y ver cuál era la más larga. Intuía que los contras, por eso no haría tal lista. Lo que sí sabía con seguridad era que no andaría tras los pasos de la *princesita*, porque lo volvería loco y, mucho menos, sería el soplón del padre, ni de nadie. Odiaba a los soplones.

Quince minutos más tarde, su tío se le acercó. Yago se había sentado en un escalón de la entrada del edificio para esperarlo. Habían ido en un solo coche.

—Ahórrate el sermón, tío. También puedes hacer silencio con respecto a la propuesta y lo maravilloso que es trabajar para los Villar.

—Bien, pero piénsalo.

Capítulo 15

Lana observó a su amiga, pero fue Mina, la empleada, quien comentó lo que ambas pensaron:

—¿No estás muy *fashion* para esta hora de la mañana?

Cloe se miró y sonrió. Era cierto, estaba muy arreglada. Se había puesto una falda corta, bastante corta, y un *top* con el ombligo al aire, además de un escote algo pronunciado. El sostén con relleno le colocaba los pechos en exhibición y eso buscaba. En los pies, todavía descalzos, se pondría unas botas largas hasta la rodilla.

—Lo hice a propósito. Hoy no tengo clases. La chiquilina rubia, no recuerdo el nombre, la nueva, me canceló porque se sentía mal. Me tomaré el día para trabajar en el libro.

—¿Para escribir te vistes así? —quiso saber Lana.

—No. Salgo. Vienes conmigo, ¿no? —le preguntó tomando la taza con café que le ofrecía Mina, quien observaba a las chicas conversar sobre algo que no entendía.

—No si tengo que ponerme ropa sexi a esta hora —respondió Lana.

—No es necesario. Soy yo la que hará la investigación de campo —aseguró Cloe.

—¿Tengo que preocuparme, Cloe?

—No, Mina, te prometo que no es peligroso.

Yago estaba fastidioso. Odiaba que su tío lo envolviese con palabrerío y sonrisas. Odiaba, también, no poder decirle que no a nada que le propusiese.

En realidad, la culpa no era de Greg, era de Yago por contarle todo, por ser transparente con su tío, y el hombre, que adoraba al chico como si fuese el hijo que no tuvo, lo ayudaba en todo lo que podía. Supiese o no Yago, él lo hacía.

Donovan no había querido inmiscuirse en la decisión de su sobrino de ingresar a la academia. Tampoco cuando se puso el uniforme y comenzó a trabajar. No dijo nada cuando lo escuchó despotricar por primera vez, ni la segunda o décima, nunca.

Yago odiaba, y lo decía, el protocolo inútil, las demoras y papeleríos, el acomodo de compañeros en puestos que no se merecían y sentirse mal policía por no poder hacer más que lo que tenía permitido.

El derecho de piso a pagar le parecía muy caro y ya estaba perdiendo la paciencia. Además, lo de ser policía había sido más una idealización que una realidad. No estaba seguro de que de verdad le gustase tanto. Lo que sí tenía claro era que su sobrino era legal y un buen policía que aspiraba a más en su trabajo.

Todos esos detalles los había descubierto su tío antes que el mismo Yago lo dijese. Por eso, cuando el señor Villar le ofreció el trabajo, Greg supo que era justo lo que su sobrino necesitaba. No por la chica, no por Villar ni por tenerlo como compañero, tampoco por la mensualidad, sino por lo que podría llegar a hacer a futuro en la empresa de seguridad.

Era el trabajo ideal para la astucia y el temple de Yago.

El muchacho se vio tentado con la propaganda que había hecho su tío y aceptó a modo de prueba. Se tomó las vacaciones que todavía le debían y comenzó a gestionar los permisos

necesarios.

Quería probarse y extrañar sus rutinas para corroborar qué tan enamorado seguía de su uniforme. Cierto era que había pasado por momentos en los que renegaba más que disfrutaba, pero se había prometido trabajar con ahínco hasta llegar a ser el detective que soñaba ser.

Ocupar su nuevo puesto laboral transitorio había sido menos complicado de lo imaginado.

Creyendo que se enfrentaría a formalidades interminables y una molesta burocracia, Yago fue sorprendido con la rapidez que resultó habilitado para realizar trabajos de seguridad privada, a pesar de ser un oficial de policía en funciones. No tenía ganas de indagar en la legalidad de ciertas cuestiones, prefirió omitir sus dudas y dejarse llevar por su intuición, una que le decía que todo iría bien.

El dinero y la influencia del apellido Villar aceleraban cualquier trámite, concluyó. Además, se trataba de una buena causa y bastante inofensiva, por cierto.

Ahí estaba, en su primer día de trabajo, sentado en un vehículo que no podría permitirse comprar y con un traje que costaba más que su guardarropa completo.

—Sí que conduce como el culo.

—Yago, cuida tu lenguaje —lo reprendió su tío.

—Son los nervios. Tienes razón.

—No pasa nada. Y sí, conduce como actúa. Es simpática la chica. No te caerá mal.

Yago desvió la mirada y sonrió. No acotaría nada al respecto.

Cloe Villar le gustaba, lo ponía nervioso y lo irritaba en la misma medida. También estaba aquello de que conseguía que sonriese seguido y le divirtieran sus tonterías de jovencita que acababa de salir de la adolescencia. Ese punto era digno de ser recalcado para Yago, un hombre hecho y derecho, que tenía una personalidad más acorde a los adultos que a los jóvenes.

Yago veía la diferencia de edad, esos cinco o seis años (dependiendo el mes de cumpleaños), como un abismo. Algo parecido pasaba con la clase social de uno y otro. Una niña rica, hija mimada de un *papito* millonario, no pegaba con un policía a veces disconforme con su trabajo o empleado de una de las empresas de *papi* Villar, ya vería. Lo último, empeoraba el panorama.

Sí, le gustaba la chica. Físicamente le encantaba y la personalidad que tenía lo distraía, pero nada más. Y nada menos.

No era de gustar de desconocidas. Eso era lo más llamativo de todo. De cualquier forma, las cosas eran como eran. Ya aparecería una mujer que lo hiciese sentir igual o mejor que Cloe, imaginó, alejando sus pensamientos y volviendo a la realidad.

—Vigilaremos un rato aquí y luego, bajas, te tomas un café y miras un poco —comentó su tío.

El coche de Cloe estaba detenido unos metros más adelante. Adivinaron que las chicas iban a la cafetería de la esquina. No sería la primera vez, según comentarios de Greg.

Las vieron bajar y Yago cerró los ojos para no quedarse embobado con la imagen. La princesita era preciosa y estaba más sexi que nunca. Justo ese día, cuando él comenzaba a cuidarle las espaldas en secreto.

Maldijo en silencio haber aceptado el trabajo. Comenzaba mal.

—No vemos nada desde aquí, tío. Si pretendes saber qué hace, no estamos bien ubicados.

—A mí no me pagan más que por seguirla, el resto es tu tarea —expuso el hombre, acomodándose en el asiento y sonriendo por la cara de enfado de su sobrino.

Yago bufó y salió del coche. Verificó que su arma no se viese y caminó lentamente hasta la esquina. No podía dejarse notar por Cloe. A ver cómo lo conseguía.

Capítulo 16

Las amigas estaban sentadas en una mesa del fondo de la cafetería.

—Ese me parece lindo —murmuró Lana.

—Tienes buen gusto. ¿No te parece una locura? —quiso saber. Dudando un poco de su propia idea.

—¿Que ligues con un desconocido para ver qué guarrada te responde, así sacas ideas para los diálogos subidos de tono de tu libro? Manuscrito, perdón —se corrigió ante la mirada de reprimenda de la futura escritora—. Sí, me parece una locura. Divertida locura. Ya sabes qué señal me harás si consideras que estás en peligro.

—Sí, me rasco la nariz con el dedo del medio. Voy.

—Cuidado con la si… lla. —Lana no alcanzó a evitar el tropiezo.

Cloe se la llevó por delante y maldijo por el golpe que se dio en la rodilla.

Yago giró un poco para poder ver hacia dónde iba. Estuvo a punto de socorrerla en su lucha cuerpo a cuerpo con el inoportuno objeto de cuatro patas que tuvo la osadía de cruzársele en el camino, pero se contuvo y sonrió después al escucharla maldecir en inglés.

No habían pasado más que segundos cuando le tocó maldecir a él. Apenas había desdibujado su sonrisa y ya estaba refunfuñando.

Cloe tomó asiento, frente a un moreno que llevaba anteojos de marco negro y parecía concentrado en la lectura de varios libros que descansaban abiertos en la mesa. El chico tenía pinta de estudiante. Era guapo.

—Hola.

El joven en cuestión se sobresaltó al escucharla tan cerca.

—Perdona, no quise asustarte —explicó Cloe, pestañeando con sensualidad. Eso esperaba, no había practicado frente al espejo.

—No pasa nada —acotó el muchacho.

Yago negó con la cabeza. Odiaría tener que presenciar un ligue de la princesita, y eso parecía que estaba sucediendo en la mesa donde se había sentado.

Pidió un café cargado, otro café cargado. Tendría que comprar antiácidos para paliar los efectos de su nuevo trabajo, lo adivinaba. Por suerte, estaba a prueba y podía decir que no aceptaba seguir.

—¿Qué estudias? —preguntó Cloe.

El moreno inclinó la cabeza y torció el gesto.

Se lo notaba incómodo, aun así, Cloe no desistió. Si a la chica que había visto en TikTok hacer lo que estaba haciendo le salía bien, ¿por qué a ella no?

—Contabilidad —respondió él por fin.

—Ah, y anatomía entre nosotros ¿cuándo? —preguntó Cloe, acercándose al chico.

Este se movió hacia atrás, como espantado.

Yago se puso de pie de inmediato.

—Nunca —murmuró el estudiante, ofendido—. No me gustan las chicas, lo siento. Eres

bonita, pero no.

—No tienes que explicarme nada. De verdad. Perdona por molestarte. Estaba haciendo… yo quería… olvídame, ¿sí? Eres bonito, en realidad, guapo también. Suerte en tu examen. Me voy… sí… eso.

Yago volvió a tomar asiento y darle la espalda a Cloe al verla volver a la mesa con la amiga. Estaba colorada como un tomate y a punto de soltar una carcajada gigante. Eso le dibujó una sonrisa también.

—Era *gay*, Lana, *¡gay!* No sabes elegir ligue, amiga. Somos un desastre. Y queremos hablar de sexo y novios. Dudo que eso pase en breve. —Ambas reían sin disimulo.

Un chico delgado y apuesto levantó la mirada y con ella repasó a las dos mujercitas. Cloe le gustó más que Lana. La tenía de frente y por eso, le sonrió cuando ella lo miró.

—Ya elegí otro. Tiene pinta de que le gustan las mujeres —declaró al saberse observada.

—Aprovecha ahora que el otro se fue al baño, si no, le parecerá raro que quieras ligar con dos en el mismo lugar —explicó Lana.

—No importa lo que piense, si no lo conocemos. Voy. Deséame suerte.

Yago abrió los ojos hasta el límite. No podía creer lo que estaba viendo. Cuidar a Cloe Villar era imposible, ella sola se exponía con cada paso que daba. Se había sentado frente a otro desconocido. Se notaba que lo era.

Volvió a maldecir.

—¿Cómo se te dan los números? —preguntó Cloe, con picardía, recordando aquel vídeo que había visto una vez en la red social, donde una chica decía piropos a hombres desprevenidos.

El muchacho sonrió del mismo modo antes de responder:

—Bastante bien, ¿por?

—¿Podrías adivinar qué es esto? —insistió Cloe, extendiéndole un papel con varios números escritos a mano.

—No lo sé. Pueden ser muchas cosas. Una clave, tal vez.

—O un número de teléfono, ¿no? —preguntó ella, mordiéndose el labio inferior. El chico afirmó con la cabeza, sonriendo con hoyuelos incluidos—. ¿Será el mío?

—¿Será? —quiso saber el muchacho.

—Tendrás que averiguarlo —susurró poniéndose de pie. Abandonó el papel en la mesa y se alejó.

El hombre la siguió, la tomó del codo y Yago se apersonó de inmediato.

—Suéltala —susurró, tranquilo, serio, con los ojos brillantes y emanando un peligro que a Cloe le producía calor.

La tontera también le cortó la respiración a la chica y la posibilidad de caminar. Inspiró profundo para olerlo, imaginó que el perfume era olor a lobo y en vez de hablar, aullaba.

—Ella me… —comenzó a decir el desconocido con altanería.

—Que la sueltes —exigió Yago con los dientes apretados.

—Grrrr —gruñó Cloe, encendida por tal demostración de seguridad, poderío y testosterona. Ella lo veía así, y le encantaba.

No pudo retener las inhumanas ganas de gruñir.

Ambos muchachos la miraron sin comprender.

—Es que pareces un, un… deja de rezongar —señaló, disimulando—. Y ¿qué haces aquí?

—Tomo café —respondió Yago, sin dejar de mirar al hombre que parecía no querer alejarse.

—¿Por qué vistes así? —indagó ella al verlo de traje.

Cloe lo miró de pies a cabeza y babeó, literalmente, lo hizo. Se pasó la mano por la comisura

de los labios y tragó. Menos mal que no la había visto.

—Vengo de un funeral —respondió Yago con desdén.

—Te llamo, preciosa —señaló el desconocido, aprovechando el silencio.

—*Preciosa* no estará disponible para ti —refunfuñó Yago.

Cloe asintió con la cabeza al chico y le guiñó un ojo. En respuesta, él le sonrió y se alejó agitando el papel con el número de teléfono.

Ambos habían ignorado al policía vestido de traje oscuro. Se posicionó frente a Cloe y clavó la mirada en ella.

—Hueles rico —dijo esta, sin venir a cuento, o sí, otra vez, venía cuento de sus pensamientos y ellos incluían el olor a lobo, la mirada felina, la voz de oso y las hormonas esas que parecían tener tanto poder en ella. Lo confirmaba, eran de apareamiento, porque si no la detenía en ese instante, comenzaba a refregársele contra la pierna.

—¿Quién es ese? —preguntó Yago.

—No te importa. Qué gusto verte —murmuró Cloe con pulla, y se alejó, o eso intentó.

—No me dejes con la palabra en la boca cuando te estoy protegiendo, *princesita*.

—No estoy en peligro. No te pedí protección. No soy una princesa. No te debo explicaciones. No responderé a tus preguntas. Deja de aparecer en mi camino.

—¿Terminaste? —preguntó Yago con ironía, y tentado como nunca por sus labios pintados.

La callaría con un beso.

Estaba tan cerca, tan provocadora…

—Dije que no respondería tus preguntas.

El móvil de Cloe sonó en su bolsillo. No reconoció el número, pero atendió igual, porque podía ser un posible alumno.

—Hola, preciosa, solo estaba ganando mi premio. Es tu número. ¿Nos vemos esta noche? —preguntó el desconocido.

—¿Hoy? Ehhh, no sé si puedo… Te contesto luego, ¿sí? —dijo Cloe

Sonrió mirando el móvil y olvidó la presencia de Yago. Se acercó a Lana, que estaba nerviosa y esperando la señal que nunca llegó.

—¡Me llamó! —le contó.

—No me hiciste la señal, Cloe.

—¿Qué señal? —Lana se pasó la mano por la cara. Cloe siguió en su mundo—. Me llamó. El chico de la mesa.

—¿*Preciosa*? —quiso saber Yago, inmiscuyéndose en la conversación y haciendo referencia, con sarcasmo incluido, al chico que le había dicho así.

Y sí, por supuesto que la había seguido hasta la mesa.

—¿Yo? ¿Te parezco preciosa? —le preguntó Cloe.

Yago elevó una ceja para intentar dilucidar si estaba bromeando con él o lo preguntaba de verdad. Claro que no le respondería con sinceridad, ¿para qué?

—Cloe, ese tipo es un desconocido. Hace unos días hiciste una denuncia, no lo olvides. No te expongas —indicó Yago, y saludó mirando a Lana, que parecía un pez fuera del agua por como movía sus labios—. Hola y *chao*.

—Grrr.

—¿Cloe? —indagó Lana con preocupación.

—No me preguntes por qué, pero me inspira gruñir. No por enojo, sino por… Grrr.

—¿Algo parecido a lo que me inspira tu exniñero?

Cloe afirmó con la cabeza, perdiendo su mirada en la espalda, y lo que no era espalda, de

Yago.

Capítulo 17

Estaba concentrada en lo que leía en la pantalla cuando su móvil sonó. Lo tenía cerca de su mano y por instinto apretó el botón de atender la llamada, luego, se llevó un pequeño anotador a la oreja.

—Hola, Colita —saludó Cloe—. Habla más fuerte, hombre. ¡No te escucho, Martín! ¡Hola!

Lana se acercó ante el griterío y soltó la carcajada.

—Vas de mal en peor, Cloe. Debes concentrarte. Corres peligro —dijo entre risas, señalándole el móvil que descansaba en la mesa. Con Martín a los gritos detrás de la línea, claro.

—Perdona, Colita, estaba… yo… nada. ¿A qué debo el honor…? ¡Ah, no, honor no! Estoy enfadada contigo. Mucho.

—¿Y eso? —quiso saber el hombre.

—Eres un cotilla. Le contaste a Momo mi riña en la discoteca.

—No. Hace meses que no veo a Momo. ¿Y para qué le contaría a él una tontería semejante? ¿Para que tu padre desespere? Conozco la dinámica, Cloe, no haría nada como eso.

—No te creo —murmuró la chica, aunque sí lo hacía y lo confirmó ante el silencio de Martín.

Era un hombre tranquilo, paciente y con ella, más todavía. Se entendían bien y con pocas palabras.

—Cloe, háblame —le rogó.

—Alguien le contó. No sé cómo pudo enterarse.

—No le des más vueltas. Cambio de tema: habrá fiesta el fin de semana. Hay dos invitaciones en mi mano en este momento y esa noche, no trabajo —le contó el chico.

Los nervios no le permitían ser más directo. Había decidido que tomaría la iniciativa con la mujercita seria que lo miraba de reojo en vez de hacerlo de frente. Le gustaba mucho desde hacía meses, apostaría que más de un año ya.

—Que lo pases lindo —bromeó Cloe, poniendo el altavoz y haciéndole señas a su amiga.

—No juegues conmigo, que me tiemblan las piernas. ¿Vienen?

—¿Quiénes? ¿Yo y mi ligue del momento? —preguntó sonriendo para molestarlo.

—No tienes de eso, Cloe, y hablo de Lana. No le digas que te lo he pedido.

—Mira que eres grandulón, hombre. Veré si por fin se desilusionó del chico que conoció hace unos días —mintió.

—¿Tiene novio? —inquirió Martín, con tono molesto.

—Novio no. Algo para pasar el rato. ¡Auch! —exclamó.

Lana le había golpeado el brazo y refunfuñaba a su lado. No podía creer que le dijese eso a Martín. ¡Se lo estaba ahuyentando!

—¿Qué fue eso? —quiso saber el chico.

—El gato me rasguñó —respondió Cloe.

Martín prefirió ignorar la mentira.

¡Si era alérgica a los gatos y lo recordaba muy bien!

Se puso rojo de vergüenza imaginando que Lana lo estaba escuchando. ¿Qué pensaría de él? Ella no se lo ponía fácil con su indiferencia, silencios y miradas raras. Parecían tan distintos que no tenía ni idea de si ella aceptaría, aunque sea, tomar un café con él para conocerse mejor.

Siempre le había resultado fácil y hasta divertido entablar conversación con mujeres de todo tipo, con Lana era diferente, titubeaba y reculaba cada vez.

—Nos vemos en la puerta de la disco. Cloe… —dijo, haciendo la pausa necesaria para que ella entendiese su ruego.

—Nos vemos, Colita. Iremos las dos y no, Lana no tiene novio ni amante ni ligue ni… —La nombrada le hizo seña de que no siguiese hablando, y Martín la interrumpió sonriente, se le notaba en la voz:

—Ya entendí, gracias.

La línea se cortó y se miraron a los ojos.

—En tres días, rompes la racha, Lana.

—Dices que por fin mis labios se rozarán con otros labios, que mis manos tocarán piel ajena con intenciones no decentes, que mi culo sentirá un apretón o… ¿a qué te refieres?

—Lo dejamos en rachasssss, muchas, todas o algunas —explicó entre sonrisas y miró su móvil al oír el sonido de un mensaje entrante—. Otra vez me envió un texto el pesado ese de la cafetería, odio que me llame «preciosa». Ya pasó más de una semana y no entiende mi silencio.

—La culpa es tuya. Era jugar con fuego. Dile que deje de escribir y bloquéalo de una vez —exigió su amiga.

—Eso haré. Creo que ya es hora de volver a hacer mi denuncia falsa. Necesito información para seguir con la trama. Por ahora, llevo mil doscientas treinta y dos palabras.

—Palabras, y ¿por qué no cuentas por páginas? —quiso saber Lana.

—No lo sé. Es la jerga, ya sabes.

—Claro. ¿Y eso es mucho? —le preguntó con curiosidad e ignorancia.

Cloe elevó los hombros como respuesta. No tenía ni idea de si ese puñado de palabras era un buen promedio de escritura para una novata.

Había inaugurado la página en blanco hacía seis días. No parecía una buena marca, pero no le importaba. Lo que sí importaba era que ya tenía la idea en la cabeza y un montón de notas. Además, ya no reñía con la raya vertical que titilaba. Estaban atravesando una tregua.

Se puso en pie con energía y tomó su bolso.

—Me voy a la estación de policía.

Nada más llegar se dio cuenta de que no se había puesto perfume.

—¿Desde cuándo la gente se pone perfume para hacer una denuncia? —se preguntó molesta.

Tuvo que reconocer que se lo hubiese puesto para ver a Yago y se fastidió mucho con ella misma.

No soportaba al policía; aborrecía su arrogancia, y le encantaba; esa forma tan arisca de hablarle la… la incendiaba por dentro y las miradas que le dedicaba, todas y cada una, a cuál más desagradable, la ponían nerviosa, pero nerviosa bonito.

Cerró los ojos trayendo a su memoria la imagen de Yago con uniforme, arma, esposas, gafas de sol y cada uno de esos artilugios que colgaban por todos lados y suspiró.

—Grrrr.

Sacudió la cabeza, contó hasta tres y salió del coche.

Yago miró a su tío, ambos estaban intrigados.

—¿Qué hace? —preguntó el chico, por fin.

Veían a Cloe subir la escalinata de la estación de policía a paso seguro sin poder entender el motivo.

—Vino a verte —señaló Greg.

—¿A mí? ¿Para qué? —quiso saber.

—Cuando salga, la increpas, porque necesitamos saber si le pasó algo.

—Tío, a ver, que la seguimos a todos lados. A la noche tiene custodia en la puerta de la casa. No es un ninja, no se nos escapó por la ventana.

No importaba cuántas palabras dijese, estaba intrigado. Su vocecita interna le decía que lo buscaba a él y la muy atrevida chillaba feliz, poniéndolo en un estado parecido. Feliz, no, pero parecido a feliz, sí.

Eso no estaba bien.

No estaba para nada bien.

Demasiado esfuerzo hacía a diario, conteniendo las ganas de acercarse y propiciar un encuentro fortuito. Hacía días que no disfrutaba de verle los ojos, la sonrisa o escucharla refunfuñar contra él. Le encantaba escuchar esas frases ácidas y creativas dirigidas a su persona.

Se estaba volviendo loco.

Lo peor de todo era que él sabía que eso pasaría.

—Señorita, le digo que Yago Balboa no está.

—No le creo, oficial. Puede estar negándose a verme. Es muy capaz —explicó Cloe con paciencia.

—No entiendo el motivo por el que un oficial reusaría a hablar con usted.

—No importa. Vuelvo en otro momento —dijo Cloe girando sobre sus talones, y se dirigió a la salida.

Estaba furiosa porque intuía que él no quería verla.

—Yago se tomó vacaciones y luego, pidió licencia —murmuró un policía joven antes de que atravesase la puerta.

Cloe agradeció el dato y quedó pensativa. Así caminó hasta su vehículo, donde la enfrentó, justamente, Yago.

—Princesita, ¿qué haces aquí?

—¿Yago? Me dijeron que estabas con licencia —murmuró sorprendida.

—Sí. Eh. Es que tenía que hacer trámites personales. Es por eso —mintió él.

—Ah. Bueno. Vine a hacer otra denuncia.

—Otra… denuncia —balbuceó Yago.

No podía ser. Estaba seguro de que nadie la había seguido desde que trabajaba con su tío. Era imposible.

—La misma Evoque blanca —mencionó Cloe.

—La misma… —repitió mirándola a los ojos—. ¿Te tomaron la denuncia?

—No, no la hice. Me dio miedo de que alguien estuviese implicado. Solo confío en ti —le aseguró.

—¿Implicado? ¿Implicado en qué, Cloe? —preguntó él.

—En mi… en el… en la persecución que me están haciendo, Yago —inventó ella entre titubeos.

—Claro. Ven, tomemos un café —comentó él, tomándole la mano para guiarla unos metros hasta la cafetería más cercana.

Capítulo 18

Cloe cerró los ojos para apreciar el contacto y por poco se cae al tropezar con una piedra de la acera. Él la apretó un poco y la ayudó a mantener el equilibrio.

Sonrió al sentirlo más cerca y lo odió con todas sus fuerzas.

¿Por qué tenía que estar tan bueno y ser tan antipático?

Ella advertía que la miraba con desprecio, como si fuese un insecto al que aplastar.

Por supuesto que la mirada de Yago no era esa, por el contrario, le producía ternura y ganas de abrazarla, y después estaba la parte prohibida para menores de edad o gente sensible, porque su libido tomaba el control y lo hacía imaginar cosas, muchas cosas. Todas eran cochinas, subidas de tono, calientes y sonoras, llenas de gemidos y golpeteos pegajosos.

Si no anteponía la frialdad, estaría perdido.

Eso es lo que ella veía: la frialdad que él usaba como escudo.

—Siéntate ahí. ¿Quieres café o *chocolatada*, *princesita?* —preguntó con sarcasmo, poniendo en evidencia la corta edad que él pensaba que ella tenía.

—Idiota —murmuró Cloe—. Café está bien.

Una vez que tuvieron sus tazas en frente, Yago la miró con seriedad en el rostro:

—Cloe, tu comentario sobre la policía implicada en una persecución, si así es como quieres llamarle a la posibilidad de ese coche siguiéndote, es grave. ¿Por qué lo piensas? —cuestionó.

Si la chica sabía algo que él no, debía decírselo, por su propio bien.

Cloe bajó la mirada hacia el café y bebió un par de sorbitos, solo por hacer tiempo, rogando a las neuronas *escritoriles*, que había decidido adjudicarse, un poco de inspiración.

Nada.

—Cloe —murmuró Yago, haciéndola reaccionar.

—Sí, es que… no sé, solo pensé. Veo muchas películas, supongo.

El policía la observó por varios segundos. Algo no andaba bien.

—¿Sabes quién te sigue? No me mientas, princesita. Esto es importante —aseguró.

La chica negó con la cabeza. Las palabras no le salían porque un gran nudo se había atrancado ahí, impidiéndole, inclusive, respirar con comodidad.

El móvil de ella sonó con el aviso de la llegada de un mensaje. Al ver quién lo enviaba, rezongó en voz alta.

—¿Quién es? ¿También te molestan por mensajes? —quiso saber Yago.

Su mente estaba divagando por derroteros peligrosos y se estaba poniendo nervioso.

—No, no. Es el chico ese al que le di mi número el día del funeral.

—El funeral… —repitió él intrigado.

—Venías de uno y nos encontramos.

—Ah, sí, sí claro. El funeral, sí. ¿Te está molestando?

—Algo así —respondió dudosa—. No acepta que no quiero salir e insiste. La culpa es mía.

—¡No! La culpa no es tuya. No es no. Dame el móvil.

Cloe se lo entregó con el mensaje abierto y él leyó apretando la mandíbula.

Ella gruñó disimuladamente y lo repasó con la vista, esta vez, sin disimular, porque no la estaba mirando, ¿para qué hacerlo?

—Hola —comenzó a decir Yago, en un mensaje de audio—. ¿Te acuerdas de mí? Soy el novio de la chica que está diciendo que no quiere conocerte ni tomar nada contigo, la dueña del móvil al que escribes. Resulta que soy policía y juntos, acabamos de poner una denuncia en tu contra por acoso. Solo quería informarte. Desaparece, mejor, ¿sí?

Cloe se mordió el labio inferior para no volver a gruñir. Tenía ganas de sentarse en las piernas masculinas y refregar su cabeza y torso como los gatos, marcando territorio, oliendo, sintiendo cada músculo de Yago y ronronear después, o mientras.

—Ahora, princesita, bloquea el número —le exigió.

Con el chico desconocido se había amedrentado al verlo tan lanzado. Su idea no había dado los resultados que esperaba. La parte erótica del libro debería estar inspirada en otra cosa, no en acciones de desconocidos. A esa conclusión había llegado con Lana.

Volvió a mirar a Yago. Todavía estaba serio, y como un tren, para qué negarlo.

Debía contarle la verdad. Decirle que nadie la seguía y que todo había sido una tontería para conseguir que la ayudase respondiendo preguntas sobre cómo era ser policía y armar una buena trama de investigación, asesinos y víctimas.

El libro llenó su mente y sin filtro, como era lo usual, preguntó:

—¿Me ayudarías a escribir un libro?

Yago giró la cabeza sin dejar de mirarla. ¿Había cambiado de tema así, sin más?

—No. Sigamos con lo de la *Evoc* —sentenció.

—Evoque —lo corrigió Cloe, y sonrió al ver cómo elevaba la ceja retándola en silencio.

«¡Guapo, guapísimo, felino peligroso!», gritó su mente.

También murmuró con temor: «Te estás metiendo en un problema. Deberás decirle la verdad».

—Prefiero no seguir hablando del tema. ¿Qué es más difícil de resolver un asesinato o un robo? —insistió.

—¿Qué pregunta es esa? Todo depende… Cloe, tengo cosas que hacer —aclaró Yago, poniéndose en pie.

No le gustaba nada lo que su cabeza estaba imaginando. Si la chica conocía a quien la seguía, podía tratarse de algo complicado: un ajuste de cuentas, una amenaza anterior, una extorsión. Ya no era un posible secuestro como pensaba Villar. Entendía que Cloe no tuviese el valor de contarle todo, con nombres y detalles, podía ponerse en su lugar.

Tenía que hablar con su tío.

—¿Recuerdas el lugar exacto donde viste el coche siguiéndote?

Cloe negó con la cabeza, en silencio.

Se dio cuenta de que el chico se había tomado muy en serio su mentira. No se atrevía a decirle la verdad, sabía que tendría que hacerlo tarde o temprano, pero cómo.

Capítulo 19

La discoteca estaba abarrotada de gente. Yago maldijo por lo bajo mientras se abría paso entre el gentío. Había visto a Cloe con su amiga y el gigante, que había sido su custodia, entrar hacía minutos.

Su tío se había marchado. No se sentía bien y para él no cambiaba nada. Estaban dentro del antro, lo tenía controlado. Además, aunque le pesara, el tal Martín ese le servía de apoyo sin saberlo.

Los vio bailando, con bebidas en las manos y acompañados de dos chicos más.

—Cuántos dolores de cabeza me estás ocasionando, princesita —susurró para sí mismo.

Con su tío había estado haciendo conjeturas sobre cómo investigar lo del coche que la seguía.

Greg no podía creer que no lo hubiesen visto ninguna de las dos veces y Yago aseguraba que había gato encerrado en la escasa información recibida.

Habían decidido que el lunes se reunirían con el señor Villar para pedir órdenes.

Dos horas después, Cloe seguía incansable bailando junto a sus amigos, y él estaba aburrido, un poco molesto por los buitres que la rondaban, bastante encariñado con las curvas de la mujercita alocada y preocupado por la cantidad de vasos con líquidos de colores que se había llevado a la boca.

—Voy al baño —dijo Cloe.

—Voy contigo —avisó Lana.

Su amiga negó con la cabeza y le guiñó el ojo.

—Quédate conmigo —rogó Martín, acercándose a ella para hablarle al oído.

Lana perdió el equilibrio al escucharlo. Al girar su cara, lo encontró demasiado cerca, tanto, que solo tuvo que estirar un poco los labios y ya estaba besándolo. ¿Para qué perder tiempo? El deseo estaba servido entre bailes provocativos, miradas audaces y bebidas endulzadas desde hacía un rato largo.

—Gracias por ponérmelo fácil una vez, nena. Me gustas mucho, me encantas. Te voy a besar por horas —decía Martín, abrazándola por la cintura y poniéndola a su altura.

Lana solo afirmaba y sonreía a sus palabras cuando liberaba sus labios.

—¿Voy rápido? —quiso saber el grandote.

—No. Pero…

—Ya hablaremos tú y yo. No te me escaparás, nena. No lo permitiré.

Lana se dejó llevar por los besos y el abrazo. Sus pies no tocaban el suelo, sus manos acariciaban la cabeza y la espalda de Martín con tantas ganas como sus labios y lengua se enredaban a los de él.

Se estremeció al sentir algo duro contra la espalda, supuso que sería una pared o columna, aunque poco le importaba. Por instinto, elevó las piernas y le rodeó la cintura a su compañero de

besos.

—¿Voy muy rápido? —le preguntó ella.

Martín soltó la carcajada y negó con la cabeza.

—No vamos a acelerar más que esto por hoy. Solo besos, ¿qué te parece?

Yago observó la escena hasta el primer beso, ahí fue cuando se puso en acción. Sabía que Cloe quedaba desamparada con la parejita en llamas.

No tenía idea de lo que pasaba en realidad, pero había adivinado que esos dos se besaban por primera vez y estaba seguro de que sería difícil despegarlos.

Vio a Cloe salir del pasillo que daba a los baños y se acercó. No caminaba derecho. Era una mala señal. La chica estaba borrachita.

Sonrió con ternura al verla un poco desorientada y apretó la mandíbula al ver al rubio que se le acercaba con las garras preparadas para clavarlas en alguna parte de esas curvas preciosas que lo ponían taquicárdico.

—Aquí estabas, amor —dijo, apretándola contra su cuerpo.

El rubio lo miró con mala cara y se alejó sin decir nada.

—¡¿Qué haces?! —exclamó Cloe, y entonces lo vio. Había pensado que era un desubicado cualquiera—. Ah, eres tú.

Lo repasó con la mirada. Estaba imponente con los vaqueros negros y la camiseta blanca.

Suspiró resignada, supo que le diría alguna burrada, no podía frenar sus ganas de piropearlo. Miró para todos lados con gesto de buscar un objeto extraviado .

—¿Has perdido algo? —quiso saber él.

—Sí, mi cordura al verte —respondió anclando su mirada en la de él.

Yago tragó saliva y negó con la cabeza. Esa muchachita no sabía lo que hacía. No podía dejarse vencer por la tentación.

Todo lo que los rodeaba los alejaba demasiado.

Imposible.

—¿Cuánto has tomado? Vergüenza debería darte —sentenció para molestarla.

—Vergüenza es robar. ¿Me estás siguiendo? —le preguntó ella, molesta, como él pretendía.

—Sería lo último que haría en la vida, princesita.

Cloe vio a Lana y Martín abrazados y haciéndose arrumacos. Tomó el móvil y avisó a su amiga de que se marchaba.

Luego, caminó hacia la salida ignorando a Yago.

—No vas a conducir en ese estado —aseveró él, quitándole las llaves que había sacado del pequeño bolso de mano.

Sí, la estaba siguiendo.

—¡Devuélveme las llaves de mi coche o grito! —exclamó, y al girar para hacerlo perdió el equilibrio.

Yago le envolvió la cintura y la miró a los ojos. Le encantaban. Toda ella le gustaba demasiado.

—Princesa, te llevo a casa. No me hagas renegar.

Las que renegaban eran las ganas de Cloe de comerle la boca de un beso, o varios besos y no solo la boca. No se dejó convencer por estas, eran vencidas por la ira que le provocaba con su arrogancia.

Lo dejó hacer, le convenía, porque lo cierto era que no estaba en condiciones para conducir.

Yago la ayudó a subir al coche y se posicionó frente al volante, dispuesto a llevarla a su

casa. Al emprender el camino, volteó la cabeza para mirarla. Quería comprobar que no se había dormido.

—¿Cómo sabes que mi casa es por aquí? —le preguntó Cloe.

—No sé dónde es tu casa. Esperaba que me dieras la dirección —aclaró después de carraspear.

No se dió cuenta de que no se lo había consultado.

Cloe anotó su dirección en el GPS del coche y relajó la cabeza en el asiento.

—¿Me ayudarás a escribir mi libro? —le preguntó.

No desistiría.

—No —respondió Yago—. Bájate un poco el vestido que te estoy viendo todo.

—No mires y listo —explicó ella.

Yago sonrió ante la respuesta. Tenía razón. Pero no podía evitarlo, cada dos o tres minutos torcía la mirada hacia las piernas de la chica.

Capítulo 20

Al llegar a la casa, Cloe descendió del vehículo. Yago hizo lo mismo y le devolvió la llave.

Ambos habían mantenido el silencio el resto del viaje, aunque por diferentes motivos.

Yago no podía dejar de pensar en el inminente peligro que ella corría y Cloe, en cómo desvelar su mentira.

—Pasa un rato. ¿Me acompañas a tomar un café? —le preguntó ella. Ya vería cómo comenzaría, de momento, debía mantenerlo cerca.

Yago dudó unos segundos. No sabía si era pertinente o no. Se dijo que sí, si lograba averiguar más datos para poder darle a Villar el lunes, lo era.

Afirmó con un gesto de la cabeza y siguió a Cloe hacia el interior.

No pudo quitar su mirada del cuerpo de ella mientras trasteaba en la cocina, con los pies descalzos, y el cabello recogido con un lápiz que había tomado al paso.

Cuando Cloe se giró con las dos tazas y lo descubrió, suspiró. Dejaría para otro momento la mentira y se lanzaría a por la fiera.

Estaban solos y se observaban con ganas de saltar uno sobre el otro. Los dos lo sabían.

—Mejor me voy —murmuró Yago al verla acercarse con pasos lentos y un contoneo de cadera bastante sugerente.

Los cafés habían sido abandonados por ahí.

—Cobarde —susurró ella, ya casi a su lado.

—Cloe, esto… no. —Sus palabras se silenciaron al verla sentarse sobre la mesa, sin intenciones de ocultarle las piernas o la parte de la ropa interior que se había descubierto—. Y después ¿qué?

—Después ¿de qué? —preguntó ella.

Lo había entendido con claridad: no quería negarse, aunque sabía que no debían permitirse caer en la tentación.

—No te hagas la tonta —replicó él.

Quería hacerla recapacitar, él no podía. Ya estaba casi atrapado, a pesar de todos los frenos que creía tener y de los contras que había enumerado tantísimas veces, lo tenía en sus manos. Él sabía lo que habría después, pero no estaba seguro de que ella fuese consciente.

Cloe elevó los hombros como restando importancia a la pregunta. Ya verían qué pasaba al acabar.

Apenas soportaba al antipático hombre sexi que la miraba con ganas de desnudarla, pero le gustaba como nunca le había gustado nadie. Le tentaba desde dentro, era instintivo, no podía razonarlo.

—¿Tienes pelos en el pecho? —le preguntó con un ronroneo que a él le encantó.

Yago afirmó con la cabeza.

—¿No te afeitas o depilas? —insistió.

—No.

—Tienes pelos en las axilas, no me gustan las axilas sin pelos —le explicó moviendo la cabeza con intención de seducirlo.

—Tengo pelos en las axilas. ¿Por qué preguntas?

—Porque soy muy ansiosa. No me gusta esperar y quiero saber —respondió mordiéndose el labio inferior.

Yago seguía apoyado contra la pared, muy cerca, con los tobillos cruzados y las manos en los bolsillos del pantalón.

Cloe miró hacia abajo, justo a la bragueta masculina y luego levantó la mirada a los ojos de Yago.

—¿Qué quieres preguntar, princesita?

—Ahí —balbuceó, apuntándole la entrepierna con el mentón—. ¿Tienes?

—Está arregladito. Lo suficiente para que no sea molesto.

—¿Molesto para qué? —quiso saber.

—Dejemos esa conversación para otro momento —solicitó, y se acercó a ella.

—¿Tienes el culo blanco? —siguió preguntando.

Yago soltó la carcajada y ladeó la cabeza a modo de pregunta.

—Estás bronceado, por eso lo pregunto —aclaró.

—Tomo el sol desnudo —susurró, muy cerca del cuello de Cloe.

—Dón…de —balbuceo esta—. ¿Vas a la playa nudista?

—¿Acaso irás a espiarme?

—Quien sabe, tal vez sí —respondió ella, casi en un suspiro.

Yago le atrapó el labio con los dientes y la escuchó gruñir, sí, gruñir. Sonrió y apoyó las manos sobre la mesa, a ambos lados de la cadera femenina.

—Princesita, esto no puede ser. Eres preciosa, pero una niña para mí. ¿Lo entiendes?

—No, no lo entiendo —respondió besándolo.

Le atrapó el cuerpo con las piernas y le hundió los dedos en el pelo, mientras le acariciaba la lengua con la suya.

Yago inspiró profundo y le tomó la cintura con intención de alejarla.

No pudo.

Sintió el pequeño cuerpo de la chica refregarse contra el suyo y dio un paso hacia adelante, para acomodarse mejor.

Las manos femeninas se colaron bajo la camiseta de él y lo acariciaron por todos lados. Se dejó hacer, disfrutó del contacto, de las atenciones, de los besos… y se alejó.

La miró a los ojos y sonrió antes de besarle la frente.

Quería disuadirla a como diese lugar.

—Cloe, eres hermosa —señaló, y le rozó la mejilla con los labios al agregar—: Cierra la puerta cuando me vaya.

Capítulo 21

Cloe le contó a su amiga, sin mucho detalle, que Yago la había rechazado con la excusa de ser mayor que ella. Estaba bastante ofendida y el desafío de conseguir que él cambiase de opinión no la había dejado dormir bien. Porque le había dicho, con mucha sinceridad en la mirada y en el tono de voz, que era hermosa. De eso se agarraría fuerte para lograr otro beso como el de la noche anterior.

Lana la escuchó con atención y la abrazó por los hombros al verla con los ojos brillosos y le preguntó:

—¿Vas a llorar?

—¿Yo? No, Lana. No voy a llorar por él.

—Mentirosa. Tienes los ojos llenos de lágrimas —señaló internándose en la cocina para preparar el desayuno.

—Es porque acabo de bostezar. Son las ocho de la mañana… ¿A qué hora volviste? ¿Cómo besa tu nuevo chico? Bueno, si es que quieres contarme. Ahora hablamos de novios y sexo, eso acordamos. ¿O ya no? —quiso saber Cloe, cambiando de tema.

Lana, por toda respuesta, sonrió con la cara completa y suspiró elevando el pecho.

—Así de bien. Ya veo. Me encantan como pareja —le aseguró Cloe.

—Gracias. Cuando pueda contarte todo sin ganas de gritar de emoción y alegría, lo haré. ¿Le dijiste al policía que le has mentido con la denuncia?

Cloe negó con la cabeza, mordiéndose el labio y con cara de culpa.

Debía hacerlo de una vez.

Era domingo y no tenía compromisos, suponía que él tampoco. Lo llamaría para contarle todo.

Tenía que armarse de valor.

Lo de la ayuda para el libro ya estaba descartado, le había dicho que no con rotundidad.

Ella había recapacitado en la ducha y había dicho en voz alta: «Que se meta la información donde le quepa». Ese pensamiento la había guiado, vaya a saber cómo, a pensar en el trasero del uniformado.

Rememoró la pregunta sobre si lo tenía más blanco que el resto de la piel y la respuesta había quedado archivada en su memoria desde aquel instante. No tenía idea del motivo de tal cuestionamiento lanzado sin filtro, pero no se arrepentía. Estaba feliz de haberse quitado la duda sobre semejante detalle tan interesante.

Ambas jovencitas desayunaron juntas, conversando sobre Martín y sus cariñosos, y no tanto, besos.

—Rompí todas las rachas mencionadas: mis labios se rozaron con otros labios, mis manos tocaron piel ajena con intenciones no decentes y mi culo sintió un apretón —contó Lana.

—Mi culo no sintió nada, pero el resto… —susurró al recordar el beso—. ¿Qué bien hace hablar sin vergüenza de estas cosas?

—Creo que lo que hace bien es experimentarlas —comentó Lana, lavando ya la taza—. Me voy a estudiar un rato.

—Paso por la casa de mis padres y voy a ver a Yago. Tengo que terminar con esta mentira que puede traerme problemas —mencionó mientras tomaba todo lo que necesitaba para salir—. ¿Has visto las llaves de mi coche?

—Las tienes en la mano.

Cloe se miró la mano y ahí estaban, junto a su móvil y la taza que estaba por llevar a la cocina.

Fue a dejarla sobre la encimera y entonces se dio cuenta de que estaba en pijama y pantuflas.

Veinte minutos más tarde, atravesaba el jardín para visitar a sus padres. La recibieron como si hubiesen pasado tres meses sin verla. Especialmente, su padre.

—Lana comenzó a salir con un chico. ¿Recuerdan a mi *colita*, Martín?

—¡Qué bonita pareja deben hacer! —exclamó Kathy, y Eloy asintió, por costumbre. Siempre le daba la razón en todo.

—Ven, siéntate conmigo —pidió Villar. Cloe obedeció—. Estuve hablando con un agente literario. Quiere conocerte, no para contratarte, sino para darte consejos y orientarte un poco. Lo hace como un favor hacia mí.

—Ay, hombrecito bueno, ¡qué haría yo sin ti!

Lo mismo se preguntaba Kathy, sonriendo al ver la felicidad de su hija y esposo. Cada vez que él lograba cumplirle un sueño, rejuvenecía.

—No te ilusiones mucho, Cloe. Utiliza la entrevista para hacer preguntas y lleva lo que tengas escrito.

Cloe se preguntó si las mil doscientas treinta y dos palabras serían suficientes.

Suponía que no.

Maldijo a Yago por no querer ayudarla, porque a alguien tenía que culpar, y sonrió a su padre.

—Muchas gracias, papá. ¿Cuándo y dónde es la entrevista? ¿Vendrás conmigo? —quiso saber.

—No iré contigo. Este tema es tuyo y lo resolverás sola. La reunión es en la otra punta del país. Irás en avión, ya tienes reserva y, Cloe, llevarás *cola* —sentenció el señor Villar, haciendo referencia a la escolta que la acompañaría.

La jovencita bufó y la madre elevó un dedo para silenciarla.

—No se discute. Lo tomas completo o lo dejas —aseguró la mujer—. En el mueble de la entrada tienes un folio con todo lo que necesitas saber.

Cloe sabía que había perdido.

Bajó la cabeza a modo de aceptación y se despidió de ambos con una sensación ambigua. Estaba feliz e indignada a la vez. Cada vez que le ponían un guardaespaldas, se sentía una niña y lo peor era que pensaba que sus padres no confiaban en ella.

Sí, era despistada, «hacía» más rápido de lo que pensaba, hablaba de más, olvidaba cosas, también, pero era muy responsable y no solía meterse en problemas.

«Mientes a la policía, peleas en la discoteca», le recordó su inconsciente.

Por lo general, no solía meterse en problemas, repensó.

Volvió a revisar la hora y confirmó que iba a tiempo.

Había quedado con Yago para hablar.

Llegó al bar donde la había citado después que él. Lo vio sentado en una mesa que daba a la ventana. Inspiró profundo, gruñó al recordar lo bien que le quedaban las gafas de sol y confirmó que le gustaba más allá de la diferencia de edad y el rechazo de la noche anterior.

Yago estaba serio y pensativo. Se había querido convencer de mil maneras diferentes de que había hecho lo correcto al no caer en la tentación con Cloe.

Los seis años de diferencia, por escasos momentos, desaparecían de su mente y se atrevía a imaginar cómo sería intentar conocerse. Fantaseaba con salir con ella, acompañarla a lugares que hacía años no iba y dejar de lado esa seriedad que lo caracterizaba, divertirse y probar si sus vidas, tan diferentes, podían acoplarse. Entonces, levantaba la vista y estaba haciendo guardia en la esquina de su casa, para seguirla de cerca y evitar que le pasase algo. Giraba la cabeza, veía la mansión enorme de los Villar y se sentía una hormiga pequeña e indefensa ante esa realidad.

—Te ves tan bien cuando sonríes, pero no, al *señorito* le encanta andar con cara de culo —señaló Cloe, optimista, y tomando asiento en la silla vacía frente a él.

Yago no la había visto entrar. Estaba volando con sus pensamientos imposibles.

—Hola para ti también, princesita —saludó.

—Tengo que decirte algo, Yago, y espero que no te enojes. Anoche…

—Cloe. Lo de anoche no pasó —sentenció él, interrumpiéndola.

Cloe lo miró a los ojos sin entender. No quiso desviarse del tema que la había llevado allí, por eso, no pensaría demasiado en lo que había escuchado de boca del morenazo con pinta de lobo feroz que la miraba con una ceja levantada.

—No es… —quiso explicarle, pero, otra vez, fue interrumpida.

—Si es de eso que quieres hablar, me voy. No podemos mantener esta conversación. Por ti, por mí, por la mierda que nos separa y…

—¿Te callas de una vez, Yago? Lo de anoche será otra conversación.

—No habrá conversación al respecto —le aseguró.

—Bien. Si eso quieres, no habrá conversación, solo un monólogo de mi parte —aseveró ella, guiñándole un ojo.

Yago bufó y negó con la cabeza. En ese instante, el camarero trajo dos cafés.

—Pedí café —le dijo.

La chica sonrió y tomó un sorbo. Por su cabeza cruzaron un montón de temas que podrían conversar. Miles de preguntas que podría hacerle. También aparecieron ganas inoportunas de besarlo, de acariciarle la mano que descansaba sobre la mesa, de jugar con sus gafas y tomarse fotos riendo y bromeando, caminando de la mano…

—¡Cloe! —exclamó Yago por tercera vez—. ¿Estás aquí?

Capítulo 22

Yago parpadeó varias veces. Estaba tan bonita que le costaba bajar la vista o desviarla hacia cualquier otro lado. Solo quería mirarla a ella, a esos ojazos expresivos y labios que le mostraban sonrisas hermosas una y otra vez.

Sabía que su tío estaba a pocos metros, prestando atención a cualquier movimiento, y tan intrigado como él por la llamada y la solicitud de encontrarse para conversar sobre algo importante. Eso le había dicho «algo importante».

—¿Y bien? —preguntó, fiel a su estilo enojoso.

—¡Qué arrogante eres!

«Sí, para ti, sí. Piensa eso de mí que será mejor para los dos», rumió.

—No sé por dónde empezar. Y no me vengas con la tontería de que lo haga desde el principio, porque entonces tendría que contarte que hace un tiempo decidí escribir un libro. No sabía de qué género, entonces, mi amiga y yo nos pusimos a hablar sobre novelas que leímos y recordamos las de vikingos y higlanders. Llegamos a la conclusión de que eso está de moda. Y sí, hay modas para los libros también —explicó, elevando los hombros y bebiéndose el café que le quedaba.

Yago tenía el entrecejo fruncido y no entendía nada de lo que la chica decía, pero no la interrumpió.

—Fue más o menos al mismo tiempo que me detuviste por la luz roja y me amenazaste con el vídeo de mi lunar y…

—Yo no te amenacé —acotó Yago volviendo a interrumpirla.

—Luego lo debatimos, yo lo tomé como una amenaza y creí oportuno pedirte el vídeo. Por eso fuimos a la estación de policías. Mi amiga quedó obnubilada con los uniformados y yo también, por uno en particular. Fue cuando decidí que escribiría un libro sobre policías.

—Uno en particular… —repitió él contrariado con la noticia.

—También lo debatimos luego, Yago, que pierdo el hilo de los acontecimientos.

—Cloe, ¿todo esto es relevante para eso tan importante que tienes que contarme?

—Bueno, no sé. Pero es el principio. Eso sí —certificó.

—A ver, dime lo que tienes que decirme y yo preguntaré lo que necesito saber. ¿Tiene que ver con la *Evoc*?

—Evoque —corrigió, y siguió hablando al ver la ceja elevada de Yago—. Sí, tiene que ver con eso.

—Bien. No le veo conexión con el libro todavía. No, no hables —rogó al advertir que ella estaba por explicarle algo—. Yo te haré preguntas. ¿Conoces al conductor?

—No hay conductor ni Evoque blanca. Nadie me sigue —murmuró con la mirada baja.

—No tienes que tener miedo de denunciar.

—Lo inventé, Yago. Todo fue un invento.

El muchacho se pasó la mano por la cara, con impotencia e intentando dilucidar de qué iba el disparate que estaba escuchando.

—Lo inventaste —murmuró, y agregó—. Cloe, no puedes inventar una denuncia.

—Lo imaginé. No quiero ir presa, Yago, por favor, ayúdame —rogó. Hipó y le tembló el labio inferior.

Fueron segundos, pocos o muchos, dependiendo de cómo se los midiese, pero tuvo que emplear toda su capacidad de autoconvencimiento para no abrazarla y besarle la cara centímetro a centímetro.

—No irás presa. Tranquila. ¿Por qué inventaste algo así? —quiso saber.

—Por el libro —contó. Yago puso cara de seguir sin entender—. Quería ganarme tu confianza para que me ayudases con temas policiales.

—Ganarte mi… por el libro… —balbuceó Yago, con incredulidad—. ¿¡Entiendes que es una locura!?

Cloe afirmó con la cabeza, mordiéndose el labio.

Yago maldijo en voz baja, un poco por lo que estaba escuchando y otro poco, por el gesto de la princesita.

—¿Qué va a pasar ahora? —le preguntó ella.

Se la notaba muy asustada.

—Nada. No asenté la denuncia porque no había suficiente información —le mintió.

No podía decirle la verdad porque estaría desenmascarando a su tío y al señor Villar, además de a sí mismo.

Al ver la cara de Cloe, que parecía estar enfureciendo, agregó:

—Intuía que volverías si algo más pasaba y tenía pensado buscarte si no lo hacías. Necesitaba investigar un poco yo solo para reunir pruebas—volvió a mentir. Sonrió al verla convencida de lo que había escuchado—. No puedes volver a hacer algo así, Cloe. Eres… Tu… ¡Mierda!

El insulto salió sin meditarlo siquiera.

No quería mentirle, pero no podía decir nada acerca de los posibles peligros que podían acecharla, según tenía entendido. Estaba atado de pies y manos.

—No vuelvas a hacer algo tan estúpido —señaló sin contemplación.

Tenía ganas de contarle todo, abrazarla, tranquilizarla, decirle que le había quitado un peso de encima, que saber que no estaba en riesgo era la noticia más linda que había recibido desde hacía años, que él mismo (junto a su tío) la estaba cuidando desde entonces, no obstante, no podía actuar de tal forma.

—Vaya, sí que sabes cómo tratar a la gente. No volveré a hacer nada parecido, no. Aprendí la lección. Ahora ya sé que la policía no ayudaría y que contrata personas irritantes que en vez de calmar a la víctima, le grita y la reprende como si fuesen niños —expuso ella de corrido.

—No quise…

—No importa lo que quisiste. Ya sabes, te mentí —manifestó, poniéndose en pie para irse pisando fuerte, haciendo sonar sus tacones—. Y pagas tú.

Yago le envió un mensaje a su tío para que no se preocupase por él. Le avisó que lo vería luego. Sabía cómo llegar a la casa de la chica y necesitaba un rato a solas consigo mismo.

Cloe no estaba en peligro.

Cloe había cometido una imprudencia grave sin medir consecuencias.

Cloe lo había regañado y su entrepierna lo había disfrutado.

Cloe le parecía la criatura más fascinante del mundo, y la más bonita.

Cloe estaba obnubilada por un uniformado en particular y no estaba seguro de si era él.

Cloe tenía un lunar en la pierna y él lo quería volver a ver.

Capítulo 23

Habían pasado varias cosas desde aquella tarde de domingo, además de cuatro largos días, aunque Yago y Cloe no se habían vuelto a ver.

Lana había pasado su primera noche en el apartamento pequeño y luminoso de Martín. Como consecuencia, las chicas, por fin, habían hablado de sexo, del practicado, sentido, olvidado, emotivo… no cualquier sexo.

Cloe buscó en internet los castigos por hacer denuncias falsas y había tenido su primer ataque de pánico real. Reconoció que el oficial de policía gruñón la había salvado no dejando dicha denuncia asentada por falta de datos. Datos inexistentes, claro.

Otro suceso importante de esos días había sido el escribir su primera escena subida de tono, inspirada por la experiencia de su amiga.

Hubo, además, acontecimientos no menores: el manuscrito ya tenía más de quince mil palabras, había borrado cerca de cinco mil y su anotador con tapas doradas (conteniendo escenas importantes de la novela, que quería transcribir) había desaparecido de la tarde a la noche.

El tercer día, cuando la desesperación era palpable, Mina había encontrado el anotador escapista con tapas doradas en el congelador, debajo de la terrina de helado, y un pijama de Cloe, que llevaba perdido un par de meses. Ese estaba en el mueble de artículos nuevos de limpieza, junto a un par de medias, un sostén y una blusa.

—Lo debo haber dejado el día que guardé la ropa planchada y me solicitaste, ya que estaba en el cuarto del lavado, un rollo de papel de cocina. Culpa tuya —declaró Cloe, abrazando a la mujer sonriente que negaba con la cabeza.

Los días habían pasado para Yago también, quien había seguido cada paso de la princesita, resguardado entre las sombras y encerrado en un coche azul, suspirando cada vez que la veía y recibiendo miradas raras de su tío.

Una tarde, el señor Villar requirió su presencia en la oficina y allí, se había enterado de que debía viajar con Cloe, aunque manteniéndose oculto.

—Será imposible, señor. Su hija me conoce. Hemos cruzado más de una conversación y alguna que otra mirada por diferentes motivos. Sospechará si me ve también allí —explicó Yago.

—Cuento con que no se dejará ver, Balboa —sentenció el hombre, sin darle oportunidad de rechazar el trabajo.

—No me parece…

—Por favor —lo interrumpió Villar—. Confío en sus capacidades, en todas ellas.

—Hace mal, señor —murmuró contrariado y resignado, qué otra opción tenía.

La tan esperada fecha había llegado y Cloe estaba eufórica. El vuelo duraría solo tres horas. Hasta la mañana siguiente, tenía tiempo libre, que disfrutaría haciendo compras. Cerca del

mediodía, se prepararía en su confortable *suite* para la reunión tan esperada. Descansaría una noche más en el hotel y tomaría el avión de vuelta, bien temprano por la mañana del segundo día.

Tenía todo bajo control.

El lunes estaría en su casa y llegaría a tiempo para la clase de los gemelos.

Yago se acomodó la gorra con visera y se subió la otra, la de la chaqueta deportiva, para evitar ser reconocido al pasar por delante de Cloe, que ya estaba sentada en su asiento de clase ejecutiva. Solo para asegurarse, se había afeitado por completo, quitándose la barba de dos días que tenía siempre, y se había puesto unas gafas falsas de ver. Lo logró. Había sido más fácil de lo esperado, la chica estuvo jugueteando con el móvil al pasar por su lado.

Nada más sentarse, leyó el mensaje que había recibido hacía escasos segundos. En él, Cloe se disculpaba por el arrebato del bar y le agradecía por no haber formalizado la denuncia.

Le respondió con un escaso «No fue nada. Olvídalo y no lo repitas», fiel a su idea de mantenerse lejos, en todo sentido, de la chica que le quitaba el sueño, ya era un hecho.

Levantó la mirada y la vio leer la respuesta enviada. Le encantó la carita de enfado que le dedicó al teléfono y aceptó que las palabras refunfuñadas, cuales fuesen porque no las escuchaba, serían para él. Supuso que eran maldiciones. Mejor así.

Una vez en destino, un taxi, el suyo, siguió al de ella rumbo al hotel.

Al registrarse, Cloe obtuvo su llave y Yago, además de la de él, la copia de la habitación de enfrente, la de la mujercita que debía cuidar por los siguientes dos días. Esas eran las instrucciones que tenía.

Cloe abandonó la maleta, se cambió el calzado y salió. Tenía ganas de pasear.

Yago maldijo que la chica tuviese tanta energía, porque él quería reponer las que había perdido en el viaje mientras descansaba un rato tirado sobre la cama.

La siguió de cerca, la esperó fuera de cada negocio al que entró y sonrió al verla feliz, contenta con las compras que hacía y contándole cada detalle a alguien por mensaje de voz.

Por fin volvían al hotel.

Cloe tomó el ascensor hasta el primer piso, pero olvidó que quería comprar algo de beber en el pequeño barcito de planta baja. Bajó nuevamente sin salir del cubículo.

Yago subió por escalera. Esperó hasta escuchar la campanilla del elevador y lo que calculaba que ella tardaría en llegar a la puerta de la habitación. De esa manera lo había hecho antes y había salido bien. Estaba poniendo la llave magnética cuando escuchó que alguien se acercaba, giró la cabeza y se encontró con los ojazos preciosos de Cloe.

—Mierda —murmuró.

—¡¿Yago?! —El asombro de la chica era visible—. ¿Qué haces aquí?

El nombrado elevó los hombros a modo de respuesta y la mano derecha, de saludo.

—Me estás siguiendo. Y no se te ocurra negarlo. No creo que sea una casualidad.

—No lo es —respondió resignado.

Cloe se alejó con la intención de salir corriendo y pedir ayuda. Yago lo supo de inmediato.

—Hey, no, no es eso. No corres peligro —le explicó.

—No te creo —dijo alejándose.

—Me contrató tu padre, princesa —soltó antes de que todo se fuese al demonio—. Abre la puerta, hablemos.

—Te… contr… No puede ser. Tampoco te creo —expuso ella enfureciendo poco a poco.

—Lo siento —murmuró él, mirándola a los ojos.

Cloe abrió su habitación y entró sin cerrar. Sabía que él la seguiría. Se sentó a los pies de la cama y sin levantar la mirada, llorosa por sentirse engañada, preguntó:

—¿Desde cuándo?

—Me gustaría que el interrogatorio no me lo hagas a mí —alegó él.

¡Qué situación más incómoda le tocaba vivir!

—¿Desde cuándo, Yago? ¿La discoteca? —quiso saber.

—Lo siento —repitió él, afirmando con la cabeza.

No quería mentirle. Hubiese preferido abandonar juntos la habitación y volver a verla con la enorme sonrisa con la que hacía compras.

—Ya veo. Lo sientes —musitó ella clavando sus ojos en los de él—. ¿El funeral?

Yago negó con la cabeza y se mordió el labio inferior para no contarle todo de una vez. No soportaba verla tan enfadada y triste, tan vulnerable.

Cloe suspiró. Estaba confundida y se sentía humillada, además de furiosa con él y su padre.

—El otro día en la puerta de la estación de policía, no fue una casualidad —murmuró a modo de pregunta retórica. Otra vez, Yago negó con la cabeza—. ¡Eres un mentiroso! Supongo que tu culo blanco…

Él sonrió ante la frase interrumpida y se sentó a su lado, creyendo que aflojaría y podrían conversar. Necesitaba explicarse, aunque sabía que no debía hacerlo. No era su obligación, por el contrario.

—Eso no cuenta, estabas haciendo demasiadas preguntas personales y me ponías nervioso —respondió con una tímida sonrisa en los labios.

—Déjame sola —rogó Cloe, con una lágrima cayéndole por la mejilla.

Yago bajó la cabeza y torció el gesto. La abrazaría y consolaría, no obstante, tampoco debía.

Caminó hasta la puerta y la escuchó decir:

—No le cuentes a mi padre. Yo hablaré con él. Me lo debes.

Capítulo 24

Habían pasado dos horas y Cloe no daba señales de vida. Yago estaba nervioso. Nunca la había visto tan afectada por nada y no tenía ni idea de cómo actuaba ante situaciones parecidas. Era una «niña de papá», eso estaba claro, lo que no lo estaba tanto era si lo era por inoperancia o por comodidad. De ello dependía su reacción ante ese o cualquier problema a solucionar, pensaba él.

Había estado cavilando, sin llegar a ninguna conclusión, desde que se dejó caer sobre el colchón de la cama de hotel.

Había concluido en que no quería dejarla sola. Eso era lo único que tenía claro.

Tomó la tarjeta magnética para abrir la puerta de la habitación de enfrente y sin pensárselo dos veces, salió de la suya e ingresó en la de ella.

Cloe estaba acurrucada en la cama, vestida. Lo vio entrar y ni se movió para hablar:

—¿Tampoco este tipo de privacidad se me permite?

—Solo la tengo para emergencias. ¿Cómo estás? —le preguntó, acercándose un poco.

La chica lo miró de pies a cabeza y no podía dejar de admirarlo. El rostro sin barba le parecía estupendo, los labios descubiertos se le hacían muy tentadores, tanto como el cabello despeinado, la camiseta negra, el pantalón caído en la cintura y la pose altiva. Todo él era grandioso.

—¿Cómo puedes ser tan lindo? —preguntó Cloe.

Yago cruzó los brazos y abrió las piernas. Así le había gustado a ella la primera vez, y le volvía a gustar.

Él la miró con la ceja en alto y la cabeza algo gacha.

—¿Por qué elevas la ceja? —quiso saber Cloe, sentándose al borde de la cama.

—Porque no entiendo a qué viene tu comentario en este momento —respondió Yago.

—Ah, era eso. Se me escapó —dijo alzando los hombros, como restando importancia a lo que había dicho.

—Cuando hiciste la denuncia —comenzó a explicar Yago, con la misma intención—, mejor dicho, cuando inventaste semejante tontería, me preocupé por ti y le conté a mi tío. Él trabaja en la empresa de seguridad de tu padre y creí que podrían hacer más que la policía con tan pocos datos.

—Te preocupaste por mí… —repitió Cloe.

Yago ignoró ese comentario también.

—Él, Villar, me contrató nada más conocerme, porque supuso que podría seguirte el ritmo y pasar desapercibido por ser más joven que mi tío y conocerte ya. Es decir, que eres responsable de que te esté cuidando.

—¿Yo? ¡Qué fácil lo haces! —señaló Cloe, caminando hacia él—. Hablaré con mi padre. No quiero que te metas. Ni siquiera se lo mencionarás a tu tío.

—No lo haré. Aléjate un poco, princesa —le rogó.

La chica se había acercado demasiado y lo tenía acorralado contra un silloncito esquinero.

A Yago se le estaba complicando la situación.

—¿Te gusto? —le preguntó directa, sin titubeos.

—Sí, pero… Cloe, eres demasiado joven —sentenció, recorriéndole la cara con la mirada y deteniéndose en los labios.

Era una afirmación que le servía más a él que a ella.

—No lo soy, tengo veintitrés —indicó Cloe.

—Y yo veintinueve —expuso él, para hacerle entender algo que ni a él le parecía raro en ese momento.

Ella sonrió al creerse vencedora. Yago había puesto una mano en su cintura, y no para alejarla.

—Me encanta la diferencia de edad. Es la ideal —susurró.

—Soy policía —indicó él, inventando otra excusa tonta para disuadirla.

—Y yo escritora, bueno, todavía no, pero sí soy profesora de inglés —le contó ella.

—Mi salario es…

—No hablemos de eso. No tengo salario y lo que gano no me alcanza para independizarme, es lamentable —agregó Cloe, interrumpiéndolo.

—Cloe Villar, ¿te escuchas? —bromeó él al oír decir tal tontería.

—Yago Balboa, ¿me ves?

—¿Cómo no hacerlo, princesita? Esto… mira… soy serio, aburrido, un viejo de mente y tengo un horario de trabajo complicado. Es más, ni siquiera sé cuál será mi trabajo el lunes —relató, acercando su rostro al cuello de ella.

La piel de Cloe se había convertido en un imán para sus labios.

—Uf, yo soy despistada, no sé cocinar y conduzco mal. También me olvido del horario de mis clases —enumeró ella, pasando las manos por los hombros de Yago.

—Tengo un gato y si no fuera por la alarma programada en mi móvil, no le daría de comer nunca —agregó el chico.

—Oh —musitó Cloe, abriendo los ojos grandes y alejándose un poco.

—Bien, ya tenemos la razón por la que no debemos hacer esto. ¿Eres alérgica? —quiso saber Yago. Ella asintió —. Ahí lo tienes. Mi meta es tener cinco gatos.

Nunca le comentaría que le regaló el animal a su vecina porque el pobre pasaba el día solo y no le parecía justo. Un día se coló en su casa sin permiso y él lo alimentó por lástima y humanidad. El muy caradura se adueñó del lado derecho de los pies de su cama dos horas más tarde. Yago había resuelto, unos meses después, que su vida no era compatible con una mascota, por más independiente que esta fuese.

Cloe sonrió al escucharlo y gruñó ante el deseo que le producía la presencia masculina con sus hormonas eróticas, o lo que fuese que desprendía, y le besó la mandíbula.

—Cuando te deje sana y salva en tu casa, renunciaré a cuidarte. No quiero trabajar con tu padre. No quiero seguirte —le explicó, guiándola hacia la cama, vencido por la chiquilina caprichosa de ojos bonitos.

Cloe daba pequeños pasos hacia atrás, dirigida por las enormes manos de Yago en su cadera. Al tocar el colchón con la parte de atrás de sus piernas, jadeó.

—Nos vamos a arrepentir. Yo lo sé y, supongo, que tú también —susurró Yago, quitándose la camiseta.

—¡Madre mía! —exclamó Cloe dejándose caer sobre el edredón—. Eres fabuloso.

—Y tú, hermosa —agregó él. Se recostó sobre ella y le besó el cuello—. Si comienzo con esto, no podré detenerme.

—No me asustas —le aseguró sonriendo.

Yago la besó con todo lo que tenía, incluyendo las ganas retenidas.

Cloe creyó que flotaría ante el primer contacto de la lengua de él con la suya y lo atrapó con las piernas para asegurarse de mantenerse cerca.

Ya no lo dejaría apartarse.

Capítulo 25

Los segundos se hicieron eternos. El beso había escalado posiciones y se había convertido en una declaración de intenciones, en la antesala del deseo que compartían.

Yago dejó salir el aire por la nariz al sentirla refregarse contra su entrepierna. Apretó un poco su cuerpo para que fuese más intenso el roce, porque era incapaz de negarse tan hermosa sensación. Con una mano desabrochó el pantalón de Cloe e introdujo los dedos para acariciarla.

La escuchó gemir bajito y sonrió.

—¿Quieres que nos quitemos la ropa primero o así te gusta? —preguntó sin dejar de mimarla.

Tenía ganas de conocer el cuerpo de Cloe y dejarse llevar por el remolino de emociones que estaba experimentando con tan poco.

Ambos, en un silencio cómplice, se retorcieron como gusanos luchando con las prendas que tenían puestas y sin abandonar la posición.

Los dos temían que separarse un milímetro los hiciera recapacitar, por eso, cada pocos segundos se besaban, mordían o lamían.

Yago, antes de lanzar el pantalón sin cuidado, hurgó en su cartera para rescatar un preservativo y se lo colocó sin demoras.

—Vas muy rápido —balbuceó ella, acariciándole la espalda.

Yago sonrió y le besó la punta de la nariz, bajó hacia los labios y el mentón, siguió hasta el cuello y descendió un poco más, hasta los pequeños pechos duros y firmes. Se recreo en ellos, besando, lamiendo y mordiendo.

Supuso que la bonita morena necesitaba estimulaciones extra y eso le dio.

Cuando la cadera de Cloe se movió otra vez hacia él, buscando contacto, se posicionó sobre ella y le abrió las piernas con la rodilla.

—Nena… —jadeó al sentir la fricción.

Cloe se estremeció de pies a cabeza.

Yago le mordió el lóbulo de la oreja y le hundió la lengua en el oído.

Ella gimió otra vez, clavando sus uñas en los brazos de él. Gozó del entrar lento, sin pausa, que la colmaba por completo.

—Princesita, me encantas —bufó Yago, mirándola a los ojos, una vez que estuvo listo para comenzar a moverse. Y lo hizo sin alejar su mirada de la de ella.

Cloe no podía creer estar así con Yago. Le parecía un sueño. Le tomó el rostro con las manos y gimió ante cada embestida. Bajó los párpados cuando el orgasmo avanzó por su cuerpo, venciéndola en menos tiempo de lo esperado. Los dedos de los pies se le pusieron rígidos y abrió la boca para liberar todos los sonidos de placer que tenía atragantados.

—Disfrútalo —rogó Yago, porque verla hacerlo lo guiaba por el mismo camino.

Sus jadeos se volvieron roncos y el resoplido final estremeció a Cloe. Quien se imaginó a un león enorme mostrando su poderío. Volvió a gemir.

El cuerpo de Yago era un catálogo de músculos duros, tensos, y de venas marcadas. El pecho masculino subiendo y bajando por la agitación, pintado con la humedad del sudor, era

impresionante.

Cloe no podía dejar de mirarlo.

Cuando él se recuperó del éxtasis, abrió los ojos para encontrarse con los de ella.

Cloe sonrió y él le devolvió el gesto. Se dejó caer a un lado y se quitó el preservativo.

Ambos observaban el techo de la habitación sin atreverse a decir nada cuando el móvil de Cloe rompió el silencio incómodo.

—Atiende, yo tengo cosas que hacer. Ya sabes dónde encontrarme. Toca la puerta para lo que sea —aclaró él.

Yago quería darle tiempo y espacio. Su experiencia, suponía, era mayor que la de ella y sabía que ese tipo de arrebatos podía quedar ahí, en solo un frenesí bonito y bien disfrutado, porque de eso no se quejaría, lo había disfrutado. También estaba la posibilidad, como era su caso, de que la furia del momento le pareciese escasa y requiriese una nueva experiencia para hacer, decir y mirar todo lo que no había podido.

Si la oportunidad se presentaba, lo hablaría con ella y si no, se quedaría con las ganas. No sería la primera vez. No siempre había convencido a las mujeres que le gustaban de caer rendidas a sus pies, o tendidas en su cama. Esa última frase pegaba más.

Sin pensarlo demasiado, sin darle vueltas a la posibilidad de volver y repetir o hablar de lo que surgiese o, tal vez, simplemente, ver una película juntos hasta quedarse dormidos, se metió en la ducha.

Minutos más tarde, llamó a la recepción para hablar con la chica de bucles alborotados, con quien ya había conversado.

Cloe no quería comunicarse con sus padres. Tenía miedo de dejarse llevar por el enfado y decir cosas de las que se arrepentiría.

¡Confiaba tanto en ellos!

¡Eran tan importantes en su vida!

Se sentía defraudada, porque habían debatido mucho sobre no llevar más *colita* y ellos habían entendido su postura. O eso le hicieron creer, para después actuar como les pareciese, a escondidas y en contra de lo acordado.

Ser mayor e independiente no solo era, según ella, cumplir años. Había crecido protegida, sí, como cualquier niña que nacía en «cuna de oro», lo tenía claro. No había sido una niña cualquiera. Salió en la prensa varias veces, por ejemplo, cuando a ciertos periodistas les pareció una buena idea criticar su megafiesta infantil con temática de animales. La de princesas, festejo de sus seis años, les pareció preciosa y la de astronautas, inapropiada para una «chiquilla tan hermosa de ocho». Tenía los recortes guardados. También los que hablaban de las marcas caras que vestía y los peinados que no le quedaban bien.

Recordaba con claridad que, al morir su abuelo y salir en el periódico con el titular «Una de las niñas más ricas del país», todo había cambiado y había dejado de jugar en las plazas de pelotas de los restaurantes de comida rápida; algunos de sus amigos ya no quisieron frecuentarla y las vacaciones se habían vuelto más solitarias y en lugares muy, demasiado, exclusivos y apartados de casi cualquier civilización. Nunca supo el motivo ni lo preguntó.

Las «normalidades y libertades» que reconocía en sus amigas, fueron experimentadas por ella recién en la adolescencia, al comenzar el secundario, pero llegaron acompañadas de un chofer y un *niñero* que asustaban a todo el mundo por sus enormes cuerpos. Ella los convencía de sonreír con bromas mientras se dirigían hacia el coche, argumentando que eran sus tíos, para disimular.

Soportó esa situación hasta su mayoría de edad, cuando llegó a un acuerdo con sus progenitores: no más *colita* si cumplía con ciertas normas de seguridad, que había seguido siempre. Sus padres, no.

Tal parecía que no confiaban en ella. Eso le dolía.

Ser mayor e independiente, según ella, no solo era cumplir años, no, era hacerse responsable de actos y palabras, también promesas. Ella era mayor e independiente, todavía no económicamente, aunque iba en camino. Tan responsable era, que no quería vivir de las herencias, sino de su trabajo, o intentarlo al menos.

Por todo esto, se sentía desilusionada por el matrimonio Villar.

También por Yago. El muy cobarde había huido. Le daría tiempo, aunque se debían una conversación.

Capítulo 26

Después de darse una ducha, revisar su móvil y confirmar que Yago no le había escrito ni llamado, Cloe se puso ropa cómoda para bajar al *lobby* del hotel y tomar un café en la pequeña cafetería que allí había. Necesitaba distraerse.

Tenía que pensar en varias situaciones importantes: Yago y todo lo que estaba sintiendo por él, sus padres y el enfado que le daba descubrir que le habían mentido, además de la agente literaria que vería al día siguiente y los nervios que le daba no saber qué decir o preguntar. Sin contar con las ideas que se le habían ocurrido para el libro, que se amontonaban en su cabeza.

Resultaba ser que mientras más pensaba en armar una trama perfecta, menos le salía, pero si estaba ocupada con otros menesteres, su imaginación comenzaba a llamar la atención. Le parecía injusto. Le molestaba que eso sucediese, y más le molestaba no poder controlarlo. Lo bueno era que sus anotadores de tapas bonitas le salvaban la situación.

Bebió el café con rapidez y subió en el ascensor pensando en la escena que se había imaginado. La repasó varias veces para no olvidar los detalles. En eso estaba mientras avanzaba por el pasillo por el que llegaría a su habitación.

Una mujer alta, que vestía el uniforme de recepción del hotel, salió del dormitorio de Yago y la miró con gesto de culpa. Se la notaba nerviosa, acomodándose la chaqueta y moviéndose torpemente.

—Buenas noches, señorita Villar —murmuró al pasar por su lado.

Cloe no le respondió con palabras, porque estas se rehusaron a salir, pudo sonreír apenas. Se adentró en el que era su dormitorio con los ojos nublados por las lágrimas.

Estaba todo claro, no había duda alguna: Yago no había huido de ella por cobarde, sino por estar apurado. Tenía otro compromiso.

Que ella no fuese como algunas personas que conocía, no significaba que no supiese cómo actuaban. El sexo por sexo, por pasar el rato y por sacarse las ganas no era de su agrado. Ella lo tenía con quien le gustaba mucho; con quien le producía «cosas» raras, lindas, incómodas; lo tenía con quien se sentía en confianza y ante quien podía desnudarse sin pensar en nada más que en disfrutar de estar juntos. Era por eso, que sus experiencias se contaban con los dedos de una mano, el pulgar y medio índice de la otra, porque una de esas veces, había fallado.

Parecía evidente que su «animal» preferido, el que le aflojaba las rodillas con solo mirarla y la ponía a gruñir por tenerlo cerca, literalmente, era de esos que vivían el sexo como un deporte más.

No lloró demasiado, no se dio el permiso, prefirió hacer su rutina de cuidado facial escuchando música. No pudo terminarla porque había confundido el frasco de su crema hidratante de regeneración nocturna y ácido hialurónico con el de la crema de manteca de cacao y aceites esenciales para suavizar los talones. No se parecían en nada, pero justo cuando estaba guardándolas en el neceser para hacer la maleta, su madre la había interrumpido, desconcentrándola de la tarea.

Ya con el pijama y sorbiendo los mocos que le producían las lágrimas que se negaba a dejar

salir, tomó un lápiz con pompones multicolores que llevaba en el bolso y anotó sus ideas. Entre ellas, la que llevaba a los protagonistas a separarse. Le daba vueltas a un «conflicto» (palabra que había aprendido leyendo sobre los elementos y las estructuras de una novela): que su protagonista masculino fuese un adicto al sexo.

Ya lo analizaría más y mejor. Primero, para descubrir si eso podría ser, realmente, el conflicto de la novela. Suponía que no, quizá lo sería solo de la pareja en sí. Tenía que releer sus apuntes. En segundo lugar, debería replantearse lo de que fuese una adicción. En principio, como «disparador» de la idea servía, otro concepto aprendido recientemente.

Se quedó dormida con los pompones en la mano y el anotador a un lado.

Mirándose al espejo, después de volver a ignorar el mensaje de Yago, el tercero, sonrió dándose ánimos.

La reunión debía ser perfecta. No tenía idea de lo que iba a decir ella, ni de lo que le diría la mujer, aun así, tendría que ser perfecta.

Salió de la habitación y se encontró con Yago esperándola fuera.

Él tenía sus horarios y la agenda, claro. Recordaba a la perfección cómo era llevar *colita*.

—Buenos días —dijo al verlo, y comenzó a caminar sin esperarlo.

Yago desdibujó la sonrisa y frunció el entrecejo.

—¿Cloe? —preguntó, con eso alcanzaría para pedir explicaciones, suponía.

—Estamos apurados, Yago —sentenció sin más explicaciones.

—No es cierto. Tenemos tiempo. ¿Qué te pasa? —insistió él.

Cloe lo miró de arriba abajo, se tragó el gruñido que le subió por la garganta y apretó los puños para contener el impulso de abrazarlo y besarlo.

El ascensor se había reducido durante la noche, eso le parecía al tenerlo tan cerca en el cubículo cerrado. Él la miraba con la cabeza gacha, los ojos fijos en los de ella y los labios apretados.

—Bien. Ya entendí —murmuró Yago después de unos segundos—. Bien. Fue fácil.

A Cloe le dolió mucho esa frase murmurada. La sintió como un puñal. Sí, se lo había puesto fácil y se arrepentía, pero no había vuelta atrás.

¿Qué podía esperar de un mentiroso?, de uno que aseguraba tener el culo bronceado y en realidad, lo tenía tan blanco como la leche.

Ya estaba todo claro para ella.

Había sido sexo rapidito, vacío, de una vez y nada más.

Yago inspiró profundo y salió del elevador detrás de Cloe. Admirándola. Estaba preciosa. ¡Olía tan rico!

Respetaría su silencio, lejanía y arrogancia mal simulada. Después de todo, él sabía que se arrepentiría de lo que habían hecho. Le hubiese gustado conversarlo, decirle que había sido bonito y que él no se lamentaba. O sí, pero de no haberlo hecho durar. Que entendía que solo fuese una noche, un rato y nada más, que estaba todo bien si eso era lo que quería. También le hubiese gustado decirle que si era otra cosa lo que buscaba, estaba dispuesto a intentarlo y dejar de lado todas las tontas ideas suyas.

Negó con la cabeza para desechar los pensamientos y se acercó al mostrador de la entrada. Le debía una propina a la chica de los bucles desordenados.

—No me dejaste darte esto anoche —le dijo.

—No hace falta —explicó la mujer—. Lo hice con gusto.

—Acéptalo, por favor —rogó Yago, guiñándole un ojo.

Cloe giró al escucharlos dialogar y vio la sonrisa de ella, que amenazaba con desarticularle los maxilares. También vio el guiño de él. Supuso que estaba dándole una tarjeta con el número de teléfono y hasta se los imaginó manteniendo una relación de cibersexo o sexo telefónico.

Los odió más.

—¡Yago! —exclamó con cara de hastío, y golpeando la punta de su tacón en el suelo, muy al estilo «mala de película».

El nombrado la miró sin entender el motivo de su mal trato. No se lo permitiría, ni lo dejaría pasar.

—No te confundas, princesita. No mezcles las cosas. No me cuesta nada quedarme a descansar y olvidarme de ti —le aclaró al ponerse a su lado.

—Te pagan para cuidarme. Hubieses dormido. De ser así, no estarías tan cansado —sentenció Cloe, haciendo referencia a su actividad sexual imaginada, que no comprobada, con la recepcionista.

—No me lo permitieron —acotó Yago.

Él se refería al avance de la enfurruñada mujercita, que lo miraba con el rostro enrojecido y lo había tentado hasta caer en las redes que supuso prohibidas.

—Eres un asqueroso —le dijo ella, nunca se asoció al comentario, solo pensó en la chica que todavía los miraba desde el mostrador—. Te tomas otro taxi.

—Es una estup…

—Otro taxi —repitió Cloe, y cerró la puerta del coche al que se había subido.

Capítulo 27

Llegaron al restaurante justo a tiempo. La desconocida mujer con quien se había citado ya había tomado asiento en la mesa reservada.

—Espero por aquí —avisó Yago.

Cloe lo miró y asintió con la cabeza.

Él se mantuvo cerca y a la vista. No tenía idea de por qué estaba cuidándola o qué amenazas podrían preocupar al padre de la jovencita, solo conocía pocos detalles del incidente de hacía años y nada más. Su tío le había dado un par de indicaciones prácticas y lo demás lo tomaba de su experiencia del trabajo. Su mirada vagaba por el recinto con cautela y concentración.

—¿Cloe Villar? —preguntó la mujer que rondaba la cuarentena, rubia por elección, maquillada como una puerta, vestida de gris y con las uñas impecables.

—Sí, soy yo. Es un placer conocerte —expresó tendiéndole la mano al verla de pie.

—El placer es mío. Ven, siéntate. ¿Te apetece una copa de vino? Yo estoy bebiendo *champagne*.

—Estoy bien, gracias —respondió nerviosa.

—¿Ese muchachito que tanto nos mira está contigo? —quiso saber, coqueta.

—Eh, sí. Es un… es mi… amigo —titubeó Cloe, observando a Yago, quien ya tenía la ceja elevada—. Grrr.

No pudo evitarlo, el gruñido le salió solo. Tosió después simulando un carraspeo.

—Dile que venga. Puede esperar con nosotras —ronroneó la mujer.

Cloe la miró con los párpados entreabiertos. La muy descarada lo estaba repasando de arriba abajo. No la culpaba. Yago impresionaba vestido con traje oscuro, y sin traje. Con cualquier cosa que se pusiera, Yago impresionaba. A ella, por lo menos. A la mujer que tenía delante, al parecer, también.

—Quiere estar pendiente de la llamada que recibirá de su novio. Está comprometido desde hace pocos días y lo extraña —mintió, tomando un trozo de pan de la panera que allí había.

La mujer negó con la cabeza y murmuró algo que ella no escuchó. Entonces, comenzó la verdadera entrevista. La que estaba esperando con ansias.

—Hablemos de lo que nos compete, Cloe.

Ese había sido el preámbulo. Una pequeña entrevista, que no podía catalogar de buena o mala, tuvo lugar de inmediato. Se sintió un poco tonta al contar que ser escritora había sido una decisión intempestiva tomada bajo la ducha.

—¿Sabes cuántas escritoras comienzan como tú? Un día cualquiera dicen: «Voy a escribir un libro» y lo hacen. Como tú, en la ducha o la cama, o en una mesa mientras desayunan. Una de mis escritoras lo pensó en el cine. Ahora, debes saber que ese es el primer paso. El camino es largo; complejo; puede que no lo hagas bien, o sí, pero sin éxito. ¿Lo entiendes?

Cloe asintió sin dejarse vencer por el pesimismo que estaba amenazándola.

—Cuéntame tu idea. No voy a leer lo que trajiste, porque seguro que está mal escrito —señaló, y Cloe abrió los ojos como platos—. Es tu primer borrador, no puedes esperar que esté

de otro modo. Acábalo, pon la palabra «fin» y revisa todo una, dos, tres o cien veces. Cuando creas que lo tienes, que el resultado que buscabas está plasmado en las páginas de tu manuscrito y lo consideras tu mejor versión, busca un corrector bueno, uno con certificación. Cloe, tu libro puede tardar meses o años en ver la luz, no lo apures.

Las dos mujeres conversaron largo y tendido. Cloe descubrió que no sabía nada, que no tenía idea de lo que significaba ser escritora, desconocía por completo el mundo editorial y no estaba segura de estar preparada para entrar en él.

Cuando la amable y, por momentos, altiva mujer se despidió, dejándola sola, inspiró con fuerza y retuvo el aire.

—¿Qué tal? —quiso saber Yago.

Sabía que estaba ahí por algo referente al libro que estaba escribiendo.

Cloe lo miró a los ojos, olvidando su enfado, y elevó los hombros.

—No pasa nada —dijo él, acariciándole la mano y entendiendo por el gesto que no había salido todo tan bien como esperaba—. ¿Caminamos un rato?

Cloe afirmó y se puso en pie. Necesitaba pensar y asegurarse qué era lo que quería. Estaba aterrada.

Se subieron a un taxi pasada la media hora y llegaron al hotel en silencio.

Ambos desviaron la mirada hacia la recepción.

—Parece que tu amiga no está —murmuró Cloe.

Yago elevó la ceja y sonrió de lado. ¿Estaba celosa?

—No es mi amiga —le aseguró.

—Quizá, trabaja esta noche.

—Quizá —agregó Yago.

Tenía muchas ganas de preguntarle si quería cenar con él, pasar el rato juntos, volver a acostarse y conversar sobre lo ocurrido, no obstante, era mejor que las cosas se mantuviesen así. No sabía lo que significaba ese «así», de cualquier manera, era lo mejor.

—Si sales, por favor, avísame. No me obligues a llamar a recepción para averiguarlo. Si te pierdo de vista, debo reportarlo y tu padre se enterará. No quieres eso, ¿verdad? —le explicó Yago, sin mirarla.

Cloe sí levantó la vista para clavarla en él. Había metido la mano en el bolsillo de su abrigo y en el bolso de mano y no había encontrado su teléfono.

—Saldré. Estás avisado —le dijo, con la voz cargada de disculpas—. Tengo que regresar al restaurante, olvidé mi móvil en la mesa.

Por la noche, ya de vuelta, y cada uno en su habitación, analizaron el día.

Cloe no tenía quejas. Ambos se habían comportado bien con el otro. Claro, después del episodio del taxi.

Era realista, Yago le gustaba más de lo que se atrevía a reconocer. Le molestaba la actitud de él y le dolía el apuro con el que había saltado a otra cama. Lo había hecho con el cuerpo sudado todavía. No era justo.

Tomó la cápsula de café y la colocó en la cafetera que descansaba en una mesita, en un rincón de su habitación. Apretó el botón y eligió un endulzante de entre varias opciones. Se puso la cucharita en la boca para mordisquearla, analizando si perdonar la desfachatez de Yago y darle otra oportunidad o no. Quería, por supuesto que sí, porque eso le daría una nueva posibilidad de conocerlo e investigar un poco más sobre lo que sentía a su lado. Mucho, eso sentía, mucho y de todo.

El café comenzó a salir, caliente, perfumado… y libre.

—¡Oh, no! —exclamó, poniendo la taza debajo del grifo de la máquina.

Tomaría la mitad, aun así, era algo mejor que nada.

Yago bajó por la escalera, se tomó la cerveza fresca que quería y se acercó al mostrador de la entrada del hotel. Había advertido a la chica de la noche anterior.

No tenía esperanza de volver a ver a Cloe ese día. Ni ningún otro a partir del lunes. Ya estaba resuelto. Su vida no podía complicarse con una niña que tenía las cosas servidas en bandeja de plata y no sabía lo que quería.

Le gustaba, sí, bastante, tanto como para olvidarse de los seis años que los separaban; de la clase social a la que pertenecía cada uno y de las veces que había despotricado hablando mal de jovencitas como ella; de que tendría que ir a discotecas y bares bulliciosos solo para verla bailar, sonreír, cantar y dejarse llevar por esa alegría que hacía tiempo no encontraba en sus salidas de sábado por la noche, sus esporádicas salidas. El trabajo lo agotaba, el entrenamiento lo dejaba exhausto y conseguir una mujer, cuando tenía ganas de pasar el rato con una, era tan fácil como deslizar el dedo sobre la pantalla de su móvil. El resto, era todo un esfuerzo que poco valía la pena. Claro que su personalidad no ayudaba y cada vez se ponía peor.

«En otra vida, Cloe Villar. Es una pena, pero si lo tenemos que forzar, no me atrae», pensó.

—Buenas noches, señor Balboa —lo saludó la recepcionista, sonriente y presumida.

—Hola. Te pido el mismo favor que ayer. No hará falta que subas a avisarme, estaré atento al teléfono esta vez —le notificó.

—Claro. Si la señorita Villar baja, le avisaré de inmediato. No se preocupe.

Le agradeció con un guiño y volvió a subir por la escalera.

Odiaba desconfiar de la princesita, pero lo hacía. La creía capaz de escabullirse solo por rebelarse y molestarlo.

La noche anterior había sido una falsa alarma y ante el aviso de la empleada del hotel, de que Cloe había bajado hasta el *lobby*, le había rastreado el móvil confirmando que no lo había abandonado.

La había esperado un rato, sentado a los pies de la cama, suponiendo que golpearía su puerta. No había sucedido y por la mañana, ella actuó como actuó.

—Fue bonito, con eso te quedas —murmuró encendiendo el televisor y dejándose caer en la cama.

Estaba listo para dar vuelta la página. No era lo que quería, sin embargo, era consciente de que las relaciones eran de a dos. Estaba claro que la otra parte pasaba de él.

Capítulo 28

El vuelo había pasado en un abrir y cerrar de ojos. En el aeropuerto, esperando a su hija, estaban los Villar, por eso, Yago pasó de largo y sin saludar. Disimulando a la perfección.

Cloe admiró su espalda y bajó la cabeza.

Era triste verlo alejarse así.

—Cuéntanos todo —rogó su padre pasándole el brazo por el hombro y entregándole a Momo, que los seguía a pocos pasos, la maleta de su hija.

Se sinceraría y reconocería que no tenía pasta para ser escritora. Sería duro decirlo en voz alta, no obstante, sabía que había tenido una idea caprichosa y absurda. Ya tendría otra.

—Bueno, creo que no…—comenzó a decir.

—Sabemos que te fue bien. Tu padre recibió una llamada de esa mujer y nos dijo que le has dado una muy buena impresión. Te notó comprometida y entusiasmada —le contó Kathy, exaltada e interrumpiéndola.

—Ah —murmuró Cloe.

Lo peor vendría de boca de su padre, lo intuía, por eso lo miró, esperando que le diese la parte mala de la noticia. Ella había estado allí, sabía que la reunión no había salido como lo esperaba.

—No debería decírtelo, Cloe, me imploró reserva, pero eres mi hija. No puedo quedarme con esta información. Adoró tu idea para el libro, le pareció original… ¿qué más dijo, cariño?

—Divertida, fresca, moderna… No duda de que puedas hacerlo bien, hija.

—Ah —repitió Cloe después de escuchar a ambos progenitores.

No podía creerlo. ¡Si ella había estado ahí!

—¡Felicidades, hija! —exclamó el señor Villar, abrazándola con fuerza.

—¡Ah! —gritó Cloe, esa vez, de dolor.

—Mira que eres bruto, Eloy —lo reprendió Kathy, ya entrando al coche.

Cloe olvidó por un instante el enojo y adoró a sus padres, como siempre.

Miró al chofer a los ojos, que se reflejaban en el espejo retrovisor, y este asintió con la cabeza, felicitándola con el gesto y sonriendo feliz por ella. Ese hombre era, casi, parte de su familia.

—No te saludé, Momo, perdona.

Él le guiñó un ojo y volvió su mirada al frente. Lo primero que pensó fue que esa chiquilla estaba rara.

Sí, rara estaba. Rara por sentirse traicionada por su familia directa, por ver al chofer de su padre como uno más de la familia, por reconocer que Martín era una de sus personas favoritas a pesar de haber sido su *colita*, rara porque no quería perdonar a su padre por no consultarle sobre tener nuevo *niñero.* También estaba rara por las emociones que Yago le producía, porque fuese un mentiroso que le parecía el hombre ideal y quería olvidar el detalle solo por tener una oportunidad con él, por haberlo metido en su cama y visto salir apurado para introducirse entre

las piernas de otra, media hora después.

El viaje había tenido consecuencias extrañas, sí. Y más aún, si sumaba lo que aquella mujer le había dicho a su progenitor con respecto a su carrera de escritora, la que había decidido dejar de lado por creerse inútil para escribir.

Una vez en su casa, vestida con ropa cómoda y descalza, les contó a Lana y Martín todo lo que había ocurrido. Enfatizó en lo que le contaron sus padres sobre la perspectiva de la editora, explicó las propias y luego de un suspiro resignado, llegó el momento de referirse al desplante de Yago.

Sobre lo que no hablaría, sería sobre la desilusión que le aguijonaba el pecho al pensar en la trastada, así lo veía ella, que le habían jugado sus padres. Primero arreglaría el tema con ellos.

—Le voy a partir los dientes —murmuró su exniñero, refiriéndose a Yago, por supuesto.

—Parecía buena gente —agregó Lana.

—¿No me digas que has dormido en mi casa para hacer cochinadas con mi amiga? —preguntó Cloe, para cambiar de tema.

—No te lo digo —respondió Martín, guiñándole el ojo. Supo enseguida que debía seguirle el ritmo y desviar la conversación.

—Voy a preparar un *crumble* de manzana como los hacía mi abuela materna —les avisó. Necesitaba distracción extra.

Concentrada en la tarea, se olvidó de Yago, eso buscaba, y hasta imaginó una escena para su libro entre huevos y harina, una de reconciliación. Su parejita inventada se amaría, a pesar de las vicisitudes que les haría vivir, con algún que otro asesinato y enredos varios de por medio. Eso era un hecho que no discutía ni siquiera con ella misma: su novela sería un *thriller* romántico o un romance policial, ya estudiaría las diferencias que le había explicado la agente literaria, no obstante, el romance estaría presente. La carga erótica era una solicitud de su amiga y a pesar de que no creía que se le diese bien, no le disgustaba ese condimento para marear al lector y distraerlo un poco de lo malo que tenía pensado para los personajes.

El contraste con la realidad era que «su» oficial de policía ficticio era bueno y cariñoso, no un mentiroso, altanero y que parecía un lobo, el alfa de la manada para ser más exactos.

No se había olvidado de Yago después de todo.

—Grrr —gruñó al recordar su nombre y chasqueó la lengua, renegando con ella misma antes de gritar—: ¡A tomar el té!

Emplató una porción para cada uno y agregó un poco de crema inglesa caliente. Puso la tetera delante de los comensales y sonrió. Estaba emocionada por compartir ese postre con ellos, ya que le traía bonitos recuerdos de su niñez. Al verlos llevarse un trozo a la boca, los imitó, contenta de tenerlos a su lado.

Martín fue el primero en mirarla con recelo.

Lana abandonó su cubierto sobre el plato fijando sus ojos en los de ella, con seriedad.

—¿Llegará el día en el que a tus recetas no les falte un ingrediente, Cloe? —le preguntó.

Ella, desafiante, masticó su bocado. Estaba segura de haberlo hecho bien… pero sin azúcar. Sus papilas gustativas se lo hicieron saber.

—Mmm, creo que tenemos unas galletas ricas en la alacena —murmuró.

La carcajada de sus amigos no se hizo esperar.

El divertido momento la distrajo lo suficiente. Yago había desaparecido de su cabeza, también lo habían hecho sus pectorales y demás músculos, además del comentario que este había dejado caer sobre renunciar a partir del día siguiente.

Capítulo 29

Cloe entrecerró los ojos y apretó los labios. Esa era su cara de enfado mejor lograda y se la estaba dedicando a su padre, el hombre al que consideraba el más bueno del mundo, aun así, no le dejaría pasar lo que había hecho.

—Puedo explicarlo —dijo el susodicho, encogiéndose de hombros.

Sabía que ese día llegaría, porque su hija no era tonta.

—Cloe, hija, todo lo que hacemos es por tu bien —sumó Kathy.

—Eso es una excusa, mamá. Me lo prometieron.

—Es cierto. No cumplimos nuestra promesa, lo siento.

—Pero… es que… no pue… ¡Ay, cómo odio que te victimices, papá! —exclamó Cloe, zapateando en el lugar por la impotencia que le daba—. ¡No puedo enojarme contigo y me molesta!

—No me victimizo, reconozco mi error. Igual te digo que no me arrepiento, ni me disculparé —agregó el hombre, elevando el mentón con altanería, como lo hacía frente a sus empleados o socios.

—Entonces, yo no te perdonaré. Ni a ti, madre —teatralizó Cloe, enfurruñada y girando sobre su eje para alejarse de ellos.

Cuando estuvo lejos, ambos progenitores se miraron con gesto preocupado.

—¿Sabes que un día tendremos que contarle la verdad, Eloy?

—Lo sé, cariño, y espero que enterarse de que estuvo a punto de ser secuestrada no sea una noticia demasiado pesada para cargar sobre sus hombros.

Cloe caminaba por las paredes. Haber hablado con sus padres no la había convencido, no obstante, creía que había dominado la conversación. No estaba segura. En realidad, sabía que su padre la manipulaba como quería y ella a él, era el tipo de relación que tenían. Quería enfadarse de verdad, pero no podía. A la distancia, sí; frente a ellos, era imposible.

La respuesta que había recibido la había dejado sin palabras.

Lo que la jovencita desconocía era que Eloy Villar era inteligente y no luchaba batallas perdidas. Prefería reconocer su falta antes de que ella se enterase de lo que él quería ocultarle, por su bien. Kathy y él habían padecido tanto pánico y habían estado tan pendiente de todo los que los rodeaba y los posibles peligros, que hasta se habían olvidado de vivir por un tiempo, dedicándose de lleno a acompañar a Cloe y hacerla la niña más feliz del mundo. Una niña que ignorara la maldad humana. A ninguno de los dos les importaba pagar las consecuencias de ello si lograban su cometido.

A pesar de sentirse un poco confundida y de mal humor, Cloe intentaba seguir con su día. Los gemelos habían vuelto a cancelar la clase y con ese tiempo libre, había intentado concentrarse en la escritura. Fue en vano.

Estaba muy ansiosa y no podía dejar de pensar, y meter la pata. Temía por su integridad física. La experiencia le decía que con ese estado de ánimo todo podía suceder… le, eso mismo,

«sucederle». Por eso, se había recostado sobre la cama, con su portátil, donde leía blogs que hablaban de escritura.

Pretendió hacerse un té. Puso la taza y una cuchara dentro del microondas. Nada más ponerlo en funcionamiento, se sucedieron un montón de ruidos y luces de variada intensidad. No sabía si lo había roto después de tanto destello y explosiones con los que se había quejado el pobre. Prefirió apagarlo y no volver a abrirlo ni siquiera para sacar la taza y la cuchara. Supo de inmediato que ese era el motivo de semejante bullicio: la cuchara. Su mente no estaba como para recordar semejante nimiedad, se dijo en silencio, convenciéndose de que tenía la razón.

Más tarde, pensó que lavar la ropa del viaje podría ser una buena idea, y lo fue, hasta que vio que todas las prendas se habían teñido de azul, por culpa de un maldito calcetín atrevido y colado, que ella misma juraba que había separado del resto de los colores. Pero como los calcetines iban de a pares…

Escuchó las llaves y el sonido de la puerta al cerrarse. Lana había llegado por fin. Corrió hacia ella, porque necesitaba corroborar un dato. Patinó, por supuesto, iba sin zapatos y llevaba medias en un piso liso, limpio y encerado. Cayó al suelo de manera aparatosa y quejándose con exabruptos pronunciados en inglés.

—Gracias por la bienvenida —dijo Lana, entre risas y ayudándola a incorporarse.

—¿Había algún coche frente a la casa? —quiso saber, sin detenerse en saludos o explicaciones.

Mientras esperaba la respuesta, buscaba hielo para ponerse sobre el codo, pero primero abrió el horno… No, nadie supo el motivo.

—Estaba el BMW azul del vecino, ese que siempre vemos en la esquina —respondió Lana.

Cloe recapacitó un instante, se acarició el mentón y frunció el entrecejo.

—Conque del vecino, ¿eh? —murmuró, y abrió la puerta sin pensarlo dos veces.

—¡Cloe! Ponte algo en los pies.

Ignoró a Lana, hasta que las piedritas que adornaban el camino de la entrada se le clavaron en las plantas. Tomó un calzado cualquiera de los que había en la entrada y volvió a emprender su camino.

Vestía un pijama viejo de algodón y medias gruesas hasta las rodillas. El cabello estaba atado en una coleta alta y varios mechones sueltos volaban cubriéndole los ojos por momentos. El detalle eran los tacones verdes que se había puesto con el apuro.

Así, con esa pinta y una actitud de buscapleitos, Greg la vio acercarse al coche. Tragó saliva y se le formó un nudo en la garganta.

—¡Se pudrió todo! —exclamó, enderezando la espalda.

La puerta del acompañante se abrió de golpe y sonrió, no supo por qué, pero lo hizo.

—¿Tú quién eres? —preguntó Cloe, mirando en todas las direcciones.

—Gre… g Dono… van —respondió el hombre, entre titubeos.

—¿Y Yago?

El hombre negó con la cabeza.

Yago ya no trabajaba con él. Había decidido seguir en la policía. No conocía los pormenores, porque su sobrino no quiso exponerlos. Solo dijo que se sentía más cómodo en un patrullero y que no le gustaba andar escondiéndose. Greg no hacía preguntas, por eso, aceptó sin reproches las escuetas explicaciones dadas por el muchacho.

—Claro. Cobarde, mentiroso —murmuró Cloe, después del gesto silencioso y negativo del desconocido.

Luego, abandonó el coche azul, protestando por lo bajo.

Volvió sobre sus pasos y entró nuevamente, se sentó en la butaca del acompañante y miró al conductor.

Este estaba mudo, con las cejas tocándole el nacimiento del pelo y la boca rígida. Apenas respiraba y se lo notaba un poco azul, además de acalorado.

La chica era un torbellino y no le daba la posibilidad de pensar.

—¿Desde cuándo? —preguntó Cloe.

—No sé qué me está preguntando —explicó él, bastante confundido.

—Desde cuándo eres mi *colita.*

—¿Su col…?

—Guardaespaldas, hombre —explicó Cloe.

—Casi dos años, pero creo que no debo darle esta información, señorita. Me pone en un compromiso.

—Dos años. Antes hubo otro, imagino —insistió ella, sin importarle las quejas que el hombre exponía.

Greg aseveró con la cabeza. Villar cambiaba la seguridad de su hija cada dos años.

—¿Puedes ayudarme con algo, Greg? —Al escucharlo afirmar, le preguntó—: Alguna vez, ¿pasé una luz en rojo?

—Mi sobrino, Yago, dice que sí.

—¿Tu sobrino? ¿¡Yago es tu sobrino!?

Capítulo 30

Cloe bajó del coche con la furia recorriéndole las venas y entró a su casa bufando como un toro.

—¡Mentiroso! ¡Muy mentiroso! —exclamó frente a Lana, que la miraba con la boca abierta, sin entender nada.

Cloe se apiadó de ella y la puso al corriente de sus descubrimientos. Explicándole también cómo había llegado Yago a ser su guardaespaldas.

—Me dijo: «mi tío trabaja en la empresa de seguridad de tu padre». ¡Mentiroso! Su tío es mi *colita*.

—Técnicamente, no te mintió. Trabaja en la empresa de tu padre, como tu *niñero* —indicó Lana, intentando calmarla.

—Grrr. Y gruño por bronca, no por excitación —avisó Cloe, y miró la foto de Yago para insultarlo. No le salió ni una palabra—. Grrr. Ahora, por lo segundo. ¡Qué bueno está!

—¿Y esa foto?

Lana miró el móvil y allí estaba el policía, con ropa de calle, en esa postura que desprendía arrogancia, una que ponía nerviosa a su amiga.

—Le robé otra —le respondió sin remordimientos y agregó entre suspiros—: Esta pose suya es marca registrada.

Lana sonrió y se sentó a su lado. Le llamó la atención algo de la mesa baja que tenía enfrente y lo usó como distracción.

Cloe debía relajarse para poder analizar las cosas con más calma y utilizando la razón, no las emociones.

—¿Qué es esto? —quiso saber su amiga, tomando un amasijo de papel duro y desteñido.

—Uno de mis anotadores —respondió Cloe, con la vista fija en la nada.

—¿Y qué le pasó?

—No lo sé, lo encontré en el lavavajillas —respondió—. No me distraigas, Lana. ¡Es el tío! Me mintió. Otra vez.

—Escúchame, Cloe. No podía contarte que ese hombre era tu *colita*, amiga. Te dijo que era una exigencia de tu padre, su jefe. Es su trabajo.

—*Era* su trabajo. Ya no lo es —murmuró.

Parecía estar tranquilizándose.

—Debes perdonar a tus padres. A Yago también. Por esto, no por lo otro. Lo de la recepcionista no se perdona.

—¿No? Me encantaría indultarlo por todo, Lana. Pero no. No voy a hacerlo. ¡No quiero! A mis padres tampoco. No.

Lana apretó los labios y le tomó la cara con ambas manos, sonriendo con dulzura al verle los ojos brillantes y furiosos. No llegarían a ningún lado si ella no se aplacaba.

—Leí lo que me pasaste. Estoy hablando como tu lectora… ¿cómo era?

—Beta —respondió Cloe, aflojando los hombros e interesándose por la nueva conversación—. Gracias por cambiar de tema.

—De nada. ¿El policía de la novela es rubio o moreno? —indagó Lana.

—Moreno, como mi muso.

Cloe no le explicó que Yago era su muso y en él se inspiraba en cada descripción, aunque no lo había comenzado a ser desde el principio.

—Bueno, entonces en el capítulo dos, cuatro y ocho, se puso peluca o se pintó el cabello, porque me lo describes rubio.

—Ah.

Lo dicho, no lo había sido desde el principio.

—El primer muerto, el del puente, era hombre. Pero en el capítulo nueve, dices que era una mujer —corrigió Lana, con formalidad.

Estaba actuando como la lectora beta que era. Le gustaba la responsabilidad que eso conllevaba.

—Mmm.

Lana ignoró los sonidos guturales de su amiga. Revisó sus apuntes y siguió:

—El policía es un inútil, Cloe.

—¿Eh?

—Creo que la parte policial no se te da bien. Creo que dejas varios hilos sueltos, así era la jerga, ¿no? En cambio, las escenas eróticas son…, uf, eso es…, uf, cuando la pone…, uf.

—¿Te estás quedando sin aire, Lana? Uf, uf, uf —bromeó Cloe.

Ambas rieron a carcajadas y comenzaron a desmenuzar la trama del libro, mejorándolo todo lo que podían. Lo cierto era que la parte policial hacía agua por todos lados.

Las palabras de la agente literaria con quien se había reunido volvieron a su mente: « No voy a leer lo que trajiste, porque seguro que está mal escrito. Es tu primer borrador, no puedes esperar que esté de otro modo. Acábalo, pon la palabra “fin” y revisa todo una, dos, tres o cien veces».

Con ese recuerdo, se convenció de que debía seguir sin detenerse y, al final, vería.

Un poco más centrada y menos enfadada, Cloe analizó todo lo que había sucedido desde su discusión con Yago.

No creía haber actuado mal, pero sí que tenía que hablar con él. Por su culpa, había renunciado a un trabajo y no le parecía justo.

Dejaría de lado lo otro, lo que le dolía. Si a él le gustaba jugar así con las personas, ella no podía evitarlo. De lo que estaba segura era de no permitirle que lo hiciera con ella otra vez. ¿No? ¿Estaba segura de eso?

La respuesta era: más o menos, y dependía del momento. El «no» rotundo se daba si estaba contemplando su foto. Ese no era el instante ideal para preguntarle por Yago, porque quedaba embobada y se ponía sentimental.

Llegó a la estación de policía más rápido de lo pensado. Sabía que Greg la seguía, por eso, al bajar del coche, miró hacia atrás, elevó la mano para saludar y hacerle un gesto de que estaba todo bien.

El hombre asintió, ¿qué más podía hacer?

En el mostrador de la entrada se encontraba el mismo agente que amenazaba con lanzar los botones del uniforme en cada respiración o movimiento.

—Dejame a mí —murmuró Yago, apareciendo de golpe. El hombre asintió y se alejó—. ¿Vienes por una denuncia nueva?

—Sí. Esta es verdadera —respondió Cloe—. Me sigue un coche azul, tengo la matrícula y el

nombre del conductor. Es un tal Greg Donovan, ¿lo conoces?

—Vamos a tomar un café —indicó Yago.

Caminaron en silencio y al llegar, tomaron asiento en la primera mesa que tuvieron a mano.

—Siento que te hayas enterado por mí de todo esto y que mi tío sea tu guardaespaldas secreto.

—Otra mentira, Yago —murmuró ella apretando los dientes.

—Es un trabajo ingrato, ¿sabes? Se oculta mucho en nombre de hacer el bien, de cuidar y proteger. Era mi deber, y es el de mi tío. Te guste o no. No pediré disculpas por eso —le explicó sin mirarla a los ojos.

Prefería no hacerlo para no tentarse. Tenía tantas cosas que decirle y preguntarle… no lo haría. Ya estaba fuera de su vida.

Elevó la mano para hacerle saber a la camarera que querían dos cafés.

—¿Debo perdonar a mis padres? —le preguntó Cloe, con la voz teñida de angustia y notoriamente reflexiva.

Yago sintió un apretón en el pecho que le impidió inspirar profundo. Le tomó la mano y se la acarició.

—Princesita, tus padres quieren lo mejor para ti y eso incluye tu seguridad. ¿Puedes culparlos por ello?

—Hace años tuvimos una conversación y prometieron no ponerme escolta. Me mintieron. Odio que me mientan, Yago.

—Deja de utilizar esa palabra. Piensa, mejor, en que te lo ocultaron. Hay un lado bueno en todo esto.

—No fue conocerte, eso seguro —bromeó ella, aunque las palabras fueron pronunciadas sin humor.

—Eso ha sido un golpe bajo. A mí me ha gustado conocerte —aseguró él.

Lo dijo tan sinceramente como pudo, aunque disimulando la ilusión que había sentido por momentos y que debía refrenar después de lo sucedido en aquella habitación de hotel.

Cloe bajó la mirada y alejó la mano de su contacto. No estaba tan necesitada de él como para olvidar. Le decía cosas como esas y, aun así, la abandonaba desnuda en la cama para quitarle la ropa a otra en un abrir y cerrar de ojos.

Yago sintió el gesto como un rechazo, otro más. Aquella pequeñísima ilusión que se había hecho, desestimando todas y cada una de sus diferencias y posibles impedimentos, se transformó en una fantasía irrealizable con las palabras que acababa de escuchar.

—En fin… Ya me tienes fuera de tu vida —le dijo.

—Eso no me gusta —murmuró ella llevándose la taza de café, que recién habían puesto en la mesa, a los labios.

Yago la ignoró.

No la entendía. Primero lo provocaba, lo aceptaba en su cama y al otro día, lo destrataba. Aparecía de la nada, le echaba en cara que hubiese preferido no conocerlo y murmuraba que no lo quería fuera de su vida segundos después. ¡Lo volvía loco con sus idas y vueltas! Prefirió pensar en su actitud como caprichosa, como si se tratase de una niñata engreída y aburrida.

—¿Te gusta tu trabajo? —le preguntó Cloe, solo por no mantenerse en un silencio incómodo.

—No me quejo —respondió él.

—Siento mucho que tuvieses que…

—No tienes por qué —señaló él, interrumpiéndola y acabando su café. No tenía ganas de

conversar con ella como si nada hubiese pasado—. Tengo que volver. ¿Necesitas algo más?

Cloe negó y lo vio ponerse en pie. Observarlo así vestido le daba dolor de cabeza, porque esta se ponía a imaginar, recordar, armar estrategias para no perderlo y ella tenía que intentar retener el…

—Grrr —gruñó a verlo partir.

No, no pudo retenerlo.

Todo eso que había debajo de la tela oscura era impresionante, ella lo sabía y no se había dado el tiempo suficiente para disfrutarlo. Le había parecido poco el de aquella lejana noche, demasiado poco.

Tomó su anotador negro del bolso y se puso a divagar en él: «La mirada del policía es una delicia. El "llegar y partir" es un verdadero placer para la vista y la manera tan hosca de conversar se le hace irritante, aunque de una interesante manera. El cuerpo entero de la mujer se pone en alerta ante la presencia de ese hombre con piel de cordero y alma de bestia».

—Qué exagerada andas con tus neuronas *escritoriles,* Cloe. ¡Te pasas!

Levantó la vista. Él ya no estaba allí.

Desganada, abandonó la cafetería y una vez fuera, miró hacia el edificio policial. Vio a Yago conversando con un compañero y suspiró.

Caminar hasta su coche implicaba pasar por su lado.

Antes de llegar a él, Yago volvió a quedar solo.

—Me siento acosado —bromeó al verla.

—Mi coche está ahí —explicó ella con una sonrisa preciosa en los labios. El muchacho no pudo evitar quedarse prendado de ella—. ¿Me ayudarás a escribir el libro?

Cloe rio al ver la ceja elevada en el maravilloso rostro masculino. No quiso que su pregunta sonase a broma, pero parecía que para él sonaba siempre así. Tendría que pensar la manera de mejorar sus escenas policíacas y de investigación.

—¿Me pones en contacto con un asesino y un detective de homicidio? —preguntó como última opción.

—Estoy ocupado, princesita, y eso no pasará.

—Mmm, bueno. Entonces… —lo repasó de arriba abajo, se mordió el labio y agregó—: Te voy a tomar una foto para investigar los artilugios que llevas colgados por todos lados.

Fue una información, no una pregunta. Apuntó con el móvil al cuerpo de Yago y retuvo el aliento observándolo.

Él, incrédulo, abrió las piernas y cruzó los brazos, como siempre hacía. Tenía esa pose demasiado internalizada.

—Esa ya la tengo —explicó Cloe, y cerró los ojos.

Se le había escapado.

—Conservas mi foto, princesita. ¿Eso significa algo?

—Sí, que tengo pruebas ante un juicio por calumnias. Voy a descubrir que no pasé en rojo y nos veremos en la corte —argumentó sonriendo, y mintiendo.

No podía contarle que le había robado otra mientras no la veía, tampoco que había borrado la mejor de las fotos que le había tomado por estar devorándola con la vista mientras babeaba por su inmejorable aspecto.

—Pasaste en rojo, te lo aseguro, y recuerda lo del lunar y tu…

Ambos hicieron silencio y se pusieron serios de golpe.

No querían hablar de sus culos, no.

Cloe se retrotraería de manera inconsciente a la necesidad de verle el trasero blanco y

comparar la diferencia de tonalidad con respecto a la espalda y Yago, a la estupidez de haber olvidado el bonito punto marrón que la chica tenía dibujado bajo la nalga derecha. Le hubiese encantado verlo más de cerca y hasta morderlo para lamerlo después.

—Me voy —anunció Cloe, incómoda ante la mirada de Yago y la necesidad de gruñir.

—Sí, claro —murmuró él, aturdido por sus deseos silenciados y el miedo a decir cualquier tontería.

Capítulo 31

Cloe se alejó y miró con orgullo su nueva herramienta de trabajo.

Estaba cansada de perder los *Post-its* y anotaciones, por eso, se había comprado una pizarra. Si quería que «su» policía, el protagonista del libro, fuese uno de los buenos, actuaría como él. Comenzaría por la pizarra, porque la pared de su dormitorio estaba recién pintada y no quería estropearla con agujeritos y cintas adhesivas como hacían en las películas.

—No pega con la decoración —mencionó Lana.

—¡Claro que sí! Es rosa, después le colgaré unas lucecitas y algún pompón —explicó antes de agregar—: ¿Me acompañarás?

—No es de homicidios y lo sabes —planteó Lana.

—Es policía, punto. Servirá. Y no, ya te dije que no lo hago por ser Yago, lo hago por pura necesidad *escritoril* y mi nula capacidad de atar cabos —aseguró Cloe con la espalda recta y el rostro serio.

Lana afirmó con la cabeza, muda. No discutiría tal tontería. De nada serviría tampoco para su propósito. No tenía lógica la idea de Cloe, pero era inútil debatirle algo cuando se ponía tan testaruda.

Cloe tenía todo pensado, hasta la forma de perderse entre el tránsito y dejar a Greg esperando. Se convertiría en seguidora, en la *colita* de Yago, y no para cuidarlo, sino para obtener la información, documentación e inspiración que él le había negado más de una vez.

Alquiló un coche pequeño y lo puso en un espacio libre del estacionamiento del edificio de los papás de Lana. Allí, cambiaría el suyo por ese y Greg no se daría cuenta, porque dejaría hasta el reloj inteligente y apagaría la aplicación del teléfono para que no la rastreasen. No sería la primera vez que pasara la tarde allí, aunque sí, la primera en escabullirse sin ser vista.

Siguió todos los pasos al pie de la letra y su plan no falló. Llegó a la entrada del edificio policial a la hora calculada y esperó. Nada más ver a Yago subirse a un patrullero, su adrenalina se disparó.

—Ahí lo tienes —dijo Lana.

—Como para no verlo —señaló entre suspiros—. Ya sabía yo que hay mucha delincuencia, pero que sea un agente de la ley quien me haya robado el corazón no me lo esperaba y no, no estamos aquí por él, ¿entendido?

—La octava vez no lo entendí. ¿me lo vuelves a explicar? —bromeó Lana, recibiendo un golpe en el brazo.

Comenzaron a seguir a Yago en silencio, hasta que se aburrieron de que nada pasara. Entonces, colocaron la música a todo volumen y cantaron a viva voz para distraerse.

—¡Puso la sirena! —gritó Cloe, y apretó el acelerador para mantener la distancia con el patrullero.

—Ay, madre mía, esto ya me parece peligroso —susurró Lana, persignándose varias veces seguidas.

Yago detuvo el coche en un negocio de bisutería y bajó casi corriendo.

—Voy a ver —anunció Cloe.

—Voy contigo —agregó Lana.

Se asomaron por la marquesina, sin ser vistas. El muchacho estaba hablando con la encargada del local, quien señalaba a una jovencita distraída saliendo del local. Las dos chicas se escondieron y no pudieron escuchar el argumento de la mujer, pero vieron al policía seguir a la señorita que abandonó el lugar.

—Creo que llevas algo que no has pagado —le dijo él, al acercarse.

Cloe y Lana se miraron y volvieron a cubrirse detrás del cartel que les servía de escondite.

—¿Yo? No —sentenció la chica, y levantó la bolsa con los artículos comprados—. Puedes revis… ¡Oh!

Se interrumpió al ver unas pequeñas etiquetas en las pulseras que decoraban su muñeca.

—Sip, creo que esas y el anillo que tienes ahí no son tuyos —indicó Yago—. Si me acompañas a devolverlos, haremos de cuenta que no pasó nada y puedes seguir con tu día.

—¡Qué vergüenza! Me los probé y ahí los olvidé. No voy a devolverlos, los pagaré —contó la mujer mientras caminaba de regreso al negocio.

—Es normal, ¡¿quién no se olvida cosas?! —lanzó Cloe en un murmullo que solo escuchaba su amiga.

—Yo y el resto de la humanidad, menos tú y esa chica, creo —respondió Lana.

Yago salió sonriendo con la desconocida y Cloe apretó la mandíbula.

—Ya te digo que la culpa de ese babeo son las neuronas eróticas que él emana por algún lado.

—Fue simpático y le está agradeciendo —aclaró Lana.

—¿Simpático, dices? No tiene de eso —sentenció Cloe, volviendo al coche.

Una hora más tarde y discutiendo si abandonar la actividad por el día o no, vivieron la experiencia más horrible de sus vidas adultas: un coche atravesó la intersección que tenían delante a toda velocidad, colisionando con fuerza contra un vehículo familiar.

Yago detuvo el patrullero en medio de la calle y salió disparado hasta la camioneta abollada, que ya echaba humo.

Cloe lo copió, hasta en el detalle de la puerta abierta. No era su intención, pero lo hizo.

—Cloe, ¡ven aquí! —gritó Lana, siguiéndola a toda velocidad.

Los coches de su alrededor se detenían o esquivaban.

Mucha gente fisgoneaba manteniéndose inmóvil y estorbando a Yago, que lo único que quería era alejar a los accidentados del lugar, por si el coche se incendiaba. Había bastante humo.

Torció la cabeza y apretó el botón de su radio, la que llevaba enganchada a la altura del hombro izquierdo.

—Necesito refuerzos. Envía dos ambulancias a…

Cloe, al ver que Yago se acercaba a un automóvil, después de haber solicitado ayuda por la radio, se dirigió al otro, para ver si alguien requería auxilio.

Lo que vio la dejó atónita.

—¡Ay, no! —se alarmó Lana chocándole la espalda, por haberse detenido abruptamente—. Alejémonos.

—Su mano, ¿puede moverla? —preguntó Yago, lidiando con una anciana.

—Me duele el pecho —balbuceó la mujer.

—No se mueva, ya viene la ambulancia —le avisó, y agregó—: Quien pueda moverse, salga del coche.

Dos de los integrantes del grupo, lo hicieron. Otros dos quedaron dentro.

—Yago —murmuró Cloe.

—Pero qué… ¡vete de aquí! Es peligroso, princesita —le rogó, mirándola con ternura—. Vete.

Cloe negó con la cabeza y se acercó a él para hablarle al oído.

Más allá sonaban las sirenas de los bomberos y la ambulancia. Un par de agentes estaban acercándose a la carrera y otros manteniendo en control a la muchedumbre.

—El hombre del otro coche tiene un arma en la mano —expuso Cloe.

Capítulo 32

Yago la miró a los ojos al escucharla. No lo dudó, le puso el brazo en el pecho y la guió hacia atrás, protegiéndola con su cuerpo. No podía creer que la chica estuviese ahí, exponiéndose.

—¡Vete! ¿Dónde está mi tío? —le preguntó moviéndose con cautela.

—Ehhh…, mmmm —balbuceó Cloe.

Yago la ignoró. Por más que quisiera protegerla, abrazarla, sacarla de ahí y ponerla a salvo, no podía.

Tuvo que concentrarse demasiado para desestimar la presencia de la chica que lo tenía pensándola día y noche.

Habló por la radio, murmuró un par de códigos y tomó el arma de la cartuchera. Apuntó al vehículo que había originado el accidente con ambas manos. Flexionó las rodillas y comenzó a dar pasos seguros, lentos y largos.

—Me voy a desmayar, por favor, despiértame enseguida que no quiero perderme nada —rogó Cloe, dirigiéndose en voz baja a Lana.

Yago le parecía una alucinación divina, el actor principal de una escena sacada de las mejores películas de policías en acción. La que ella había imaginado era triple x, no porque estuviesen desnudos o practicando sexo obsceno, sino por el efecto que tenía en su cuerpo.

—Vete, por favor —volvió a rogar él al verla por el costado del ojo— ¡Llévatela!

El grito asustó a Lana, porque estuvo dirigido a su persona y acompañado de una mirada preocupada y sombría.

—Vamos —rogó esta, tomando el brazo de su amiga.

—Grrr —respondió Cloe.

Tenía la adrenalina a tope, además de la culpa de sentirse absolutamente atraída por la figura de Yago en esa posición, mostrando seguridad, valentía y responsabilidad por el deber. Todo en él exudaba «algo» que le provocaba cosas, muchas cosas, todas incómodas y bonitas, además de calurosas y prohibidas para menores de edad.

—¡Tira el arma y levanta las manos! —ordenó Yago.

—Grrr —volvió a gruñir Cloe, que se mantenía cerca de él, casi pegada a su espalda.

Yago la escuchó. Creía que se había alejado. Maldijo entre dientes al descubrir que no era así.

—¿¡Qué mierda haces aquí, princesa!? —preguntó con irritación.

—Mirarte —susurró ella—. No, digo, seguirte.

Recibió una rápida ojeada y lo vio negar con la cabeza.

—Sal con las manos en alto —repitió Yago al hombre que había tirado el arma por la ventana rota del coche destartalado—. Lento. Las manos donde pueda verlas. Hey, hey, ¡no corras!

Ante el segundo grito de Yago, las chicas se estremecieron y detuvieron todo movimiento.

—Grrr.

Cloe tuvo que morderse la lengua para no repetir una y otra vez el sonido.

Lo vieron correr a gran velocidad y lanzarse sobre el hombre que quería escapar. Luchó con él hasta que logró ponerle las esposas y otro oficial se acercó para llevarse al detenido.

La escena se llenó de policías, bomberos y paramédicos. En medio de todo ese bullicio, estaban Cloe y Lana, con la boca abierta y el corazón a mil palpitaciones por minuto, apretándose las manos una con la otra.

—Vengan conmigo —ordenó Yago, y las tomó del brazo, una a cada lado de su cuerpo rígido—. ¿Quién me explica?

—Ella —indicó Lana.

Yago le clavó la mirada con la ceja elevada y los brazos cruzados a Cloe, nunca dudó que esa sería la respuesta. ¿Qué otra persona podía ser tan temeraria e insensata?

—Grrr. No hagas eso. Grrr —le pidió entre sollozos y gruñidos.

Cloe tenía la piel de gallina. Esa pose, la maldita ceja, los labios apretados, todo él le alertaba el cuerpo.

Apenas si podía contenerse.

Lo único que quería era tirarse a sus brazos.

Y lo hizo.

—Bueno, ya, tranquila. Shhh, ya pasó —murmuró Yago, abrazándola fuerte contra su pecho y acariciándole la cabeza. Él creía que ella estaba asustada, en *shock* o algo parecido.

—Hueles rico —susurró Cloe, segundos después.

Por fin se sentía plena, contenida, y el alboroto emocional que le descontrolaba las ideas se aplacaba.

Yago le apartó la cara con ambas manos y la miró sonriendo, aunque todavía preocupado. Tomó el móvil y marcó a su tío.

—¿Dónde estás?

—En la puerta del edificio donde viven los padres de Lana, la amiga de Cloe —respondió Greg del otro lado de la línea.

Los tres se miraron al escucharlo. Yago había puesto el altavoz.

—Solo quería decirte que voy a cenar a tu casa hoy —argumentó para disimular.

—Llama a tu tía, que es quien cocina —señaló Greg.

—Eso haré. Hablamos luego —cortó, y miró a las mujeres—. ¿Quién me explica?

Lana echó un vistazo a Cloe y Cloe le devolvió el gesto.

Permanecieron en silencio.

—Bien, las llevaré detenidas por obstruir a la policía —inventó Yago.

—Ella quería seguirte para obtener inspiración para su libro, porque no se le da bien la parte policial de la historia —explicó Lana a toda velocidad.

Sabía que el chico no lo había dicho de verdad, pero quería irse a su casa y tomarse un té, calmar la angustia y sentarse, porque le temblaban las rodillas.

—Con amigas así, ¿quién necesita enemigos?

Cloe balbuceó la frase girando sobre sus pies y alejándose del lugar.

Yago sonrió por fin. La veía bien, todo había acabado y estaba a salvo.

—Si vas directa a tu casa, no le diré nada a mi tío. Pero me debes la explicación de cómo te le escabulliste.

Cloe negó con la cabeza.

No se lo contaría jamás.

—Cloe, si tienes escolta, por algo es. No seas chiquilina.

La muchacha giró con una carga de enfado importante en la mirada. Nunca había

recapacitado en eso. Para que tuviese guardaespaldas, debía haber un motivo.

—No soy chiquilina y te cambio info por info —expuso.

Yago elevó otra vez la ceja y negó.

—Habla con tus padres, princesita. Y no te metas más en líos.

—Ayúdame a escribir el libro y no lo haré.

El policía se puso las manos en la cadera, bajó la cabeza con gesto abatido y se mordió el labio inferior. Estaba a punto de caer en la tentación de usar esa insistente solicitud como un pretexto: podría verla seguido si aceptaba. Los días enteros sin saber de ella, imaginándola, lo hacían pasar horas acalorado y recordando aquella vez con sabor a poco que habían vivido. Ella lo tenía en vela cada noche y no era grato reconocerlo, sin embargo, así era. Pero, sobre todo, debía averiguar qué métodos empleaba para dejar atrás al sabueso de su tío. Tomó esta última revelación como la excusa perfecta para decir:

—Está bien.

Cloe lo miró, dirigió la vista a Lana, que tenía la boca abierta, y la volvió otra vez a Yago.

—Prefiero eso a verte en peligro —agregó el oficial.

La chica sonrió, movió la cabeza a modo de agradecimiento y se alejó a paso lento.

—Cloe… —murmuró Lana. Tanta calma le parecía rara, demasiado rara—. Cloe, háblame.

En vez de hacerlo, comenzó a saltar, girar y zapatear feliz. Hasta que estuvo cerca de la ambulancia y vio a la señora accidentada con la mascarilla del respirador en la cara. Se sentía culpable por estar feliz y expresar dicha emoción frente a la señora que, claramente, no lo estaba.

—¿Está bien? —le preguntó.

—Todos lo estamos, sí, gracias por preguntar.

Capítulo 33

Cloe se secó las lágrimas y se dejó mimar por Mina. Con sus padres lo había hecho también, pero no había bastado.

Se sentía culpable y malagradecida.

—Cloe, linda, no lo sabías —susurró la mujer.

—Debí suponerlo, Mina.

—No tenías por qué y lo ocultaron bien, nunca quisieron preocuparte. A tus padres les costó mucho olvidarse de todo. Tenían miedo de cada persona que te miraba o se te acercaba. Fue horrible. Apenas confiaban en la gente.

Cloe había increpado a los Villar otra vez. Exigió conocer los motivos por los que llevaba custodia las veinticuatro horas, los siete días de la semana. Lo había comprobado. El coche azul se mantenía en posición y alerta siempre, incluso si daba clases, y la seguían hasta cuando iba al supermercado.

—Confiaron en ti y me alegro por eso —mencionó Cloe emocionada.

Lana afirmó con la cabeza. También apreciaba mucho a la mujer.

—Te vi nacer, Cloe. Te cuidé como si fueses mi hija. Tu madre sabe que te adoro y me permitió estar a tu lado.

—Les pedí perdón —agregó Cloe—. Lo creí necesario. Mi hombrecito bueno lloró conmigo y se me partió el corazón al verlo con lágrimas en los ojos. Él que es tan serio y altivo. Mi madre no quería soltarme cuando la abracé.

Cloe inspiró profundo y dejó escapar el aire con lentitud y control. No había sido grato enterarse de que había sido víctima de un posible secuestro siendo apenas una niña. No lo recordaba y, por suerte para ella, saberlo no le afectaba, aunque sí a sus padres. Ella vivía la novedad como si le hubiese pasado a otra persona. Supo que descubrieron quién lo hizo y los motivos. Lamentaba ponerse al corriente de que había gente que se volvía demasiado mala a causa del dinero.

Les prometió a los Villar que si, alguna vez, la noticia le pesaba o comenzaba a tener miedos, dudas o algún tipo de consecuencias emocionales, se lo contaría y lo solucionarían con los profesionales adecuados. No creía que eso sucediese. Esperaba que no.

Sus padres le explicaron que para ellos fue demasiado saber que alguien que deambulaba libre por las calles podía hacerle daño. No importó que lo apresaran, el terror estaba arraigado en sus mentes y por las emociones vividas, prefirieron ocultárselo a ella. No querían que sintiese nada, ni siquiera parecido, a lo que ellos tuvieron que sobrellevar.

—Lo bueno es que ya lo sabes todo y Greg no padecerá su trabajo —agregó Lana, tratando de recomponer el ambiente.

Ya habían llorado lo suficiente y no quería ver triste a su amiga. La noticia también la había dejado temblando a ella.

—Le voy a preparar unas galletas a Greg—aseguró Cloe.

—¡No! —gritó Lana.

—¡No! —exclamó Mina—. Yo las preparo. No te preocupes.

El pobre hombre debía permanecer en buenas condiciones de salud. No querían que Cloe lo indigestase con una galleta con algún ingrediente innecesario, o la falta de quién sabe cuál de ellos.

Dos horas más tarde, después de su clase de las tres y media, recibió el mensaje de Yago. La citaba en la biblioteca.

Hacía una semana que no lo veía. Argumentó haber tenido mucho trabajo con lo ocurrido aquella tarde. Entre los informes y las investigaciones del caso se le habían pasado los días.

Cloe observó las anotaciones, el trazado de líneas rojas de hilos de tejer que le había conseguido Mina y sonrió.

La sonrisa se transformó en carcajada.

—Tienes razón, Lana, ¡no se entiende nada! —gritó entre risas.

Su amiga estaba en la sala, estudiando y rio con ella.

—¡Te lo dije! —gritó desde allí.

Cloe había querido copiar las investigaciones de homicidios como las que veía en las películas o series televisivas. No lo había conseguido. Su libro se desviaba cada vez más hacia el romance, porque se le hacía más fácil, y la parte policial hacía agua, en realidad, la aclaración de los crímenes era lo problemático. Algo en su interior le decía que no lo estaba haciendo bien, que debía volver a la idea original y no desviarse por derroteros sentimentales. Eran sus dedos los que mandaban a la hora de ponerse a escribir y tipeaban cosas que no recordaba haber pensado. Como el aberrante asesinato de la última página escrita. ¡¿En qué cabeza sanguinaria puede caber semejante aberración?!

En la suya.

Imaginar la escena le ponía los pelos de punta. Tenía una mente maligna de lo más preocupante. También había un sector romántico y empalagoso, además de pervertido y cargado de lujuria dentro de su cabecita cubierta por bucles oscuros.

Las cosas que descubría sobre sí misma, página tras página, eran alarmantes.

Volvió a repasar las líneas. Decidió que le sacaría una foto al tablero para mostrarle a Yago, él podría ayudarla a esclarecer sus ideas. En algún lado de su mente estaba la información, solo necesitaba razonar los homicidios con alguien entendido, debatirlos y desarmarlos para encontrar las pistas adecuadas y describirlas, como si fuesen las migas de pan a seguir por el lector. Todo ese laberinto de intriga que imaginaba estaría enredado entre el amor y la pasión de los protagonistas. Más tarde, en el clímax de la novela, el detective descubriría que se había estado acostando con la asesina que estaba buscando e investigando junto a ella al homicida de las cinco víctimas que se habían acumulado en la morgue judicial. Lo de sus protagonistas juntos al final del libro, estaba peligrando. A pesar de haberse prometido lo contrario no veía ninguna forma de mantener juntos al policía bueno y a la depravada asesina.

Lo que llevaba escrito le convencía bastante, aunque tenía que corregir muchos detalles.

Sentía la cabeza a nada de explotar.

Apuntó con el artilugio que tenía en la mano y quiso sacar la foto. Lo miró con desconcierto y se dio cuenta de que lo había intentado con el mando a distancia del televisor. Su móvil estaba en la mesa de noche. Se hizo con él y fotografió el tablero a las apuradas, para no llegar tarde.

—Me voy —anunció.

—Llaves, móvil, zapatos, bolso.

—Tengo todo —notificó, acercándose a la puerta de salida.

—Menos el pantalón —murmuró Lana.

Quince minutos más tarde, conducía rumbo a la biblioteca.

Capítulo 34

Tomó asiento en una mesa apartada, en el sector donde sí se podía conversar. Le había dado las indicaciones a Yago.

Estaba leyendo varios libros sobre asesinos en serie y apuntando ideas cuando lo escuchó entrar, en realidad, oyó la puerta cerrarse y unos pasos sobre el piso de madera. Lo observó en silencio y se mordió el labio inferior. Ese hombre era sigiloso como un felino y se movía con la misma elegancia.

Yago se acomodó en el primer lugar que encontró libre. No buscó a Cloe con la mirada. Pensó que, llegando temprano, ella no estaría allí todavía.

Para matar el tiempo de espera y no dejarse vencer por la ansiedad de volver a verla, se dispuso a limpiar sus lentes de sol con el bajo de su camiseta.

—Ya estoy aquí, qué más deseas —bromeó Cloe, sentándose a su lado.

Yago se sobresaltó y, con la mismísima ceja elevada, sin levantar la cabeza, solo la mirada, hizo un sonido gutural a modo de pregunta.

—¡Madre mía, tengo que explicarlo todo! Me estabas pidiendo como deseo ante tanto frotamiento, ¿no? Frotabas el cristal... Aparezco como el genio… el de la lámpara. Ese que al frotarla… —balbuceó ella, tomando asiento a su lado.

—Ya entendí, Cloe. Gracias por explicarlo. Aunque reconoce que es malísimo.

El chico prefirió actuar con indiferencia, aunque le encantaba ver a la Cloe divertida y, por momentos, insensata de siempre. Bueno, como siempre hasta que tuvieron la tonta pero encantadora idea de retozar juntos y desnudos en la cama

—Antipático —susurró Cloe.

Ella odiaba que él volviese a ser el mismo. No veía el escudo invisible que Yago ponía entre ellos. Él sabía cómo representar el papel a la perfección.

—Entonces… —comenzó a decir el policía, silenciándose luego.

Así había dado a entender que le preguntase lo que fuera.

Había llegado ahí con la firme idea de hablar con ella y proponerle… algo, lo que fuese capaz de proponerle dependiendo de las actitudes y respuestas de Cloe. Por su mente divagaron varias opciones. Lo cierto era que ninguna lo convencía del todo. Ella lo confundía tanto que no tenía idea de cómo avanzar, por eso, siempre se encontraba retrocediendo. Como lo hacía en ese instante, frente a una mujer indiferente a su presencia, chistosa como cuando lo aborrecía por ser tan borde con ella y atractiva como los mil demonios. Tal actitud, lo hizo replantearse todas las opciones analizadas y descartarlas con un suspiro.

Si lo que ella necesitaba era ayuda profesional, eso le daría. Después de todo, él había sido el primero en entender que juntos eran incompatibles, que sería una tontería forzarlo y no combinaban para nada.

Le alcanzaron esas palabras pensadas en silencio para convencerse. De momento.

Cloe inspiró profundo y desistió de ser simpática con él, acomodó las neuronas que se distraían al tenerlo cerca y abrió la tapa del portátil, además de la galería de fotos de su móvil.

Veintitrés minutos después, Cloe fruncía el ceño y despotricaba, imitándole la voz:

—«Eso corresponde a balística. Esto se descubre en la autopsia. Si haces eso, estás infringiendo la ley. Me suspenderían si actúo así. No está permitido hacerlo. El juez es quien dice si se puede o no. No es el protocolo». ¿¡Me puedes decir qué hace un policía, entonces!?

—Te lo advertí desde el comienzo. No soy de homicidios. Cada trabajo tiene un profesional para efectuarlo con conocimiento y sí, tenemos muchos protocolos. También los odio —le explicó él.

—Ya veo… —gimoteó Cloe.

—No te desanimes. Si no escribes enfatizando en detalles específicos, no está mal lo que llevas escrito. Solo debes modificar lo que te fui corrigiendo como errores y listo, lo tienes. Solo vigila las pistas que dejas, que no sean tan obvias —la motivó Yago.

Cloe sonrió y clavó su mirada en la de él.

Yago suspiró al ver esos ojos tan bonitos dirigidos hacia su persona. ¡La tenía tan cerca!

Ella se mordió el labio inferior para no comenzar con su verborragia habitual. Le encantaría decirle millones de piropos.

—Creo que ya está, entonces. Supongo que lo tengo todo. Ya sé cómo descubrir a la asesina, tu aporte fue invaluable.

—Lo sé —dijo Yago, sonriendo.

Capítulo 35

Ambos se miraron otra vez. No querían alejarse uno del otro. Estaban atrapados en ese instante.

—Cloe, no quisiera incomodarte, pero de verdad no lo entendí entonces, no lo hago ahora y no puedo dejar de pensar en ello. ¿Qué pasó? ¿Qué hice mal? —preguntó él, en voz baja y con mesura.

—¿Cuándo? ¿A qué te refieres? —quiso saber ella.

No comprendía lo que estaba preguntándole, porque se había distraído observándole la boca.

—La noche del hotel —respondió él.

—¡No tienes vergüenza, Yago! —exclamó Cloe.

La tregua había llegado a su fin. Se puso en pie y comenzó a ordenar sus cosas. Quería alejarse de ahí lo más rápido posible.

—Pero ¿qué dices? Tú eres la que no la tiene. Me rogaste, me provocaste, me insististe y luego me descartaste. Si eso lo hubiese hecho yo, estarías odiándome —aclaró Yago con vehemencia y furia en la mirada.

Por supuesto, que se había puesto en pie también, y le había hablado con la cara pegada a la de ella.

Estaba muy enfadado con la hipocresía de la muchachita.

—Ah, ¿no lo hiciste? ¿Estás seguro? La llamada que recibí te sirvió como excusa perfecta para encontrarte con tu próxima cita a tiempo ¿no? —espetó indignada.

—¿Qué cita? ¿Qué dices? —preguntó Yago, con el entrecejo arrugado y los dientes apretados.

—La recepcionista de bucles, esa que andaba toda elegantosa y con falda ajustadita. La que babeaba cada vez que le sonreías —satirizó Cloe, ya con el bolso colgado al hombro.

—¿¡Eh!? ¿La que vino a decirme que habías salido sin avisarme? ¿A la misma que tuve que darle una propina, dinero de mi bolsillo, por ayudarme a cuidarte porque te gusta dar problemas y salirte con la tuya? Esa no me miraba de ninguna manera. ¿O sí? —indagó con duda. No lo había notado—. No importa, no me di cuenta de si lo hacía.

—La vi salir de tu habitación —sentenció Cloe, acercando su rostro al de él.

—Porque estaba duchándome cuando me llamó por teléfono para avisarme que estabas en el *lobby* —agregó él, arrimándose un poco más.

—¿Pueden hacer silencio? ¡Están en una biblioteca! —exclamó una mujer mayor, interrumpiéndolos.

Yago tomó el codo de Cloe y la guió hasta la estantería más cercana. Le apoyó la espalda ahí y él se puso justo enfrente de ella.

—Bruto —balbuceó Cloe—. Grrr —agregó su yo interno.

—Toda esa tontería que inventaste, princesita, se llama «estoy celosa y me cabrea mucho».

Cloe negó con la cabeza y Yago afirmó.

La sonrisa pendenciera de él provocó un tsunami hormonal en ella.

—Grrr.

—Reconócelo. Estabas celosa de la chica de bucles alocados.

—No.

—Sí. Y por eso, me has dejado con ganas de más, Cloe —susurró regalándole el aliento y rozando sus labios en los de ella.

—Grrr.

—Deja de gruñir —rogó.

Ese sonidito del demonio le estaba abultando los pantalones, mejor dicho, la mujercita bonita haciendo ese sonido le estaba provocando una erección descomunal que abultaba sus pantalones.

Cloe negó con la cabeza. Estaba atontada. Tenerlo así, actuando como un hombre de las cavernas, como la bestia que alimentaba sus sueños eróticos noche tras noche, le había nublado el juicio. Con él, lo perdía con mucha facilidad, no solo se le nublaba.

El clic le fallaba, lo tenía asumido.

—Creo que me arrepiento de haber pensado que esto era una idea estúpida y si lo es… —expuso Yago, pero ella lo interrumpió rogando:

—Seamos una idea estúpida.

Deseaba comerle la boca de un beso, uno de esos babosos, succionadores y hambrientos.

—Grrr —gimoteó ella.

—¡Deja de gruñir de una puta vez! —exigió Yago, oliéndole el cuello.

—Bésame entonces —reclamó ella, mordiéndole el lóbulo de la oreja.

—Los quiero fuera de la biblioteca. ¡Ya! —demandó la mujer que los había amonestado antes.

Yago y Cloe despotricaron, rieron, se miraron y obedecieron.

—Al baño no van —agregó la mujer.

—¡Mierda! —exclamó Yago en voz baja.

—¿Pensabas encerrarme en el baño? ¡Eres un cochino!

—Princesita, no puedes ser exquisita, me rogaste un beso.

Cloe negó con la cabeza, divertida, y se aferró más fuerte a sus cosas para no perderlas por el camino.

Caminaron hacia la salida, mirándose y provocándose.

—Espera —pidió Yago, deteniéndose antes de salir del edificio—. Mi tío está fuera. Me va a matar. Sigo pensando que esto es…

—Cobarde —lo interrumpió Cloe, simulando un estornudo.

—Sí, un poco sí. Contigo y lo que representas, sí —aclaró Yago, acariciándole la mejilla—. Tu padre me amenazó dos veces y ya sabes lo que dicen: la tercera es la vencida. No me va a querer cerca de ti.

Cloe comenzó a reír a carcajadas ante una mirada cargada de incredulidad por parte de su acompañante.

—Yago, mi padre es un buenazo de los que quedan pocos. Sus amenazas son burbujas de aire. Aunque sé que mataría por mí, eso es cierto —indicó con seriedad al final.

—Ahí lo tienes. Me va a matar y después, despedirá a mi tío.

—Eso no pasará. ¿Vienes a mi casa? ¿No te gustaría pasar el rato conmigo, conocernos, conversar o besarnos?

Yago la miró a los ojos y sonrió. ¡Era tan bonita! En todos los aspectos lo era y lo tenía maravillado. También un poco aturdido y poco coherente, de lo contrario, no se atrevería a afirmar con la cabeza antes de darle un pico apretado en los labios.

Capítulo 36

Yago tomó el móvil y escribió un mensaje a su tío, en el que le avisaba de que iba a la casa de Cloe.

La contestación inmediata fue la pregunta «¿QUÉ TE TRAES CON LA CHICA VILLAR, YAGO?», en mayúsculas.

Podía imaginarlo con las mejillas encendidas, los ojos cargados de intriga y la voz elevada, para que no le quedasen dudas de que no estaba de acuerdo con ninguna respuesta posible. Escribió un escueto «luego te explico» y avanzó hasta Cloe, que cortaba una llamada justo en ese instante.

—¿Vamos? —le preguntó.

—Te sigo, princesita —dijo, acercándose a una enorme moto plateada.

—Grrr. ¿Moto? Ay, me da algo, grrr —murmuró Cloe.

Le encantaban las motos, los moteros y más los moteros en motos. Si estaban tan buenos como Yago, más le gustaban a ella y si llevaban cascos negros, más todavía.

—¿Estás bien? —quiso saber Yago ante la aparición del rojo en las mejillas de Cloe.

—Sí… moto… Ah, sí… bueno, te pega —balbuceó acariciando el vehículo mientras lo miraba casi con lujuria.

—No defino si te gustan o te aterran. Tu mirada me confunde —murmuró Yago, poniéndose el casco y pasando la pierna por encima del asiento.

—¡Grrr, demonios! Hazlo de nuevo. Mejor no. Sí. ¡No! Quítate el casco. No, no, déjatelo.

—Cloe, me estás asustando —le hizo saber el policía.

—Eso es bueno, sí. Nos vemos en casa —aclaró ella, y comenzó a caminar, girando para observarlo cada dos o tres pasos—. Tenme miedo. Me siento una pervertida. ¡Madre mía! Cuántos pensamientos obscenos pueden caber en mi cabeza y yo sin saberlo.

El murmullo no cesaba, ni lo hizo cuando encendió el motor del coche y Yago le golpeó la ventanilla para asegurarse de que estaba bien.

—Ay, corazoncito, sigue latiendo, *porfis*. ¡Qué maravilla! —murmuró para sí misma.

Bajó el cristal y se aclaró la voz antes de hablar:

—¿Qué pas… grrr… pasa? —Todo él parecía una hermosa alucinación.

—Ese rugido debería intranquilizarme. ¿Te sientes bien?

—Sí, súperbien. No te preocupes por mi… por nada —aclaró.

Conducir había supuesto un trabajo arduo para Cloe. No había tenido un accidente de milagro, porque en vez de mirar para adelante, echaba vistazos al retrovisor, uno tras otro.

Casi choca un taxi que frenó delante de su coche en una luz roja y por poco no se llevó en el capó a una anciana que cruzaba con el carrito de las compras.

Soñaría con la imagen de Yago sentado en la moto, con las manos en el manillar, el dedo en el freno, las piernas flexionadas, la punta del pie accionando una y otra vez los cambios, la cabeza cubierta por el casco oscuro, los brazos en tensión y la camiseta pegándose a su torso. Soñaría con Yago, punto.

Una vez que detuvo el coche frente a su casa, tomó el anotador que llevaba en el bolso. Tenía que apuntar un par de ideas:

—Moto, calor, ganas, sucio todo, calor, manos grandes, piernas musculosas, brazos enormes. Calor —musitó mientras escribía.

Tachó la última palabra al ver que la había escrito dos veces ya y agregó:

—Escena muy *hot*. Voy a matar de un infarto a mi lectora beta.

Yago se acercó a ella, abandonando la moto y el casco unos metros más allá, y esperó a que bajase del automóvil.

—Qué mal conduces, princesita —le dijo, mientras caminaban hasta la entrada de la casa.

—Gracias —murmuró ella, y elevó los hombros.

No tenía palabras para desentenderse, mejor dicho, no existían palabras para defenderse.

—Ponte cómodo, que prepararé café —pidió.

Yago repasó la casita con la mirada y le pareció muy acorde a la dueña. No era grande, por el contrario, aunque sí parecía cómoda. Estaba adornada y amoblada con lujo y buen gusto, no obstante, tenía el toque de desenfado que tienen las viviendas de la gente joven.

Quitó de su mente la última palabra. Todavía no lo asimilaba. Cloe era la chica más joven que le había gustado y podía agregar que nunca había salido con mujeres que tuviesen menos edad que él. Más, sí. Y congeniaba con ellas, porque no era una persona muy jovial, lo reconocía.

—Aquí tienes. No me contaste nada sobre el accidente que presencié. ¿Por qué llevaba un arma el hombre?

Tomaron asiento en el sofá, enfrentados.

—Venía de robar una farmacia. No pudo esconder el arma antes de que lo vieran —explicó Yago, y se llevó la taza a la boca.

El primer sorbo fue suficiente para notarlo. No lo tragó, lo devolvió a la taza.

—Perdón, pero esto está asqueroso —se disculpó—. Creo que tiene sal.

—Oh —Cloe se llevó un poco de la bebida a los labios y se los lamió—. Sí, creo que le puse sal. Preparo otro.

—Déjame a mí —rogó Yago, riendo.

Una vez en la cocina, bromearon y tontearon tanto que cuando sus miradas se enredaron, fue imposible desenredarlas.

—¿Qué me habías pedido?

—No lo recuerdo —bromeó Cloe, dejándose abrazar por la cintura. Sintió el cuerpo de él pegado al propio, y unas imperiosas ganas de tirarlo al piso y lamerlo la sorprendieron.

—¿Por qué gruñes siempre? —quiso saber él, mordiéndole la mandíbula.

—Porque me gus… grrr… tas —balbuceó estremeciéndose al sentir los dientes apretando su carne.

—¿Porque te gusto?

Cloe afirmó con la cabeza, en silencio, cerrando los ojos para disfrutar del roce de los labios masculinos sobre su rostro.

—Mucho. Me gustas mucho. Me encantas muchísimo. Y sé que no debería decírtelo para que no creas que puedes hacer conmigo lo que quieras, pero me gustas.

—¿No puedo hacer contigo lo que quiera? Qué pena.

—Podemos conversarlo antes. ¡Ay! —se quejó al sentir el frío mármol sobre su trasero—. Si yo quiero también, entonces, sí, podrías.

—Ya veo. Seguro que te gustaría saber que también me encantas muchísimo. Y lo que

quiero hacer es «de todo», pero me conformo con lo básico por hoy.

—Básico —balbuceó Cloe, ya con la camiseta cubriéndole el rostro de pasada, rumbo al suelo.

Yago afirmó con la cabeza y hundió su rostro en el cuello de ella, bajando con besos húmedos hasta la unión de sus pechos. La escuchó suspirar bajito.

—Mi básico incluye besos por todas partes y no frenar mi lengua, que es muy curiosa —añadió pellizcando un pedacito de piel con los dientes.

—Ah, bien. Me interesa —aseguró Cloe, colaborando con él en quitarle el pantalón—. Pero «mi» básico te incluye desnudo también.

—Claro, perdona —susurró Yago, quitándose la ropa en dos segundos.

—Mi niña. ¡Mi niña! ¡¿Mi niña?! —gritó Mina, desde la puerta que daba al jardín.

—Mina, ¡por favor! —rogó Cloe cubriéndose el cuerpo como podía con el trapo de la cocina.

Yago se tapó con ella y puso la mano sobre su entrepierna para no mostrar de más.

—Por favor, ¿qué? ¿Me voy? —indagó Mina cubriéndose los ojos. Con esa niña todo podía suceder.

—¡Sí!

—Por supuesto —manifestó, y comenzó a murmurar nerviosa, caminando sin detenerse hasta la salida—. No necesitas nada entonces. Te llamo mañana antes de entrar, cariño. No vaya a ser cosa…

Después del portazo, Yago se puso blanco.

—Por favor, por favor, por favor, dime que esa mujer no era tu madre —rezó cubriéndose los ojos.

—No. Mina nos ayuda con la casa y con la comida.

—El daño no es tan grave. Mejor vamos al dormitorio. No quiero correr más riesgos, que si llega a entrar *papi* Villar me da un infarto —rogó besándole la sonrisa.

Capítulo 37

Yago quedó encantado con la habitación luminosa, decorada como de princesa, por supuesto, y con el desorden que imaginaba en Cloe. Era algo raro, porque las cosas estaban en su lugar, pero un poco alborotadas y amontonadas por temática: ropa, maquillaje, perfumes, trabajo, tecnología. El cuarto era muy grande, teniendo en cuenta el resto de la casa y tenía su propio baño.

Se detuvo frente al trípode adornado con lucecitas de navidad y giró un poco la cabeza para encontrar a Cloe, quien lo miraba en silencio.

—¿Esta es la pizarra de investigación de la escritora Cloe Villar? —murmuró la pregunta, asombrado para bien.

Ella asintió. No podía dejar de observarlo. Tal parecía que a la bestia hermosa que tenía en su habitación no le molestaba la desnudez. Decidió que tampoco le importaría la propia.

Se sentó a los pies de su cama y admiró a Yago en silencio, que sonreía y unía puntos con el dedo

—No está mal, princesita —la elogió recargando por fin la mirada en ella.

—¡Ay, madre! —exclamaron desde la puerta

—¿¡Lana!? —gritó Cloe.

—¡Por el amor de Dios! —se quejó Yago, cubriéndose con la silla que había frente al escritorio de Cloe.

Las dos mujeres salieron pitando del dormitorio. Cloe se llevó a Lana del brazo y en contra de su voluntad.

Yago no podía creerlo. ¿Cuánta gente más interrumpiría en esa casa?

—Cálmate —rogó Cloe.

—¿De quién es ese culo blanco? —preguntó Lana, nerviosa.

Yago sonrió al escuchar la pregunta. ¿Qué problema había con su culo blanco?

«Todo el mundo que toma sol en traje de baño lo tiene», pensó.

Un zumbido lo sobresaltó y la presencia de Lana fue instantánea, exponiéndolo otra vez al desnudo. Sus manos volaron nuevamente a sus partes más íntimas

—Ya sé lo que tienen los hombres ahí, descuida —sentenció Lana, con cara de enfado.

—Pero esto es mío y no te lo quiero
mostrar —aclaró Yago, molesto por el mal trato recibido por parte de la mujercita con aspecto de intelectual.

—¿Amor? —preguntó una voz masculina.

Yago rogó porque se lo tragase la tierra.

Cloe giró la cara hacia fuera y se cubrió con el edredón al instante.

—En el cuarto de Cloe —anunció Lana.

Todo sucedió en la misma milésima de segundos.

—¿Qué pasa aquí? ¿Y tú? ¿Qué haces en bolas? —inquirió Martín.

—¡Perfecto, trae la manta que hacemos un pícnic! —exclamó Yago.

Tomó las sábanas y se cubrió un poco, caminó hasta la cocina y comenzó a vestirse.

Ya no había vuelta atrás. No quería estar ahí.

—Yago, no te vayas —reclamó Cloe siguiéndolo y enredándose en el enorme edredón con el que se envolvía.

—¡¿Por qué hay un arma en tu mesa de trabajo, Cloe?! —preguntó Martín en un grito, todavía en su dormitorio.

—Es mía, no se te ocurra tocarla —respondió Yago, terminando de ponerse la camiseta. Solo le faltaban las deportivas.

—¡¿Cómo?! —bramó el excustodio.

En un abrir y cerrar de ojos, Martín puso el pecho enorme y duro frente al de Yago.

Se retaron con la mirada.

—Vamos a tener que mantenernos imparciales —susurró Cloe.

—No puedo —aseguró Lana—. No gruñas.

—Apártate de mí en este instante —exigió Yago entre dientes, ajeno al diálogo de las mujeres que observaban la contienda corporal con ganas de saltar sobre ambos. Cada una sobre su hombre.

—Yago es policía, Colita —señaló Cloe, por fin.

Lo vio elevar las manos y disculparse. Se alejó unos metros, pero no le quitó los ojos de encima. Si Lana estaba como estaba, motivos tendría, pensaba su novio. Confiaba en su chica.

Yago se acercó a Cloe, ya vestido, y con todas sus pertenencias.

—Llámame, nena —imploró besándole la frente y acariciándole el cuello.

La dueña de la casa lo vio abandonar su hogar y guiñarle un ojo antes de cerrar la puerta.

—A ver si nos entendemos. Colita, ya no eres mi *niñero*. Lana, amiga mía, que sea la última vez que le miras el culo a mi chico.

—¡Su chico, dice! —exclamó Lana, mirando a su novio—. Te dejó desnuda en una habitación de hotel para irse con otra a la habitación de enfrente.

—¡Lo mato! —gritó Martín, saliendo por la puerta de la casa en busca de Yago.

—No es así, lo solucionamos y yo me equivoqué al suponer eso. ¡Martín! —gritó, y elevó la mirada al cielo al verlo entrar otra vez—. Dios mío, dame fuerzas para lidiar con este hombre. ¡Qué intenso eres, Colita!

Capítulo 38

Una hora después, Cloe se sentaba en su mesa de trabajo y encontraba un par de *Post-its* con una letra desconocida pegados en el tablero.

Sonrió y supuso que habían sido aportes de Yago.

Había arreglado todos los malos entendidos con su amiga y el novio. Esperaba que lo dejasen en paz, y aunque agradecía que la protegiesen tanto, se pasaban. Tuvo que ponerles los puntos sobre las íes.

Los había dejado haciendo la comida en la cocina, como penitencia por ahuyentar a su león, justo cuando estaba disfrutando de haberse convertido en la presa.

Todavía estaba casi desnuda, rememorando el lío que se había armado en esa misma habitación.

Tenía ganas de hablar con él.

—Hola —murmuró al escuchar el saludo de Yago al otro lado de la línea—. ¿Todavía estás molesto?

—Un poco, sí, pero no contigo, princesita. Tenía ganas de… no me hagas caso. ¿Ya me extrañas?, porque yo sí.

—Vas a masturbarte pensando en mí, ¿cierto?

Cloe rio al escucharlo maldecir y reconoció algún ruido extra de muebles corriéndose.

—¿Estás bien? —quiso saber, todavía riendo.

—Sí, sí, me llevé por delante la silla. Me desconcentraste. Eso no se pregunta así, sin motivos ni preámbulo, Cloe. Otra vez me has puesto como me pones.

—Yo también lo haré, creo —anunció ella, casi en un murmullo.

—¿Qué tal si cambiamos de tema? —ironizó Yago, riendo y mirándose la bragueta que se había abultado sin remedio.

—Mmm, está bien. Gracias por tu aporte en mi panel. Estaba por irme a la ducha, todavía sigo casi desnuda, y me puse a repasar las notas.

—¡Deja de provocar, nena! —demandó Yago entre suspiros y dejándose caer en la cama.

Le encantaba escucharla hablar y respirar del otro lado de la línea. Era una bonita novedad conversar por teléfono con la princesita. Quería que las cosas saliesen bien, lo intentaría, se lo propondría a cualquier precio.

—¿Por qué me trataron así esos dos? —preguntó.

Le inquietaba un poco todo el revuelo armado por la gente que ella más quería, porque lo eran, podía adivinarlo. Aunque le parecía un tanto exagerado.

—Lana no sabía que yo había malinterpretado lo de la recepcionista del hotel. Seguía creyendo que me habías dejado para correr hacia ella. En cuanto a Martín, es Martín. Es muy protector conmigo desde siempre. Nos hicimos buenos amigos después de que dejase de perseguirme noche y día como mi guardaespaldas. Sale con Lana desde hace poco.

—¿Se lo explicaste? No quiero tener miedo de ir a tu casa —bromeó Yago.

Supuso que aquellos besos apasionados, de los que había sido testigo, habían sido el

comienzo de la parejita.

—Ya lo tienen claro. Le prohibiré la entrada a mi casa a Colita si no cambia de actitud contigo —le contó.

—No te creo.

—Ellos tampoco lo hicieron, pero sí me están preparando la cena como castigo. Tenía ganas de que te quedaras —llorisqueó al decir la última frase.

—Yo también tenía ganas de quedarme, princesita, pero me pusieron de mal humor y soy insoportable así. Te anticipé que soy un viejo de alma. ¿Sigues pensando que podemos ser una estúpida idea juntos? —inquirió impaciente

—Más que nunca —Cloe inspiró profundo, absorbiendo las ganas de darle un beso—. Voy a cortar. Tengo que ducharme y para eso debo desnudarme, necesito las dos manos.

—Ahí vamos otra vez… No te imaginaba tan provocadora, nena. Me gusta —reconoció suspirando.

—Y te lo estabas perdiendo por testarudo —bromeó ella—. No quiero que lo tomes como más de lo que es, pero debo hablar con mis padres. Si me vas a visitar seguido, y eso espero, no quiero que piensen mal de ti o confundan todo.

—Me parece bien. Y yo tengo que hacerlo con mi tío. Qué dolor de cabeza me da de solo pensar que me va a gritar, que me tratará de inconsciente y vaya a saber cuántas cosas más. Te considera una pequeña heredera frágil, vulnerable y dócil. No te ve como yo. Ya me estoy poniendo cachondo otra vez —finalizó riendo.

—Me gusta tu tío. Y tú —dijo Cloe.

—No sé si tanto como me gustas tú. Hablamos mañana, princesita.

Después de la cena, cuando Lana salió a dar una vuelta con Martín, Cloe recibió la visita de sus padres.

—¿Qué hacen aquí? ¿Está todo bien? —les preguntó abrazándolos y dándoles un beso, como era la costumbre entre ellos.

Los Villar no solían ir a la casa de su hija. Cloe pasaba a diario o, a más tardar, día por medio por la casa grande, por eso no tenían la necesidad o costumbre de hacerlo.

—Está todo bien, hija, sí —respondió Kathy, tomándole el rostro con cariño—. ¿Cómo estás tú?

—Queremos saber si, con todo lo que pasó, que fue mucho, estás bien.

—Siéntense. Sí, lo estoy. De verdad. No me siento afectada por nada de lo sucedido. Se los prometo. ¿Quieren café?

Ambos padres negaron con la cabeza y sonrieron aliviados de escucharla. Habían guardado con tanto recelo el secreto que lo habían magnificado. Eso creían al ver la reacción tan tranquila de su hija. Tampoco creían la calma con la que había aceptado a Greg tras sus pasos.

Cloe sonrió al verlos en su sofá, sentados uno al lado del otro, tomados de la mano y con el entrecejo fruncido.

Capítulo 39

Cloe miró otra vez a sus padres, que aflojaban los hombros distraídos con anécdotas suyas sobre lo arduo que se le hacía escribir. También les hizo saber lo feliz que la ponía lograr cada párrafo y ver cómo, poco a poco, plasmaba sus ideas en las hojas en blanco. Les contó sobre las dificultades que encontraba y hasta les enumeró un par de tildes que ella ignoraba que se usaran.

—No recordaba la diferencia de «por qué» y «porque», mamá. ¿Lo habré aprendido en el colegio? También descubrí que antes de «pero» va coma, aunque no siempre y ahí le pifio un poco. Y me cuesta mantener la historia contada en el mismo tiempo verbal, por ejemplo, comencé contándola en pasado y descubrí alguna frase en presente al releerla. ¡Es un lío! Espero que quien me lo corrija no se arrepienta de hacerlo.

—Lo que importa es que lo disfrutas. Me gusta verte así de entusiasmada por algo —mencionó Eloy.

Cloe afirmó con la cabeza, reconociendo que lo estaba y mucho con su nuevo proyecto. Además de con sus comienzos con Yago. Su vida estaba dando un vuelco bonito y no quería dejarlos fuera de eso.

—Tengo algo que contarles —anunció.

—Comienzo a preocuparme —murmuró la madre.

Cloe rio y negó con la cabeza.

—Es algo agradable, pero debo comenzar con lo feo. Les oculté algo malo.

—Creo que ahora sí quiero un café —indicó Eloy, caminando hacia la cafetera.

—No pasó a mayores gracias a Yago Balboa —les contó.

—¿El sobrino de Greg? —quiso saber Villar y al ver que Cloe asentía, agregó—: Bueno, no estás presa.

—No, podría haberlo estado —murmuró como al descuido.

—¡Madre mía! —gimoteó la madre—. Prepárame uno doble a mí también.

—¿Dónde tienes el azúcar, Cloe?

—En la puerta de tu derecha —respondió.

Por supuesto que no estaba ahí.

—No la veo. No importa, lo tomaré amargo.

—El mío con un poco de leche fría, por favor, cariño.

Eloy abrió el refrigerador para cumplir el deseo de su esposa. Soltó la carcajada y las dos mujeres lo miraron sin entender.

—Aquí está la traviesa. Seguro que no tienes nada que ver con que el azúcar esté en la nevera, hija —dijo, riendo todavía, mientras se acercaba con una bandeja.

Cloe elevó los hombros, resignada, como siempre. Seguramente era la responsable de eso, sí.

—A lo que iba. Cuando me di cuenta de que necesitaba ayuda con la investigación de los asesinatos del libro, recurrí al único policía que conocía: Yago, el que me puso la infracción de tránsito. Es un poco serio y antipático, nos llevamos mal desde el comienzo.

—Le pegaste una patada, hija, y lo trataste de mentiroso. Es un oficial de policía —le

recordó su padre.

—Sí, sí, ya lo sé. Igual, es cascarrabias, créeme, también lo sé. Como es así, para ganarme su confianza, quise hacerme la víctima.

—No puedo seguir escuchando —susurró Kathy, cubriéndose la cara.

—Empeora, mamá. Lo siento. Fui a presentar una denuncia alegando que me seguía una camioneta blanca. Una denuncia falsa.

—Me va a dar algo, esta noche sí —argumentó Eloy—. Llama al abogado, cariño. Tenemos que desaparecer esa denuncia. ¡Hija, querida, tienes cada ocurrencia!

—No llames a nadie. Yago no la asentó. Argumentó poca información para investigar, pero avisó a su tío. Él sí sabía lo del intento de… eso.

—Quiero mucho a ese muchacho. Tengo que comprarle un regalo —afirmó Kathy.

—Estamos saliendo, creo, no sé, pero queremos hacerlo. Tener citas y eso —les contó Cloe, sin más introducción.

Los Villar hicieron silencio y se miraron a los ojos.

Cloe sabía que estaban manteniendo un diálogo larguísimo, poniéndose de acuerdo y ella estaba excluida. Solo le contarían la resolución del caso. Siempre debía armarse de paciencia en esas situaciones, paciencia que no tenía en abundancia.

—¿Mamá? ¿Hombrecito bueno? Digan algo, por favor.

—Parece muy mayor —fue lo primero que escuchó.

—Lo es. Tiene casi treinta y tuve que convencerlo de que eso no me molestaba. A él sí, un poco. Dice que es aburrido y serio para una chica tan joven y divertida como yo.

—No le falta razón, hija.

—No hizo la denuncia para cuidarme, papá. Y te mintió, por lo mismo, alegando que esa camioneta era de un conocido y no sé qué más. Teme por las dos amenazas que ya le hiciste.

—Eloy, ¡¿amenazas a la gente?! —exclamó la esposa.

—A veces, cariño. Cuando tengo que hacerme respetar. Y se lo merecía. No me arrepiento —indicó orgulloso, cuadrando la espalda.

Madre e hija sonrieron al verlo en esa postura. Las dos sabían que era pura espuma y lograban de él lo que querían.

—Piensa en esto: dejaste en sus manos mi cuidado, papá —reconoció Cloe.

—Y se lo tomó muy en serio —musitó el hombre.

—De eso, doy fe. Fui yo la… Creo que no quieren saber los detalles.

Capítulo 40

Yago entrecerró los ojos y decidió que había llegado el momento. Había situaciones en las que su tío era un dolor de trasero. Meterse con la chica Villar era uno de esos acontecimientos.

Habían acabado de cenar con su tía y estaban sentados en el jardín, donde Greg se tomaba un par de cervezas cada noche antes de acostarse, mientras esperaba a que su esposa terminase con lo que fuese que hacía.

—Creo que ya soy bastante mayorcito para darte explicaciones, pero te roza la decisión que tomé en estos días.

Yago se había criado con ellos al perder a sus padres ni bien entraba en la adolescencia. Los trataba como si lo fueran y se sentía querido de igual manera.

—¡No pudiste mantenerte lejos!, ¿cierto? —exclamó el hombre, que de tonto no tenía un pelo.

—No, la verdad es que no. Tío, sabes que no soy de noviazgos y esas cosas, con Cloe parece que todo pinta diferente. Me interesa, me gusta desde otro lado. Quiero conocerla de verdad. Vale la pena soportar tu griterío. Adelante, plantea tu punto, que no diré nada —dijo, mirándolo a los ojos para que entendiese que era sincero.

—Eres como un hijo para mí, Yago, pero no soy tu padre. Si te gusta y te conviene, si te acepta y te bancas que sea quien es, quién soy yo para decir nada —aclaró Greg, y después se terminó la cerveza que tenía en la mano.

—Y todo lo que me vienes diciendo desde que la conocí, ¿qué? —quiso saber el muchacho.

Estaba volviéndolo loco. Esperaba enfado, intentos de convencerlo de lo contrario… algo muy diferente a lo que estaba ocurriendo, no palabras de aliento o que denotaban conformismo.

—Cosas de gente grande. Te vi venir de lejos. No pude disuadirte, listo. Perdí —le aclaró elevando los hombros como si con ese gesto quisiera restarle importancia—. Ahora es tu problema.

—Me gusta mi problema —señaló Yago, sonriendo.

—A mí también me gusta esa chica.

—¿Qué chica te gusta? —preguntó su esposa, sentándose con ellos.

—Una del trabajo. La voy a invitar a salir un día de estos —bromeó Greg.

—Avísame para no preparar la cena de gusto. Esa noche salimos a cenar fuera, Yago —agregó la mujer.

El muchacho soltó la carcajada y en pocas palabras le contó a su tía la conversación que habían tenido.

Al finalizar con el relato, y aceptar un par de consejos de la mujer, se fue a su casa.

Estaba cansado, aunque quería poner en orden su apartamento antes de acostarse. Planeaba hacer ejercicio al día siguiente y salir con Cloe, si ella no tenía otros planes.

Al llegar, se puso cómodo y comenzó a ordenar. Debía lavar los trastos acumulados durante la semana.

El timbre lo sorprendió, porque no solía recibir visitas tan tarde: pasaban las diez de la noche. Sí, era un viernes, de todas maneras, no esperaba a nadie.

Se acercó a la puerta con precaución y puso el ojo en la mirilla.

—¿Qué hace aquí? —se preguntó, observándose las pintas, negando con la cabeza y abriendo la puerta, todo a la vez—. Hola.

Yago titubeó en el saludo. Cloe lo repasó de pies a cabeza. Vestía solo un pantalón corto deportivo e iba descalzo.

—*¡Oh, my God! ¡Jesus Christ! ¡God bless the policeman!* —exclamó la jovencita.

—¿Me estás insultando? —le preguntó él, con su pose habitual de piernas abiertas y brazos cruzados en el pecho, además de la típica mirada de ceja elevada y cabeza gacha.

—No, grrr, nop —le aseguró ella, volviendo a repasarlo con la mirada.

—Ya veo —susurró Yago, haciendo referencia al endemoniado sonidito.

Abrazándola por la cintura y cerrando la puerta una vez que ambos estuvieron dentro del apartamento, le avisó:

—No hablo inglés, princesita. Traduce.

—No dije nada más que «Oh, Dios mío, Jesucristo y Dios bendiga al policía».

—¿Eres creyente? —quiso saber él, mordiéndole el cuello.

—No, no, ni un poquito —respondió ella entre gimoteos.

Cloe había disuadido a su padre para que le diese la dirección de Yago. El hombre se había enredado entre la palabrería confusa de su hija y terminó cediendo, como siempre. Sin dudarlo más que diez minutos, se subió al coche para aparecerse en el apartamento sin avisarle de su visita.

Yago le tomó la cara entre las manos y le miró la boca antes de hablar:

—¿Qué haces en mi casa, nena?

—Darte una sorpresa y espero que sea de las buenas —respondió ella, sonriendo bonito.

—Es de las buenas, pero me encuentras sin vestir y limpiando. ¿No te importa?

Cloe negó con la cabeza y lo miró otra vez, gruñendo después, para hacerle saber que le gustaba lo que veía.

Yago le besó la boca y sonrió antes de hacerla pasar.

—Si me das cinco minutos, me ducho rápido y vuelvo.

—O puedo… ducharme contigo —balbuceó ella.

No sabía si le gustaría la idea. Demasiado atrevida había estado llegando sin ser invitada.

—Me vas a mal acostumbrar con estas saliditas de tono, nena. ¿Quieres ducharte conmigo? Mira que nadie nos va a interrumpir aquí. No habrá salvación para ti si decides hacerlo.

Cloe se mordió el labio inferior y elevó los hombros. No buscaba salvación, por el contrario, pretendía que nadie los interrumpiese otra vez.

Yago se acercó más a ella, la elevó por las piernas y ella se las enredó en la cintura. Sin dejar de observarla, caminó hasta el dormitorio.

Tenía que quitarle la ropa antes de entrar al baño, que era más bien pequeño. Las prendas estarían a resguardo, evitando salpicaduras, si las dejaba sobre la cama o en la silla que tenía para tal fin en la esquina de la habitación, pegada a la ventana.

—Me parece que no quiero ayuda —murmuró después de quitarle la blusa, sin permitirle a ella mover un dedo—. Puedo hacerlo solo.

En pocos y lentos movimientos la dejó en ropa interior. La observó como ella lo había hecho al llegar y sonrió, ladeando la cabeza.

—No te incomoda que te mire —dijo. Cloe negó con la cabeza—. ¿Si te quito esto?

—Tampoco —respondió, ya sin el sostén.

Yago hubiese jurado que Cloe era todo lo contrario a lo que de verdad era. No había timidez, vergüenza, o incomodidad en ella, por el contrario. Le gustaba saberlo, la había prejuzgado.

Le besó los labios y murmuró algo que Cloe no entendió. Estaba mareada y deseosa de descubrir todas las sensaciones que prometían ser intensas, si juzgaba por el cosquilleo que le producía el roce de la barba en su cuello y la succión de los labios tibios y húmedos.

Las manos de Yago eran grandes y le cubrían casi toda la espalda de una sola caricia. Sentía como esa simple fricción le aflojaba las rodillas. Estaba segura de que Yago podía convertir su cuerpo en una gelatina, en una masa blanda y pegajosa para moldear con sus abrazos y besos.

Apreció un mordisco suave sobre su pecho derecho y un apretón cerrado en el izquierdo. Gimió bajito y enredó los dedos en la cabella del agente.

Él, con la mano libre, se bajó el pantalón y el bóxer, que todavía tenía puestos, y los pateó lejos. No tardó en hacer lo mismo con la ropa interior de Cloe, para, luego, meter su mano entre las piernas de ella, sin dejar de besarla.

El sonido de una llamada entrante al móvil de la chica los despistó.

—Ah, no. Esta vez, no —aseguró, y la llevó en brazos hasta el baño.

Ambos reían a carcajadas cuando el agua fría de la ducha los empapó.

—Me gusta más caliente —señaló ella.

—Dame tiempo, ya te caliento —bromeó él.

Capítulo Final

Diez meses después

Cloe enderezó los hombros y se acomodó el cabello detrás de la oreja.

—Gracias por estar hoy aquí —comenzó a decir.

Los asistentes aplaudieron. Yago se puso dos dedos en la boca y emitió un silbido poderoso que la hizo reír.

Cloe había organizado una cena en su casa. Estaban allí sus padres, su novio, Lana y Martín, los padres de su amiga, Greg y la esposa, y Mina, por supuesto. Más tarde, se reunirían con amigos en la discoteca donde trabajaba Martín.

—Debo reconocer que me costó mucho llegar a este momento. Fue un trabajo muy duro, aunque satisfactorio. Disfruté de él como nunca creí que podría disfrutar de algo.

—Me aburrooooo —dijo Lana, abucheándola entre risas.

—Quería darle emoción, pero no me dejas, mala amiga. ¡Tengo el contrato! ¡Soy escritora! ¡Me van a pagar por escribir y no puedo creerlo! —gritó dando saltitos de alegría.

Un chillido a coro la aturdió y las lágrimas se le escaparon sin permiso.

—¡Qué maravilla, hija! —exclamó su madre, y la abrazó con fuerza, visiblemente feliz.

Eloy Villar se acercó, quitando del medio a Yago y abrazó a sus dos mujeres.

El policía negó con la cabeza al recibir la mirada dura del hombre que todavía lo amenazaba cada tanto. Era en vano, ya no le creía. Era la persona más buena que había conocido nunca. Cloe tenía razón, lo había comprobado.

La «escritora» se dejó felicitar por todos y sintió cada abrazo sincero. Aunque el que le dio su novio, la hizo vibrar.

—Princesita, eres increíble. Voy a tener que reconocer que eres mi mejor estúpida idea.

—Y tú la mía —comentó ella.

—Nunca me acosté con una escritora. Tendré que ser creativo para que escriba sobre mí —le dijo al oído.

—Grrr —agregó ella sonriendo—. Cuando leas el libro, hablaremos al respecto. Eres mi *muso*.

—Me debes una explicación más detallada, nena —advirtió él, besándola en los labios.

La noche siguió entre conversaciones varias.

Greg y Eloy fumaban un puro apoyados en la puerta que daba al jardín.

—No quiero que sigas cuidando a mi hija, Greg —señaló Villar.

—¿Hice algo mal? —quiso saber el hombre, preocupado.

—No, no es eso. No me parece bien que lo hagas. Prefiero que dirijas un equipo en la empresa. Algo más acorde al parentesco que tenemos —le explicó sin dar más vueltas.

En la empresa de seguridad había equipos organizados por un cabecilla que asignaba

horarios, puestos, tareas y la logística necesaria para cada cliente. Eran estas las personas que mantenían informado de los resultados al gerente. Este último se reunía con Eloy Villar y la cadena de mando de las empresas de las que era dueño.

—Señor...

—Eloy.

—Eloy, no es necesar… —comenzó a decir Greg, antes de ser interrumpido.

—Ya lo sé, pero quiero hacerlo. Piénsalo. Mejor salario, trabajo más estresante, más conversaciones con el gerente y reconozco que es un pesado, horario más flexible y menos andar en la calle. Piénsalo. Puedes incluir al sobrino ese que tienes —murmuró, refiriéndose a Yago.

El chico le caía muy bien, no obstante, le gustaba molestarlo. No lo lograba, estaba seguro de eso.

—El sobrino ese que tiene no quiere mezclar trabajo con familia, gracias de todos modos, suegro —dijo Yago, apareciendo por detrás de ambos y poniendo un brazo sobre sobre el hombro de cada uno—. No me lo tomes a mal.

Yago miró al padre de su novia a los ojos al decir la última frase. Estaba convencido de que separar las cosas era lo mejor.

Eloy afirmó con la cabeza y amagó con sonreír.

Para Yago, ese gesto disimulado, era suficiente. Les palmeó la espalda a ambos y los volvió a dejar solos.

El muchacho tenía valores, era agradable, cariñoso, respetuoso, trabajador y adoraba a su hija. Odiaría tener que reconocerlo en voz alta algún día, pero era todo lo que pretendía para su pequeña.

—No puedo estar más orgulloso de mi sobrino.

Eloy miró a Greg y sonrió.

—Bien que haces.

Dos horas después, entraban al vip de la discoteca.

—Comienza mi castigo —anunció Yago, mordiéndole la mandíbula a su novia para hacerla rabiar.

—¡Bruto! Pensaba bailarte para que no te aburrieras.

—Si lo haces, cuando lleguemos a mi casa pasamos al «básico» en el salón, sin llegar al dormitorio —le advirtió.

—Grrr.

—Y seguiríamos con emociones más intensas en la cocina, para terminar en el colchón, todos sudados y bien servidos —siguió, entre risas.

—Grrr, grrr.

—¡Vamos a bailar, escritora! —gritó Lana, llevándosela y dejándole los brazos vacíos.

—Cómo no, siempre igual —murmuró Yago, viéndolas alejarse y comenzar a contonearse al ritmo de la música.

Lana era una mosca molesta, siempre estaba interrumpiéndolos cuando estaban melosos. Sabía que se lo hacía a propósito.

Acababa de confirmarlo al verla sacarle la lengua desde la distancia.

—Un día de estos me vengaré —dijo.

—Sobre mi cadáver, Balboa —aseguró Martín apretándole el hombro con más fuerza de la necesaria.

Los dos soltaron la carcajada y brindaron con sus botellines de cerveza.



Fin

¿ Te gust ó el libro?

Me encantaría saber cuánto. Me haría feliz conocer tu opinión, crezco con ella e intento mejorar. ¡Gracias!

¿ Quieres dejarme tu comentario?

Lee o toca el QR

Agradecimiento



Siento que siempre agradezco a las mismas personas y es algo para reconocer doblemente si lo analizo bien. Que la gente que permanezca a mi lado no varíe demasiado y persista ofreciéndome apoyo, es hermoso. Es como ir recorriendo el camino a la par, con sus más y sus menos, haciéndonos críticas constructivas además de sinceras.

Hoy, algunos, son amigos, de esos que se encuentran de casualidad y acaban por convertirse en una presencia necesaria y bonita en la vida.

Otra constante es mi familia. Ellos me dan el espacio y tiempo necesarios para crecer en esto que amo hacer. Es algo invaluable para mí, te lo aseguro.

En esta novela, solo tuve dos lectoras cero: Roseline Moyle y Eva Florensa Chanques, ambas son escritoras que recomiendo. Son fantásticas. Su aporte es siempre gigante y me quedo corta con un simple ¡GRACIAS!

Mi portadista, una vez más, fue la maravillosa y creativa Luce Monzant. Búscala en Instagram para conocer su trabajo. ¡Gracias por tu paciencia, Luce!

Solo para hacerlo constar en algún lado, te cuento que esta es mi tercera comedia romántica y quiero señalar que me resultó más cómodo esta vez escribir el género. Me siento orgullosa de eso. Supongo que es la experiencia la que va cambiando la sensación de estar haciéndolo un poco mejor cada día. Me encantaría conocer tu opinión al respecto.

Esto es todo, espero que hayas disfrutado de la novela y te hayas enamorado de los personajes, como lo hice yo.

Gracias por leer, por el apoyo y la elección de mi libro para llenar tu biblioteca. Los lectores como tú son lo mejor que nos puede pasar a los escritores.

Sobre la autora



Ivonne Vivier no es mi nombre real, es mi seudónimo. Con él vivo historias de amor apasionado y dejo volar todas mis fantasías para crear romances de esos que roban suspiros. Desde que me atreví a escribir mis primeros párrafos, descubrí que esta era mi verdadera pasión.

Soy argentina, nací en 1971 en una ciudad al noroeste de la provincia de Buenos Aires, aunque, actualmente, resido en Estados Unidos. Estoy casada y tengo tres hijos, que ya aprendieron a volar solos.

Como madre y esposa, un día me encontré atrapada en la rutina diaria y me animé a volcar mi tiempo a la escritura.

Desde entonces, disfruto y aprendo dándole vida y sentimientos a mis personajes a través de un lenguaje simple y cotidiano. Lo que comenzó como una aventura, tal vez un atrevimiento, hoy se ha convertido en una necesidad.

Nota de la autora:

Si te ha gustado la novela / libro me gustaría pedirte que escribieras una breve reseña en la librería online donde la hayas adquirido (Smashwords, iBooks, Amazon, etc.) o en cualquiera de mis redes sociales. No te llevará más de dos minutos y así ayudarás a otros lectores potenciales a saber qué pueden esperar de ella.

¡Muchas gracias!

Facebook Instagram TikTok





Los libros de Ivonne Vivier

Scan Me



Desde el año 2017, cuando comencé a escribir, hasta hoy, publiqué estos libros:

Libros autoconclusivos:

—**Helena, la princesa de hielo**. http://rxe.me/3T17XC

Helena Mackenzie es autoritaria, fría y calculadora, es por eso que la llaman Princesa de hielo en la industria de la tecnología.

Alex Caseros es decidido, racional, atrevido, tanto, que le promete convertirla en Reina, con un ambicioso proyecto.

Son diferentes, incompatibles y apasionados, el combo perfecto para complicar la relación laboral y transformarla en un desastre con demasiadas consecuencias que enfrentar.

Alex tiene que transformar a la Princesa en Reina, ¿o la convertirá en «simplemente» Helena?

Disfruta de esta segunda edición de la primera novela publicada de Ivonne Vivier, autora de más de diez novelas de romance erótico.

—**Besos de café y cerveza.** https://rxe.me/TT9X9D

«¡Mírame! —le ordenó con voz ronca y ella obedeció. Matías no controló su cuerpo ni su jadeo y ella se agitó ante esa orden que jamás dudó de cumplir. Los dos quedaron atónitos ante sus reacciones».

Sabrina es una sensible mujer de veintisiete años con una vida simple y una personalidad insegura. Es vulnerable y tímida, por ese mismo motivo, cuenta con un escaso, aunque memorable, historial amoroso.

Matías es un hombre con ideas algo antiguas y machistas con las que lucha a diario, y una juventud cargada de demasiadas experiencias. Por esa razón no puede creer que una mirada vergonzosa y un par de mejillas sonrojadas lo desestabilicen a tal punto de hacerle replantear alguno de sus más arraigados valores.

«Las hermanas de los amigos son intocables».

Un inesperado segundo amor. http://rxe.me/XJXRJL

Un duelo, encuentros y un amor.

Maite tiene la vida hecha, no espera nada y no busca tampoco Es feliz con sus rutinas, sus sueños no cumplidos, sus amigos y su trabajo. Ya lloró, disfrutó, elaboró duelos y amó como nunca imaginó haber amado.

Luca, con su familia entristecida por la tragedia, intenta no ahogarse en el dolor y seguir avanzando, por sus hijos y por las promesas realizadas al amor de su vida, quien los abandonó para no volver.

Inesperadamente y en el lugar menos indicado, Maite se deslumbra con la inmejorable presencia de Luca y él comienza a replantearse lo que todos le repetían, que su vida continúa.

Acobardados y desconcertados, se darán el permiso de conocerse y enamorarse. Aunque lo que comienza como un bonito romance se irá complicando tanto que las dudas pasarán a ser certezas, amenazando las ilusiones.

Maite y Luca tendrán que descubrir si pueden salvar el amor o la realidad inevitable arrasará con él.

—**Ven… te cuento (antología).** http://rxe.me/YGN7CL

Una recopilación de 11 historias cortas, algunas cargadas de romanticismo y otras solo de sensualidad, aunque todas sazonada con una pizca de picante. El condimento necesario para dejar en la mente del lector el saborcito de la fantasía.

—**Deseo compartido (Novela erótica)** https://rxe.me/K8HMWP

William es dueño de una enorme casa y alquila las habitaciones que no usa para poder costear los gastos, a pesar de ser poco social. Benjamín es enfermero, es bromista, descarado y malhablado, pero nadie escapa a sus encantos. Adriana es concertista de violín, ansiosa y extrovertida, también algo obsesiva y está un poco loca, así lo dice ella. David es enamoradizo, tímido y vulnerable. Sus ojos y hoyuelos son sus armas letales, pero él no lo sabe. Norah es una mujer complicada, con un pasado denso que sobrelleva como puede, y dueña de una sensualidad que deja a todos con la boca abierta. Durante la convivencia surgirá la atracción, el deseo y la necesidad de rendirse ante él, sin compromisos y con libertad de elegir. Cada uno de ellos deberá lidiar con las consecuencias de sus actos y con sus cargas personales, convirtiendo la casa en una bomba a punto de estallar.

—**No entras en mis planes (HQÑ)** rxe.me/54JD2K

Cuando lo único que te queda es un futuro idealizado, ¿buscas el amor o juegas a enamorarte?

Emma ha cambiado de trabajo, pero sus objetivos siguen firmes: olvidarse de su corazón vacío y de su placer negado para encontrar a un hombre con una cuenta bancaria abultada. Nada va a interponerse en su camino. Ni nadie.

Pero el amor llega sin avisar...

Cuando conoce a Alan, ese hombre capaz de adorar todas sus imperfecciones y enseñarle el placer del cuerpo que sus experiencias le habían negado, deberá decidir.

¿Se arriesgará o dejará un corazón roto a cambio de lujos?

Serie amigos:

1— **Bilogía Aceptando el presente.** https://rxe.me/1983143774

El presente se encontrará amenazado por el pasado.

Al verse, después de diez años, Julián descubre una irresistible atracción por Vanina, que ella corresponde con similar intensidad.

La realidad les impide ser más que amigos.

Deberán evitar cometer errores si no quieren lastimarse en el camino.

Amistad, pasión, despecho, amor, engaños… Las consecuencias pueden ser irreparables.

¿Serán capaces de evitar que eso suceda?

2— **Protegiendo tu sonrisa.** https://rxe.me/JQWYWP

Él buscaba algo que creía necesitar.

Ella no buscaba ni necesitaba a nadie, mucho menos, alguien como ese muñeco inflado.

Al conocer a Rodrigo, Mariel no imaginó que su vida daría tantas vueltas, ni que ese gigante risueño la expondría a circunstancias que hubiese preferido evitar.

Cuando Rodrigo vio a Mariel por primera vez, supo que ella sería la razón de muchos cambios. Esa preciosa sonrisa originó la promesa por la que lucharía sin descanso, incluso, cuando todo parecía acabar.

Serie Mujeres Fuertes:

1— **Sonya. Perdiendo a inocencia.** https://rxe.me/QC3H7X

Sonya es una joven tímida, dueña de una belleza y sensualidad indiscutibles con la que intenta lidiar desde pequeña, además de con su vida por momentos miserable. Cuando se ve catapultada en un santiamén a la fama por su nueva profesión de actriz, encuentra desafíos y una exposición que nunca imaginó. Se ve envuelta en actividades desconocidas y atrapantes de las que no sabe cómo salir ilesa. Por desgracia, vuelve a confirmar que su belleza no es un regalo, sino una trampa que le abrió muchas puertas, sí, aunque algunas deberían de haberse quedado cerradas.

Los cambios de su vida se fueron sucediendo sin proponérselos, salvo el más drástico, con el que dejará a todos sorprendidos y preguntándose qué ha pasado.

2—**Mónica. Sin adornos ni maquillaje.** https://rxe.me/LG7D3H

Mónica, en plena crisis tardía de los cuarenta, tiene un esposo, un amante y un mejor amigo, además de dos hijos y una realidad muy diferente de la que intenta mostrar de las puertas para afuera.

Nunca quiso asumir que su vida era una constante mentira, y hacerlo le obligó a tomar decisiones que la modificaron por completo.

Ahora, le toca lidiar con las consecuencias.

3— **Luna. Fiel a sí misma** https://rxe.me/5WTPZF

Luna Romans es una mujer divertida, alocada, políticamente incorrecta, sincera y libre, sobre todo, libre.

Esa libertad se verá truncada por alguna que otra circunstancia imprevista y su futuro dependerá de tan solo una complicada decisión.

El asumir las consecuencias de sus actos marcará un antes y un después en su vida, desencadenando con ello una serie de sucesos con los que nunca esperó lidiar.

Con tantos cambios ¿será capaz de mantenerse fiel a sí misma?

Serie Hombres:

1—**Mauro. De regreso a casa:** rxe.me/JDXY4L

Mauro Zaldívar, hoy, es un reconocido director de cine, a pesar de su juventud.

No hubiese querido cambiarse el apellido, no obstante, fue la consecuencia de haber decidido ser una Drag Queen, siendo hijo del gran Leonardo Arguiazabal.

De poder elegir, hubiese preferido ser siempre el mismo y nunca tener que probar suerte lejos, en un país desconocido, buscando la aprobación que no conseguía manteniéndose cerca y huyendo de un desamor.

La vida no es justa, sorprende e ilusiona, también defrauda. Mauro bien lo sabe, por eso, le preocupa lo que pueda encontrar en su vuelta a casa. Claro que él ya no es un jovencito vulnerable.

Ahora tiene una familia, una carrera y un futuro, también un gran dolor.

2— **Bóxer. Un lobo solitario** rxe.me/5M6BSM

Bóxer es un guardaespaldas con apariencia de hombre peligroso, tiene valores fuertes y posee un corazón enorme. Es un caballero responsable, sincero y solitario… es simple. Por eso, pretende una vida así: simple. No obstante, es un lio de consecuencias inesperadas de un amor del pasado, caprichos y enamoramientos incómodos, metidas de pata con quien menos deberían suceder y extorsiones peligrosas.

Bóxer hará lo imposible por volver a tomar las riendas. Aunque sea difícil, lo hará, porque no se dejará vencer, nunca lo hace.

2— **Chris. Decodificando el amor** https://rxe.me/899JX3

No todo es lo que parece.

Chris Olson, por ejemplo, no lo es. No es presuntuoso y, tampoco, ese simple muchacho despreocupado que aparenta ser.

Inmerso en su más ambicioso proyecto, conseguirá quitarse el velo que, hasta entonces, cubría sus ojos, demostrándose así que lo que lo rodea es mejor que lo que en realidad ve. Mientras esto sucede (y con la compañía menos pensada), se enfrentará con aquel pasado olvidado para convertirlo en un presente que disfrutará gracias a una libertad mental y emocional que no sabía que poseía.

Chris Olson decodificará emociones y sentimientos, reconociendo que no todo es lo que parece, ni siquiera él.

Colección Romance y Sonrisas:

1— Los enredos de Bárbara Ross: https://rxe.me/Z7XJQC

Bárbara Ross tiene dos trabajos, un compañero insufrible (que está buenísimo), un cliente que la pone tontorrona y un chantaje en su casilla de correos electrónicos.

Algo va a salir mal, sobre todo, si su referente en soluciones y consejos es Malaika, su inseparable amiga (sin filtro).

Enredos, confusiones, estadísticas dudosas y diálogos hilarantes en una enmarañada comedia romántica poco romántica y, quizá, no tan comedia. Enmarañada, seguro.

2—Un amor a prueba de clichés: https://rxe.me/62486S

La vida de Manuela es un **torbellino de emociones**. Vive en una nube de ideas propias, alimentadas sin piedad por las innumerables **novelas de romance** que consume.

Los clichés románticos son su perdición y su obsesión por ellos la arrastra a situaciones impredecibles en su **lugar de trabajo**. Allí, vivirá situaciones tragicómicas, descubrirá que el amor no sigue ningún guion y tendrá que enfrentarse a las **expectativas románticas impuestas por los clichés.**

Disfruta de los giros inesperados de esta comedia romántica.

**Además, participé en las antologías multiautor: Historias de amor en tu biblioteca (Librománticas) y Sensaciones divinas (Divinas lectoras).